

REVISTA CONTEMPORANEA

36940 X

REVISTA CONTEMPORÁNEA

DIRIGIDA POR

D. JOSÉ DEL PEROJO.

AÑO III—IV—TOMO XVI

JULIO—AGOSTO 1878



OFICINAS

MADRID: PIZARRO, 15, BAJO
PARIS, 19, RUE PROVENCE

BUENOS-AIRES

Jacobsen et Saederstedt

HABANA

A. Chao y Compañía.

VENEZUELA

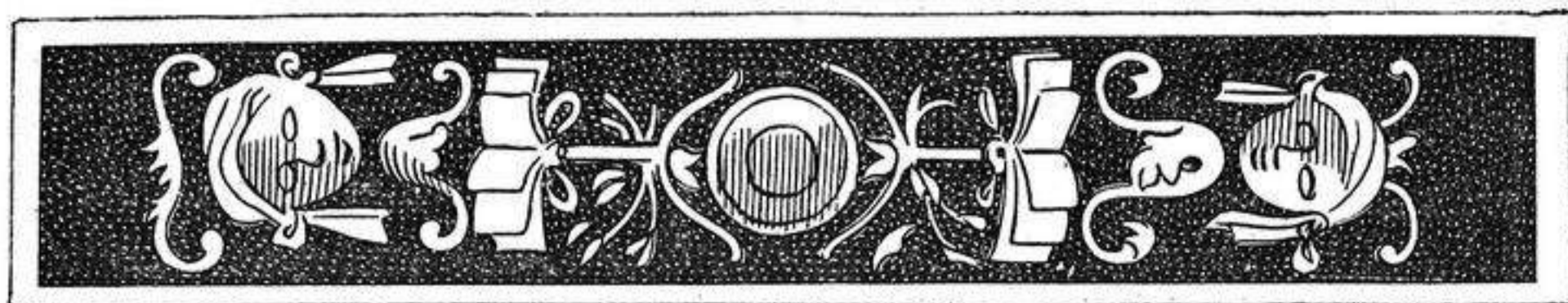
J. M. Larrazabal.



MADRID: 1878

TIPOGRAFIA ESTEREOTIPIA PEROJO

MENDIZABAL, 64



EL PRIMER AMOR

CUENTO FANTÁSTICO

I.

No está aún bien averiguada la época en que pasó la historia que vamos á referir. Apénas si nos atrevemos á asegurar, como cronistas concienzudos y amigos de la verdad, que fué despues del diluvio universal, y tambien despues de la invencion de las flautas, toda vez que nuestro protagonista era un célebre tocador de este armonioso instrumento.

Era José, nuestro héroe, hijo de un honrado zapatero de viejo, que gozaba fama universal por la perfeccion con que ponía unas medias suelas ó enderezaba unos tacones, y sobre todo por lo económico de los precios. La muestra de este modesto artista estaba concebida en los términos siguientes: «Estéban Gaspar, maestro zapatero remendon de S. S. M. M. y A. A.» Por esto sólo puede suponerse que el suceso que vamos á narrar cuenta muy larga fecha, y que ocurrió en épocas más venturosas que las muestras, puesto que los reyes se dignaban traer el calzado con remiendos, ó por lo ménos, si los tiempos no eran más felices, los reyes eran más económicos.

A pesar de que, por razón de su alto cargo, el buen Gaspar tenía entrada libre en palacio, jamás se le vió abandonar su pequeño portal. ¡Oh! Si hubiera sido en nuestros días, seguramente que hubiera podido aspirar á ser, cuando ménos, ministro.

José, sin duda, adelantándose á su siglo, tenía más altas miras, pues cuando llegó á la edad en que debía escoger un oficio, declaró que de ninguna manera sería remendon como su padre. José tenía un santo horror al trabajo y una antipatía profunda al tirapié y á las leznas; por lo cual dijo con gran énfasis al autor de sus días, que sólo se reconocía apto para una cosa en el mundo, para tocar la flauta, y por lo tanto que sería tocador de flauta.

En vano el pobre zapatero le hizo presente que tocar la flauta no era un oficio; que tenía necesidad de trabajar para comer; que escogiese pronto una ocupacion lucrativa, ó que de lo contrario se vería en el caso de ponerle en medio de la calle, rompiéndole ántes la flauta en las costillas. José no se enmendaba, ántes por el contrario, cada dia más enamorado del sonoro instrumento, le tocaba sin cesar. Teniendo en cuenta las razones alegadas por su padre, pensó en añadir á su ocupacion favorita otra no ménos agradable para él, y comenzó á enamorar á una lindísima jóven vecina suya, llamada Anita, y como el amor es el mejor maestro, inspirado por su pasion, hacía el tocador de flauta verdaderos prodigios, sacando del instrumento notas suavísimas y acordes apasionados.

Era Anita una niña verdaderamente adorable, encantadora; pura y fresca como las primeras flores de Mayo, regadas por las aljofaradas perlas de la aurora; pero, desgraciadamente, no poseía otras riquezas que su candor y su hermosura, siendo tan pobre como su amante. Huérfana de padre, Anita vivía con su anciana madre, á la cual mantenía con el fruto de su trabajo. Anita era modista, y con el dinero que la producía la confeccion de las costosas galas de damasco y terciopelo que la encargaban las grandes señoras, compraba ella sus modestos vestidos de percal, y con ellos, y con una flor prendida en su hermosa cabellera, estaba mucho más linda que aquellas mismas damas con sus ricos trajes.

La casa de Anita estaba situada frente por frente de la de José, de suerte que la pequeña ventana, cerca de la cual la joven costurera se ponía á trabajar desde muy temprano, caía precisamente frontera á la del cuarto de José, y éste se situaba asimismo desde las primeras horas del día cerca de la ventana á tocar la flauta. Anita escuchaba con placer las melodías que su amante la dedicaba, sin abandonar por eso su trabajo. De vez en cuando alzaba sus hermosos ojos y daba las gracias al mancebo con una delicada sonrisa, rogándole con un gesto encantador que continuase, ó bien indicándole que repitiera los aires que más la agradaban. Bajo la poderosa influencia de la pasión, José hacía rápidos progresos musicales, y tales fueron sus adelantos, que al cabo de algunas semanas le apellidaban en toda la vecindad *El Ruiseñor*.

Estos castos é inocentes amores duraron algun tiempo, sin que ni la madre de Anita ni el padre de José sospechasen cosa alguna. ¡Pluguiera á Dios que duraran eternamente! Los amores inocentes de la adolescencia son las páginas doradas del libro de la vida; despues vienen las horas de luto, de amargura y de desengaño. ¡Oh! qué hermosas horas pasó el pobre José contemplando desde su ventana el objeto de su amor, y sacando notas suaves y armoniosas de su flauta! ¿Y Anita? ¿Cómo no había de ser dichosa viéndose amada? Mas la Providencia, á pesar de su bondad, no quiere que haya cielos en la tierra; y por lo tanto dispuso las cosas de manera que el idilio de nuestros dos jóvenes tuviera fin. La ventura es necesario buscarla en otro mundo mejor.

Una mañana el pobre Ruiseñor salió de casa de su padre con la cabeza baja, y ni siquiera se acordó de mirar á la ventana de Anita: el desgraciado caminaba agobiado bajo el peso de la maldicion paterna, y sentía, además, en sus espaldas el escozor producido por el tirapié, que tanto odiaba, y con el cual su buen padre le había medido las costillas.

Cuando el dolor se le hubo pasado requirió su instrumento y púsose á tocarle con ardor: quería apagar en su oido la voz del deber, que se alzaba para recordarle los consejos de su padre; mas al cabo hubo de escucharla y entrar en cuentas consigo mismo.

Veamos, se dijo, qué es lo que voy á intentar. Sin duda que el no hacer nada es muy agradable; pero no puedo vivir solo de tocar la flauta: eso ya me lo ha dicho mi padre un millon de veces. Por más ilusiones que quiero hacerme, yo tengo estómago, y mi estómago grita pan... quiero pan... preciso es, por lo tanto, hacer algo útil. ¿Erré, tal vez, no queriendo seguir el oficio de mi padre? siendo zapatero iría todos los dias á llevar el calzado á casa de las parroquianas, y calzaría yo mismo los pequeños zapatos de seda á las hermosas damas, y al calzarlas admiraría sus bonitos piés. Pero tambien es triste tener que contemplar diariamente tesoros que no nos han de pertenecer jamás. No, no seré zapatero; mejor haré en sentar plaza.

Los soldados llevan bonito uniforme, sombrero con plumas, y largos bigotes; lucen espuelas doradas y larga espada. Sí, seré soldado, enamoraré á todas las hermosuras fáciles y me amarán á mí. Mas ahora que recuerdo, quien dice militar dice valiente, y en punto á valor no me creo capaz de matar á una gallina: no, no nací para guerrero. ¿Me haré poeta? Tengo entendido que es un oficio cómodo y de aprendizaje barato. Con unas cuantas cuartillas de papel y una pluma se gana la vida, y hasta la inmortalidad... En sabiendo escribir... mas justamente yo no sé más que mal leer. No puedo, pues, ser poeta.

Así fué nuestro jóven pasando revista en su imaginacion á otras muchas ocupaciones; pero en todas encontraba inconvenientes. Por último, despues de estar pensando un buen rato, dióse una palmada en la frente exclamando: ¡Ya lo encontré! Voy á casarme. Este es un estado, un oficio, una ocupacion que me conviene. La ocupacion de marido no es incompatible con la de tocador de flauta. La música es un complemento del amor, como el amor es un complemento de la música. Además, como yo soy todo un buen mozo, no debo contentarme con una mujer de poco más ó ménos; pienso buscar una novia rica, jóven, hermosa y noble. Quiero tener palacios, quintas, carruajes, caballos de regalo y numerosos criados. Quiero tocar en una flauta de ébano pulimentado, incrustada de oro y de piedras preciosas, y ser escuchado y aplau-

dido por un auditorio aristocrático é inteligente... ¿Y Anita? ¡Bah! ¡Pobre Anita! Mas ¿qué hacer? Ella se consolará, no la han de faltar novios de su misma clase...

Entregado á estos sueños, Ruiseñor había caminado insensiblemente hasta que se encontró fuera de la ciudad, dando con su cuerpo en una espesa alameda de sauces á la orilla de un rio. El silencio del campo, lo melancólico del sitio y el sereno correr de las cristalinas aguas, sosegaron su espíritu. Sentóse, pues, bajo la sombra que proyectaba un copudo álamo, y despues de contemplar por algunos momentos la mansa corriente, que se deslizaba sobre un lecho de blandas guijas y plateadas arenas, acercó la flauta á los labios y púsose á tocar.

Insensiblemente acudían á su memoria los aires que más le gustaban á Anita, al mismo tiempo que le pareció ver su hermoso rostro reflejarse en el fondo del rio, y que le sonreía con adorable gracia y encantadora confianza. Entónces pensó en ella y lanzó un hondo suspiro, quedándose pensativo y ensimismado, mas pasado un momento se estremeció lanzando un grito.

Acababa de sentir sobre sus espaldas tres fuertes palmadas, dadas por una mano desconocida, que le hicieron el efecto de un choque eléctrico. Volvióse rápidamente, y se encontró cara á cara con un hombre de extraña figura. Era un sujeto alto, delgado, de rostro feroz, nariz puntiaguda, pupilas fosforescentes, largos bigotes y áspera y enmarañada cabellera. Vestía de negro; sus manos largas, secas y cubiertas de vello, terminaban en dedos de uñas encorvadas como las garras de un tigre.

José contempló trémulo y agitado aquella desagradable catadura.

—Oye, jóven, le dijo el desconocido con voz bronca, vengo en tu auxilio. Deseas casarte con una mujer noble, rica y hermosa; yo te daré todo eso. Yo soy el amigo y el protector de los ambiciosos, miéntras que desprecio á los enamorados tontos. No pienses más en Anita; quiero salvarte de ese amor de niño que para nada te ha de servir; tendrás, pues, una mujer elegante, arrebatadora, ideal.

El pobre Ruiseñor miraba á su interlocutor más muerto que vivo: los ojos de aquel hombre le fascinaban.

—Te admiras, continuó diciendo el extraño personaje, de que yo sepa punto por punto todos tus íntimos pensamientos..... Es que yo lo sé todo.

José apenas consiguió tartamudear estas palabras:

—Pero ¿qué me quiere V.?

—Lo que quiero, José, es hacerte feliz y ayudarte á llenar todos tus deseos. Nada tienes que temer: entrégate á mí; mas primeramente es necesario que olvides á Anita. Tan pronto como te acuerdes de ella, te será imposible adquirir la felicidad que quiero darte.

—Será difícil olvidarla; pero ante todo dígame V. quién es, y por qué me siento tan atemorizado que no le puedo mirar de frente.

—¿Quién soy? Eso sería un cuento muy largo: bástete saber que mi poder es inmenso é inmensas mis atribuciones. Yo caso á los jóvenes con viejas y á los viejos con mozas. Yo hago los matrimonios de conveniencia; yo soy quien separo á las doncellas del estrecho camino del deber para llevarlas por la senda ancha y florida de la galantería. Yo soy el inventor del lujo, de las modas, de las joyas, de las galas costosas, de los festines, de los espectáculos; yo mato los parientes que incomodan, acallo los escrúpulos de conciencia; yo acelero las herencias y ayudo despues á gastarlas; presido los amores de contrabando; facilito las entrevistas ilícitas y protejo la inconstancia. Soy, por fin, enemigo encarnizado de la consecuencia, que nunca da la felicidad material.

—Todo esto me da miedo, balbuceó Ruiseñor.

—Aún no he concluido. Escucha, pues. Yo soy quien inspiro á las jóvenes esos vagos ensueños que las hacen delirar de dia y velar de noche; yo transformo á los tontos, que el mundo llama hombres de bien, en personas expertas, libres de preocupaciones y aptas para todo. Yo fuí quien te desvió del camino del trabajo y de la idealidad de tu amor sincero, para llamarte á la vida real. En una palabra, yo soy el rey del mundo, porque fuí el inventor del dinero.

—Luego ¿sois el diablo? exclamó José.

—Llámame Satanas: me gusta más ese nombre.

—*Vade*, comenzó á decir Ruseñor, mas no pudo concluir. El personaje que tenía delante le tapó la boca diciendo:

—¡Calla, calla, insensato! Si me conjuras estás perdido.

—Es que yo no quiero vender mi alma, murmuró José. Quiero conservarla pura.

—Yo te la dejo, replicó el desconocido. Tienes necesidad de ella para disfrutar de todas las felicidades que pienso darte; para gozar de la mujer encantadora que te destino; para apreciar tus riquezas, tus vestidos bordados de oro, tus caballos, tus galgos, tus criados; sin ella no podrías administrar tus palacios, tus bosques, tus dominios, en fin. Guarda, pues, tu alma.

—¿Eres tú el diablo y no quieres mi alma? dijo asombrado José.

—Es que hoy me he propuesto ser generoso.

—¿Y tendré todo cuanto me prometes sin pacto ni escritura firmada con mi sangre?

—Sí; pero á condicion de que aceptarás la mujer que yo te dé.

—Acepto, exclamó Ruseñor con voz trémula. Conservaré mi alma pura, y en lo demas te obedeceré; pero en el momento en que no me agrada tu compañía se acaba nuestro trato.

—Convenido, dijo el diablo, añadiendo en voz baja: caiste. Un hombre casado por mi mano, me entrega el alma con sólo entregarse él á su mujer.

Entónces hizo una seña á José para que le siguiera. Ruseñor, miéntras caminaba, iba felicitándose interiormente del buen negocio que acababa de hacer, persuadido de que le sería fácil burlar al diablo. ¡Pobrecillo!

II

Marcharon como cosa de una hora, y al cabo de este tiempo Ruseñor y el diablo se encontraron en una calle estrecha, oscura y tortuosa, parándose enfrente de un edificio de soberbia apariéncia. Su arquitectura era grandiosa, magnífica. La

fachada, adornada de bellas esculturas alegóricas, halagaba á los sentidos, sobre todo á la vanidad. Una gran verja dorada, dejaba ver por entre sus caprichosos calados la opulenta vegetacion del hermoso jardin que precedía al peristilo de entrada. Las puertas entreabiertas permitian apreciar desde luégo el lujo y riqueza del interior del palacio, que estaba en perfecta relacion con la suntuosidad exterior. Sin duda que la Fortuna debía morar en tan espléndida estancia.

Llegóse el diablo á la verja, y tirando de un boton, que se ocultaba entre las muchas labores de la puerta, ésta se abrió y ambos se hallaron en el jardin. José seguía á su acompañante con cierta desconfianza. Llegaron, por fin, á la puerta del palacio, que era de madera de cedro, ornada con ricos arabescos y bajos-relieves, y claveteada con clavos de cobre que brillaban como el oro. El desconocido tomó el aldabon y llamó tres veces. José oía entre tanto una algazara espantosa. La puerta se abrió de par en par: el diablo entró, y el jóven, despues de vacilar algunos segundos, concluyó por seguirle. Entónces pudo ver de dónde procedía el vocerío que había escuchado. Era una caterva de criados que reían, charlaban, fumaban y comentaban la vida de sus amos. Allí se descubrían unos á otros cómo sisaban en las compras, y cómo engañaban en todo á sus señores. Estaban ociosos, arrellanados en anchas poltronas, como quien vive de sus rentas. José, á pesar de ser tan jóven, no se admiró de nada de esto, diciéndose á sí mismo, que no podía esperarse otra cosa en una casa en donde el diablo tenía entrada franca.

Ruiseñor estaba, como el lector sabe, en ayunas, pues había salido de su casa muy de mañana, y Satanas no se había cuidado de ofrecerle de almorzar; por lo que, viendo á un criado que tenía en la mano un gran pastel, se atrevió á pedirle un pedazo. Miróle el criado insolentemente, y despues de lanzar una ruidosa carcajada, le contestó:

—Esto es para nosotros, amiguito; V. comerá con el amo más tarde.

El diablo pareció avergonzado de esta insolencia, mas sin decir una palabra al criado, continuaron internándose en las habitaciones. Llegaron por fin á un magnífico comedor, en don-

de estaba servida una mesa con extraordinaria abundancia. Delicados fiambres, sabrosa pastelería, frutas exquisitas y vinos generosos, nada faltaba. Satanas tocó una campanilla y apareció un criado haciendo cortesías. El diablo le dijo:

—Sirve á este caballero y dale cuanto desee.

Sentóse José á la mesa y comenzó á comer como un cava-dor. Satanas no probaba cosa alguna: apenas hacía más que tocar con los labios una copa de vino de Chipre.

Despues de dar á las mandíbulas durante más de dos horas, probando todos los manjares y bebiendo de todos los vinos, Ruisseñor se sintió otro; estaba alegre, satisfecho; habíanse disipado todos sus recelos, y deslumbrado por el esplendor del salon en que se encontraba, preguntó al diablo si sería posible visitar el palacio, pues por lo que de él llevaba visto, podía suponerse que encerraría verdaderas maravillas. Satanas le respondió que podía andar por donde le agradase, pues hasta media noche estaba en completa libertad, y que al dar las doce le presentaría la esposa que le destinaba.

—Pasea, come, bebe, diviértete ó descansa. Yo me retiro y hasta las doce no volveré. Y al decir esto, desapareció como una sombra.

Al encontrarse solo Ruisseñor, siguió por una larga galería del más puro estilo árabe, la cual desembocaba en un magnífico invernadero, lleno de hermosos arbustos y flores extrañas de espléndida belleza y enervantes perfumes.

José, embelesado por el espectáculo verdaderamente fantástico que tenía delante de los ojos, sentóse á la sombra de una frondosa magnolia que le embriagaba con su aroma. Descansó un rato; mas sintiéndose arrastrado por una fuerza sobrenatural, levantóse de nuevo, entrando en un salon artísticamente adornado con estatuas de mármol rosa, las cuales afectaban actitudes lascivas; pero José, conservando el alma pura, pues el diablo había cumplido su palabra, pasó adelante sin prestar atención. Entróse luégo en una sala adornada con magníficas otomanas de terciopelo escarlata con franjas de oro. Del techo, pintado al fresco, pendían algunas lámparas de cristal y oro, de rico trabajo artístico. Junto á las paredes veíanse, sobre pedestales de lapislázuli, numerosas estatuas, notables ante todo

por el carácter de los personajes que representaban, siendo las principales de Procusto, Erostrato, Mesalina, Aspasia, Neron, Calígula, Eliogábalo, Heródes, Arrio, Nabucodonosor, Epicuro, Júdas, etc. En los intervalos de las estatuas había en las paredes unos preciosos medallones rodeados de caprichosos dibujos. En el centro de estos medallones se leía, en caracteres de oro, las originales sentencias siguientes:

- El dinero lo es todo en el mundo.
- La mejor moral es no tener ninguna.
- La conciencia es el espantajo de los pobres mortales.
- La hipocresía es la virtud más grande de la humanidad.
- Sé hipócrita si quieres ser grande.
- La honradez es otra forma de la hipocresía: no hay honrados por convicción.
- Los monederos falsos son negociantes listos que viven á costa de los tontos.
- La mentira fué inventada para la felicidad de los hombres.
- La vergüenza destruye la felicidad.
- Honra y provecho no caben juntos en un saco.
- No hay virtud que resista á un puñado de oro.

Estas máximas, verdaderamente diabólicas, no hicieron, sin embargo, ninguna impresion en el alma de José, que se conservaba pura de todo sentimiento innoble, sombreada apénas por los impulsos de una ambicion pueril. Así fué que, fatigado, aturdido de admirar tantas deslumbradoras riquezas como encerraba el mágico palacio, sintió la necesidad de descansar. Para conseguirlo acomodóse en un blando y cómodo divan, y empezó á sentir esa dulce soñolencia que precede al sueño profundo; pero ántes de quedarse dormido se hizo la siguiente reflexion.

«Todo esto es muy bello, muy rico; mas por lo que hace á la moralidad de los consejos escritos en las paredes, me hace pensar que hice bien en no entregar el alma al tal amigo que me quiere proteger, á condicion de que olvide á mi querida Anita. Entregado á estos pensamientos, Ruiseñor se quedó dormido.

III.

Cuando Satanas volvió al palacio era ya la media noche, y todavía José dormía á pierna suelta. Contemplóle el diablo un momento, y con una sonrisa propiamente suya exclamó:

—Duerme, duerme, que si mis proyectos se realizan, no dormirás tan tranquilo dentro de algunos dias.

Despues mandó encender las luces y despertó al mancebo. José abrió los ojos asustado, diciendo:

—¡Ah! ¿Eres tú, Satanas?

—Yo soy, amigo mio; ¿cómo encuentras este palacio?

—¡Magnífico!

Pues la esposa que te destino le llevará en dote con otras muchas riquezas. Son cuatro las jóvenes que están esperando mis órdenes para que te las presente y puedas escoger.

—Ya estoy deseando verlas, respondió José.

—Entrad, dijo Satanas.

En el mismo instante cuatro mujeres penetraron en la sala. Eran todas admirablemente bellas, y los ricos trajes que vestían realzaban su hermosura de diosas.

La primera que se adelantó, llevaba un riquísimo traje de terciopelo negro, recamado de estrellas de brillantes. Alta, esbelta, elegante, de tez morena, ojos negros y rasgados, y espléndida cabellera, ofrecía el conjunto de una belleza perfecta. Sus miradas fascinadoras despedían rayos de ardiente pasión por entre sus sedosas pestañas, tan largas que sombreaban la mitad de sus mejillas. Esta mujer era fascinadora.

La segunda tenía magníficos cabellos rubios, que servían de marco á un rostro de óvalo perfecto y del más suave colorido. La boca purpúrea y los ojos de un azul profundo, que despedían titilaciones como las estrellas en una noche serena. La expresión general del semblante era cándida y pudorosa. Su traje se diferenciaba del de sus compañeras por lo brillante de los colores: llevaba un vestido de raso blanco y rosa, y las joyas que adornaban su cuello y sus brazos eran de un gran valor artístico.

La tercera estaba adornada con gran sencillez. Llevaba un vestido de satén color de ceniza, ligeramente descotado, dejando admirar una garganta de diosa. Su rostro era hermoso; mas se notaba en él cierta expresión vaga de sufrimiento, cierta melancolía que parecía un tanto afectada. Cuando se sentó cruzó las manos y levantó los ojos al cielo, después de haber lanzado una mirada furtiva á José, mirada que hizo sonreír maliciosamente al diablo.

La última tenía los cabellos castaños y los ojos negros. Vestía de raso azul claro, y llevaba el traje con extremada elegancia. El peinado era caprichoso y adornado de cintas y flores. Todo en esta mujer tenía algo de mariposa: era el tipo de la inconstancia. Su mirada se presentaba ora tierna y suave, ora ardiente y provocativa, ora lánguida y sombría. Sus menores movimientos estaban llenos de gracia y voluptuosidad. Cuando José la vió aproximarse, su corazón empezó á latir apresuradamente, y la sangre toda afluyó á sus mejillas. Para colmar la medida, al tomar asiento cerca del mancebo recogió con donaire su vestido, dejando ver un pié divino.

El pobre Ruiseñor se quedó extático á la vista de tantas perfecciones; mas no estaba lo que se llama propiamente apasionado. Aquellas mujeres eran arrebatadoras; pero no tenían el suave perfume de castidad y pureza que se desprendía de la hermosura de Anita, tan bella, tan poética.

José las admiraba, pero no decía una palabra.

El diablo, viéndole tan pensativo, le dijo en voz baja:

—Vamos, José, ¿qué haces? dijo el diablo, escoge. ¿No es verdad que todas son encantadoras? Por lo que hace á su riqueza, nada tengo que añadir: son opulentas como reinas. Voy á dejarte para que elijas con más tranquilidad; pero ántes quiero darte algunos detalles respecto de su genio y condiciones morales. Escucha.

La primera está, como ves, dotada de todos los encantos imaginables; pero tiene el defecto de ser un poco celosa. Debes tratarla con el mayor cariño, guardándote bien de faltar á ninguno de tus deberes de esposo.

La que está á su lado derecho tiene el mejor carácter del mundo mientras no se la contradice. Debes, pues, tener con

ella la mayor condescendencia, si no quieres que se arrebate y te falte al respeto. Cuando se encoleriza es una hiena.

La tercera no tiene más falta que ser algo beata. No te admires de ver una beata en casa del diablo, pues así como la devota entra en mi casa, yo entro en los lugares más santos protegido por ella.

La cuarta y última es gentil, espiritual, viva como un diablillo, amiga de galanteos, en fin, una *coqueta*, como dicen los franceses. No te digo más con respecto á ella.

Hasta luégo: elige, que la que elijas será tuya. Dicho esto Satanás desapareció.

Entónces José se dijo á sí mismo:

—¡Encuentro á este diablo demasiado sincero! ¿Por qué me querrá hacer tantos obsequios? En fin, aprovechémonos.

Nuestro héroe tenía veintidos años; era un buen mozo y lo sabía perfectamente; así que, fiado en sí mismo, dirigióse á las damas y empezó á hacerlas la corte, diciéndolas galanterías, á las que ellas correspondieron. José conoció que el diablo no le había engañado, y que tenía á su disposición aquella que quisiese elegir. Ahora bien, la facilidad y la abundancia le hicieron vacilar. Hallaba en todas verdadero mérito y cualidades apreciables, mas ninguna le parecía superior á las otras: no se podía decidir. Agradábanle y desagradábanle todas cuatro, no hallando verdadera poesía en ninguna.

El diablo reapareció y mandó retirar á las mujeres, preguntando despues á Ruiseñor:

—¿Elegiste?

—¿Pues qué así se elige? Esto no es asunto de poco más ó ménos: no debe uno casarse con la facilidad con que se compra un par de botas. Juzgando que elijo bien, puedo buscar por mí mismo tormentos para todos los días de mi vida. Cuando del casamiento se hace un negocio, debe pensarse maduramente.

—Pues piénsalo, contestó el demonio. Pero yo creo que hice mal en darte tanto donde escoger. Si te hubiera presentado sólo una de estas encantadoras mujeres, tú la hubieras aceptado sin vacilar.

El diablo salió haciendo un gesto de rabia.

IV.

José, cuando se vió solo, sintió dentro de sí mismo la necesidad de raciocinar y hacerse cargo de su situación. Empezó por figurarse que se hallaba ya casado con cualquiera de las cuatro mujeres que acababa de ver. En la hipótesis de que su esposa fuese la bella trigueña de ojos negros, comenzó por echar una mirada á su vida íntima y vióse esclavizado por la terrible pasión que hacía él sentía aquella mujer ardiente y celosa. Cierto es que se vería amado, pero también se vería atormentado. Figurábase que no podría faltar un momento del lado de su esposa; que por el más leve motivo habría sínco pes y ataques nerviosos. Si por acaso sus miradas se dirigían hacia otra mujer, la suya le lanzaría violentas recriminaciones; habría lágrimas y gritos furiosos, y en fin, que torturado por el excesivo amor, no encontraría tranquilidad ni en su casa, ni en la calle, ni en el campo, ni en la ciudad, ni en la mesa, ni en el lecho, maldiciendo día y noche la hora en que se casó. Veíase, por último, en la cama moribundo, padeciendo una fiebre cerebral, y que aún aquella terrible mujer le acusaba de infidelidades. Todo esto hizo estremecer de horror al pobre Ruseñor, que creyó despertar de un sueño.

Volviendo á caer en sus cavilaciones, creyóse José ligado para siempre con la hermosa rubia de ojos azules, y entónces sus torturas fueron de otro género. Vióla aparecer de repente con los cabellos desgredados, cerrados los puños y los labios pálidos de rabia. Venía á preguntarle quién había roto un jarrón de porcelana de Sevres, cuyos trozos traía en la mano. Él la responde, con buenos modos, que no lo sabe, mas ella, ciega de ira, le arroja uno de los cascós á la cabeza, é inmediatamente empieza á destrozar cuanto encuentra á su paso. Al ruido de los muebles que se rompen y de las sillas que ruedan por el pavimento, entran los criados, que se sonrien maliciosamente, lanzándose unos á otros miradas significativas, mientras que á él se le erizan los cabellos de ver-

güenza. Esta vision pasó como había pasado la anterior, para dar lugar á otra nueva.

Ruiseñor se figuró casado con la devota, y entónces empezaron para él otros suplicios completamente nuevos. Por complacer á su bella esposa debía confesarse todos los dias de fiesta, y si no tenía pecados necesitaba inventarlos. No podía abrir la boca sin que su mujer le acusara de proferir herejías. No era dueño de comer cuando tenía gana, ni de beber si tenía sed. Miéntras ella pasaba el tiempo en la iglesia, él debía entretener y dar conversacion al padre confesor, que se había hecho huésped permanente de su casa; en fin, la vida era un perpetuo cilicio, y José estaba desesperado. El efecto fantasmagórico desapareció, encontrándose el jóven frente á frente con la última de las aspirantes.

Esta, con su hermoso vestido de azul celeste, su cara risueña, amable y espiritual, contrastaba singularmente con las tres que le habían precedido. Viva y encantadora, no pensaba sino en placeres y diversiones: dispensaba sus miradas y sus sonrisas con gran generosidad, y en tanto número, que á su infeliz marido no le tocaba sino una muy pequeña parte. No vivía más que para agradar, ni tenía otro pensamiento que aumentar el número de sus admiradores. Finalmente, tanto ruido hicieron sus coqueterías, que fué necesario pedir una separacion judicial, viéndose Ruiseñor obligado á acusar á su esposa ante los jueces.

Esta alucinacion pasó como las anteriores, y José, al sacudir el letargo, llamó á Satanás que apareció con la sonrisa en los labios.

—Aquí estoy. ¿Qué me quieres? le preguntó:

—Que ya me he decidido; pero necesito salir de aquí, quiero respirar un poco el aire libre.

—¿Por qué no me dices ántes á cuál has escogido? insistió Satanás.

—Te lo diré cuando hayamos salido.

—Pues bien; salgamos. Me has cogido en la hora de las concesiones.

Ambos salieron, siguiendo por la calle estrecha y tortuosa en donde se alzaba el palacio. La ansiedad del diablo era ex-

traordinaria. Llegaron á una esquina, y José dijo á su acompañante:

—Vas á saber ahora cuál es la esposa que he escogido. ¿Ves allí aquellas dos mujeres, una jóven y otra anciana, de las cuales la primera da el brazo con tierna solicitud á la segunda?

—Perfectamente.

—Pues la más jóven, que va sirviendo de apoyo á la otra, que es su madre, es la predilecta de mi corazón.

Satanas volvió la cabeza para contemplar la figura angelical de una doncella modestamente vestida, de rostro cándido y de hermosura pudorosa y casta, como la del lirio del valle que se abre en las primeras horas de la mañana.

—No es cierto; no puede ser. Tú has debido olvidar á esa jóven, puesto que es Anita la costurera.

—Sí, la misma. Esa es la mujer que me conviene. No es rica, no viste costosos trajes de seda ni terciopelo, no deslumbra con el brillo de sus joyas; pero está adornada con las galas de la inocencia. Ella fué mi primer amor, y será mi eterna compañera.

Satanas, al oír estas palabras, dió una estrepitosa carcajada.

—¡Pudor! ¡Inocencia! ¡Bonito dote! ¿Y eso lo cambias por las riquezas que yo te ofrecía? Vamos, ven conmigo y no seas tonto: haremos nuevos ajustes.

Y al decir esto trataba de llevar al jóven consigo. Mas éste le rechazó haciendo la señal de la cruz y añadiendo: en el nombre de Dios Padre, de Dios Hijo, de Dios Espíritu-Santo. *Vade retro Satanas.*

El diablo hizo una horrible mueca y desapareció detras de una nube de humo azufrado.

José, al verse solo, exhaló un fuerte suspiro; limpióse el sudor frío que bañaba su frente y entonó en la flauta una de las melodías predilectas de Anita.

Ocho dias despues José, ó Ruiseñor, se hallaba sentado al lado de su padre aprendiendo el oficio de zapatero, y pasados algunos meses se casaba con la hermosa Anita.

¿Conquistaría la felicidad? Él aseguraba que sí; trabajaba toda la semana y los domingos tocaba su querida flauta, en la que cada día ejecutaba nuevos prodigios.

—De buena me libré, decía muchas veces á sus amigos. El diablo me tentó bien, y si le hubiera entregado mi alma estaba perdido. Anita fué mi ángel de la guarda; su imágen querida no me abandonó cuando emprendí la tortuosa senda del mal, y de tan eminente riesgo me salvó la pureza de mi primer amor.





CÓMO VINO LA DECADENCIA

DE ESPAÑA.

MALOS tiempos se presagiaban para la prosperidad de la patria. Había recibido el tercer Filipo la monarquía más grande y gloriosa de la tierra; imperio formidable no sólo por los Estados vastísimos que contenía, sino sobre todo por la fuerza de sus admirables instituciones que daban entónces á la nacion española incontestable superioridad en el arte de la política y en el arte de la guerra. Los Reyes Católicos en su inolvidable reinado habían llevado á su mayor apogeo las antiguas instituciones de Leon y Castilla, la antigua y venerable constitucion aragonesa, el espíritu y el sentimiento profundo de las libertades públicas que reinaban por estas tierras; y como fruto de aquella tan atinada política, aparecía la España del siglo xvi, hábilmente manejada por Felipe II en medio de los grandes peligros que le legara su padre. En aquel siglo de oro de nuestra historia, miéntras Italia brillaba entre todas las naciones por el esplendor de su renacimiento en la literatura y en las artes; miéntras Alemania, entregada con furor á las discusiones teológicas, se distinguía por el atrevimiento de sus reformadores religiosos, nuestra España era la patria de los

grandes hombres de Estado y de los capitanes ilustres ; y por la superioridad de su constitucion y gobierno hallaba á porfía entre sus hijos hombres de genio y recursos de poderío y grandeza para colocarse como reina y soberana al frente de la sociedad europea.

Orgullo y tristeza á un tiempo causa el recordar las glorias de aquel siglo. Jamás nacion pudo presentar falange tan numerosa de grandes políticos y talentos de primer orden en la gobernacion del Estado , como los que ensalzaron á nuestra patria en el siglo xvi. El título sólo de nuestra ciudadanía, el nombre español era tan respetado y temido en el mundo como lo fué en otro tiempo el de la ciudadanía romana. Los embajadores de Castilla eran justamente considerados y temidos en las córtes extranjeras, en Roma, en Venecia , en Paris y Lóndres, como los más hábiles y sagaces diplomáticos que habían conocido los pueblos. Asombro y miedo de todas las naciones eran los consejeros de la Corona de Castilla , hombres de Estado consumados, caractéres de imponente gravedad, de indomable energía, maestros profundos en la ciencia difícil de gobernar á la patria y de dominar y vencer por la política á las naciones extrañas. Los destinos de los pueblos pendían de los decretos de la majestad española.

Y los elementos de la guerra correspondían á tanta superioridad en la política. La Corona de Castilla no tenía más que poner en movimiento sus tercios y lanzar en són de guerra á su incomparable infantería , para introducir el espanto en las filas de los más formidables ejércitos. Ninguna nacion fué jamás más poderosa en los mares. El Gran Capitan y el gran Cortés ensanchaban la patria; la energía de Cisneros la salvaba de los peligros de las regencias; el duque de Alba , Espínola, D. Alvaro de Bazan , el marqués de Santa Cruz, Hurtado de Mendoza cumplían los designios de Felipe II. Y cuando allá en los horizontes desconocidos del Nuevo Mundo la guerra y la política se presentaban con nuevas necesidades, no bastando ya para tales enemigos ni los recursos de la estrategia de los ejércitos regulares, ni la habilidad ordinaria de las negociaciones diplomáticas, surgían de improviso de los

rincones de Extremadura y de Castilla héroes prodigiosos que al frente de un puñado de guerreros resolvían como generales y hombres de Estado dificultades sin ejemplo, y daban cima á empresas mitológicas.

Este era el fruto que á fines del siglo xv y durante el xvi producían en España nuestras antiguas instituciones. Esta era la patria que recibió en legado Felipe III. En su reinado y en el siguiente, á pesar de los pésimos gobiernos, la antigua constitucion del suelo patrio, ántes de perecer por completo, dió todavía magníficas glorias. Por algun tiempo aún sus resultados sobrevivieron á su ruina. Los primeros dias de la tiranía recogieron los frutos de los últimos años de la libertad.

Lo que despues sucedió, ya lo sabemos todos, demasiado triste es recordarlo. El colosal imperio que abarcaba en sus límites la inmensidad de los mares, cayó inerte en profundo estupor. Aquella escuela de grandes hombres de Estado que habían sido consejeros de la Corona de Castilla, y temidos y respetados representantes de nuestras grandezas por las córtes de Europa, toda desapareció en breve tiempo. En lugar de Cisneros empezaba á regir los destinos de la patria la larga serie de intrigantes y aventureros que todavía se perpetúa en la gobernacion de nuestro Estado: un duque de Lerma, un D. Rodrigo Calderon, un conde-duque de Olivares, un Luis de Haro, un Valenzuela, un Oropesa, un cardenal Portocarrero, privados, en su mayor parte sagaces, astutos y afables cortesanos de cámara real, talentos de primer orden en el enredo y la trampa mezquina, hipócritas sin igual en el arte de encumbrarse con la adulacion sempiterna del poderoso, políticos aventureros y osados, muy hábiles en la tramoya más grosera del gobierno y del escalamiento del poder, pero por lo demas ignorantes, estúpidos, caracteres despreciables, corazones sin vergüenza, hombres profundamente viles. Encumbrados por medios ruines, su gobierno no podía ser sino funesto á la patria, porque como siglos hace dijo Tácito con profunda verdad: «Nadie jamás ejerció con buenos medios el imperio que se adquirió con malos.»

Por lo demas, tan torpes gobernantes se daban en medio de

todo maña bastante para alzar más y más el poder real sobre las ruinas de la nación. Verdad es que disponiendo de la fuerza material no era esta política la más difícil. Mas, en fin, de todas maneras, con sus bajas y repugnantes intrigas, habían conseguido elevar el poder de la Corona á mayor altura que nunca. Pero teniendo á sus piés los escombros de las libertades patrias, el trono no era más que magnífico catafalco del duelo de la monarquía.

En efecto, todos los elementos de inmejorable gobierno que encerraba entónces nuestra patria, las Córtes, la nobleza, las libertades municipales, todo cayó precipitado en profunda decadencia con la política avasalladora y despótica de los privados. La aristocracia, sometida desde el tiempo de los Reyes Católicos, no supo en España como en Inglaterra hacer á su tiempo debido causa comun con el pueblo para contener las invasiones crecientes del poder real. En Villalar se le presentó para reconquistar su influencia una de aquellas ocasiones solemnes que si se pierden no se recobran jamás. Divorciándose de la causa popular en la guerra de las comunidades, y desperdiciada por ella tan solemne oportunidad, no volvió á presentársele otra ocasion como aquella para mantener sus antiguos fueros en la gobernacion del Estado. Así es que el desastre de Villalar fué tan funesto para la prepotencia de la aristocracia como para las libertades populares. Diez y siete años despues de aquella contienda, la nobleza castellana dejó de ser convocada en Córtes, y apareció como Estamento suprimido en la representacion nacional. Carlos V la trató con tenaz severidad, no desaprovechando ocasion alguna que se le ofreciera para destruirla como poder en el Estado. Llevado por esta política avasalladora, con insistencia aconsejaba á su hijo que no diera á los grandes altas misiones, sino que los mantuviera siempre alejados del poder, ociosos en sus casas, sin intervencion alguna en la gobernacion del reino, para que perdieran así en la indolencia la práctica de los negocios de Estado y la fuerza é importancia de su clase (1).

(1) Carta que escribe el Emperador á su hijo desde Palamós en 6 de Mayo de 1543. Véase el tomo XIV del *Semanario erudito* de VALLADARES,



Felipe II no siguió sino con la mayor moderacion estos consejos de su padre. Procuró sí mantener la aristocracia sometida á la corona ; y de revoltosa y anárquica que había sido por tiempos pasados, consiguió formar esa aristocracia que profesaba fe y abnegacion sincera á la persona del monarca, y que, como el duque de Alba, cumplía sin murmuracion ni protesta las órdenes más severas emanadas del rey ; consiguió formar esa aristocracia que en el reinado siguiente hacía decir al embajador veneciano Contareni : « Lo que con más extremo sienten en España es conocer que no tienen rey ; y del poder del dúque hablan diversamente, unos que le tiene hechizado , otros que el natural es servil , cada uno como le parece ; y aunque el pueblo manifiesta , más sin arte , su descontento , *la nobleza está tan sentida en estas cosas, que si no tuviese por fundamento de su honor la fe de su príncipe, hubiera dado al suelo con carga tan molesta, cosa de que el duque no vive sin recelo* » (1).

En las miras de Felipe II entró el encumbrar y favorecer en sus consejos á algunas personas de humilde nacimiento, pero nunca se entregó al sistemático propósito de no ensalzar sino á gente de baja esfera, como lo hicieron otros monarcas deseosos de destruir el poder de los grandes. Muy al contrario, durante aquel largo reinado los señores más poderosos sirvieron al rey en los puestos más encumbrados de la gobernacion y de la milicia , estuvieron al frente de los ejércitos y de los reinos , y desempeñaron con preferencia á cualquier otra clase los vireinatos de Italia y América. Con esta hábil política consiguió Felipe II mantener sumisos á los señores, é inspirándoles la mayor fidelidad al trono, arrancarles su antiguo espíritu de discordia, su antigua excesiva prepotencia , pero sin despojarles por completo de esa influencia en el gobierno que es indispensable tengan las clases superiores para el buen

esta carta del Emperador, como otros documentos publicados por el *Semanario erudito*, contiene grandes discordancias con su original, que se halla en el archivo del Ministerio de Estado.

(1) Relacion que hizo á la república de Venecia Simon Contareni al fin del año de 1605 sobre su embajada en España.

orden de los Estados. Al concluir aquel reinado conservaban todavía los grandes de Castilla, y los de Aragon todavía más que los de Castilla, poderosa consideracion social y respetables elementos de poder, lo cual era una verdadera fianza de buen gobierno y una esperanza legítima para la conservacion y mantenimiento de las libertades patrias, y hacía honor á la prevision política del monarca, que pudiendo haber destruido aquel poder, que era un freno y ponía á veces graves obstáculos al ejercicio de la autoridad real, comprendió, sin embargo, que era necesario para el mayor bien de los reinos mantener á las clases superiores cierta prudente y legítima influencia en los asuntos de Estado, y supo contener las ambiciones de la corona en un siglo en que todas las monarquías de la cristiandad se iban tornando despóticas. Todo lo que tiene, en efecto, de anárquico y funesto para los pueblos una aristocracia opresora de las demas clases, una aristocracia como aquella, que ensangrentó los gobiernos de San Fernando, de D. Pedro *el Justiciero* y de D. Alvaro de Luna y produjo tantos estragos en Castilla, hasta que la sujetaron los Reyes Católicos; todo lo que tiene de repugnante y corruptor una nobleza cortesana, disipadora y viciosa, sin más recuerdos de la grandeza de su estirpe que las genealogías de vetustos pergaminos y privilegios pueriles, ni más cargo en el Estado que desempeñar puestos serviles de mayordomo ó lacayo alrededor del monarca; en cambio una clase directora de las demas, una verdadera aristocracia que por sus talentos como por sus riquezas y tradicionales recuerdos marche al frente de todos los ramos, es una de las condiciones que mejor aseguran el orden y la prosperidad, así como las libertades de los pueblos, y es elemento sin el cual no podrá jamás una república estar bien constituida.

Pero no entraron tales consideraciones en la política de los privados que desde el tiempo del duque de Lerma se sucedieron. La destruccion total de la influencia de la aristocracia, la nivelacion de todas las clases bajo el peso del mismo despotismo, fué uno de los fines predilectos que se propusieron aquellos gobernantes, no por penetracion de principios políticos, sino movidos únicamente por los instintos de su propia

personal conveniencia. Con todo acierto valiéronse para este fin de los medios que la experiencia tiene de antiguo acreditados como de resultados más eficaces en el logro de tal intento. Procuraron que los grandes abandonaran sus Estados, para que ociosos en la corte y arrastrados por sus vicios é instintos de vanidad, disiparan su patrimonio de familia y llegaran más ó ménos pronto á ese extremo de degradacion material y moral en que irremisiblemente viene á caer toda aristocracia que por hacerse cortesana olvida sus deberes, concluyendo á la postre por no tener ya ni bienes que perder, ni honra que mancillar.

Tales progresos hizo en este sentido la decadencia de la aristocracia durante el reinado de Felipe III, que nuestro práctico publicista el licenciado Pedro Fernandez Navarrete, en sus juiciosos *Discursos sobre la conservacion de las monarquías*, señala ya este mal como una de las más graves enfermedades que están consumiendo la vida de nuestra monarquía: «El estar los señores en la corte no teniendo ocupacion, tiene para ellos grandes daños y para ella grandes inconvenientes; y si algun tiempo fué buena razon de Estado de los reyes el tenerlos junto á su persona para asegurarse de ellos, y para consumirlos y gastarlos, de suerte que no les quedasen fuerzas para poder intentar novedades, como para el mismo efecto lo hizo el rey Enrique VIII de Inglaterra... El más templado y modesto caballero, en viniendo á la corte, es forzoso se consuma en cuatro dias; porque la obligacion de aventajarse en lucimiento á los que no son más que él en calidad, le obliga á destruirse y empeñarse. Y si él sólo se destruyese, fuera menor el inconveniente; pero como los árboles grandes cuando caen llevan tras sí todos los que participan de su sombra, así los señores con sus quiebras destruyen infinidad de vasallos, criados y amigos. Y quizá si el hacer pleito de acreedores se juzgara por infamia de derecho, como lo es de hecho, no anduvieran por las calles tantas viudas y tantas doncellas pidiendo limosna, por haber sus padres fiado las libreas de algunos caballeros, que si residieran en sus Estados, excusaran estos gastos, no destruyeran á sus vasallos, tuvieran caudal para socorrer en las necesidades á sus reyes, ampararan como padres

á sus súbditos guardándoles justicia, sin dejarlos expuestos á las necesidades de jueces mercenarios» (1).

No puede decirse mejor; la aristocracia es, en efecto, en las repúblicas, «como los árboles grandes, que cuando caen llevan tras sí todos los que participaban de su sombra.» Cuando una aristocracia se pudre, de su descomposicion no resulta para los pueblos sino despotismo mayor. «La más grave enfermedad de la república, escribía Mariana, es la que resulta de la cabeza» (2). Cruel confirmacion ha dado despues la historia á esta observacion. «Por la cabeza se pudre el pez,» dice un proverbio de Oriente; por la cabeza se pudren los Estados, debiéramos decir en Occidente; pues de la descomposicion de la aristocracia y de no haberse sabido mantener la Corona en su puesto, han venido sobre las naciones de nuestro continente todos los males que ahora la revolucion pone de manifiesto. Inglaterra no tiene que llorar en nuestra edad ni el despotismo de nuestra centralizacion administrativa, ni la anarquía de nuestras revoluciones, nada más que porque la aristocracia ha sabido allí cumplir su mision, y porque la monarquía, despues de haber intentado allí tambien invadirlo y absorberlo todo, quedó al fin encerrada en los límites que le trazaban las leyes de aquellos reinos.

Si la aristocracia andaba decaida, en profunda decadencia estaban tambien las Córtes, base en todo tiempo del edificio legal de nuestra monarquía. Aunque debilitada su influencia y menguado su poder desde el reinado del primer soberano de la casa de Austria; aunque rodeadas de las intrigas de la Corona que intentaba constantemente corromper la integridad de

(1) Pedro Fernandez Navarrete. *Discursos sobre la conservacion de las monarquías*. Discurso xxvi. Madrid, 1626, págs. 172 y 174. El procurador por Granada en las Córtes de Madrid de 1621, D. Mateo Lison, en sus notables proposiciones señalaba tambien como uno de los principales remedios contra la despoblacion y miseria de los reinos, la de obligar á los prelados, títulos y señores de los lugares y mayorazgos, que no tuvieran ocupaciones y cargos forzosos en la corte, á que pasaran á residir en sus Estados, donde darían trabajo á los jornaleros y pobres y remediarían sus necesidades, al mismo tiempo que evitarían para sí la total ruina de su patrimonio.

(2) «*Est enim gravissimus morbus, qui difunditur a capite.*» *De Rege*.

los procuradores, las Córtes, sin embargo, durante todo el siglo xvi hicieron oír enérgicos acentos de libertad, protestando contra los abusos del poder real y contra la violación sobre todo de aquellos fueros esenciales de todos nuestros reinos que prohibían al monarca echar derramas de tributos sin anuencia y otorgamiento del reino, representado en Córtes por sus procuradores. Los Reyes Católicos cumplieron fielmente esa promesa solemne que hacía entónces el monarca á sus súbditos «de non echar nin mandar pagar pecho desaforado ninguno especial nin general en toda mi tierra, sin ser llamados primeramente á Córtes, é otorgado por todos los procuradores que hi vinieren.» Los instintos despóticos de Carlos V no osaron infringirla abiertamente. Si Felipe II en los graves conflictos de su reinado se decidió alguna vez á infringirla, sólo lo hizo en aquellos casos extremos en que los apuros del Gobierno vinieron á hacerlo preciso, y contra la opinion hoy generalmente admitida, demuestra la historia que pocos monarcas ó más bien ninguno, excepto Isabel I, ha habido en España que en las circunstancias y situacion del gran Felipe, fueran tan celosos como él del respeto de las verdaderas atribuciones de los procuradores de Castilla y de los estamentos de los demás reinos. A ese monarca que suelen pintar las historias como tirano tan fiero, se atrevieron á decir los procuradores de las ciudades de Castilla: «*Señor: los gastos de vuestro real Estado y mesa son muy crecidos, y entendemos que convendría mucho al bien de estos reinos que V. M. los mandase moderar, así para algun remedio de sus necesidades, como para que de vuestra majestad tomen ejemplo todos los grandes y caballeros y otros súbditos de V. M., en el gran desorden y exceso que hacen de las cosas sobredichas.*» Felipe II vivía, sin embargo, con la modestia de un monje. En cambio, pocos años más tarde no se oirá un lamento en Córtes sobre el escandaloso despilfarro de la corte de Felipe IV.

Durante el reinado de Felipe III, reúnen periodicamente las Córtes de Castilla; pero nombrados por los mismos privados del Rey los procuradores de las ciudades, fué ya harto fácil el soborno de la representacion del reino. En los primeros años de Felipe IV reformóse algo este abuso. Por entónces to-

davía fueron respetados en apariencia los antiguos derechos de los representantes de las ciudades, todavía siguieron cumpliéndose las formulas de no cobrar impuesto alguno sin haberse previamente votado y otorgado en Córtes; pero el Conde-Duque, suprimiendo el mandato imperativo de los procuradores, atribuyéndoles la facultad legal de conceder y aprobar tributos por sí mismos, sin previos y especiales poderes de las ciudades, se había dado maña bastante para que la institucion gloriosa de nuestras Córtes no produjera sino sobornos y corrupcion en vez de producir libertad. Poco despues las inolvidables Córtes de Castilla murieron en manos de aquel hijo de la Calderona, D. Juan de Austria, de ingrata memoria. Cayó entonces en completo olvido la venerable institucion, y los tributos se cobraron en adelante sin pedir su renovacion, y en vez de acudir á los procuradores en demanda de servicios como antiguamente, prefirieron los gobernantes hacer frente á los apuros del Erario pidiendo donativos voluntarios á los grandes y á las clases poderosas de la nacion.

El pueblo presenció impasible la total ruina del baluarte de sus libertades; pero tiempo hacía, en verdad, que la institucion, aunque viva en apariencia, estaba consumida de mortal enfermedad, y ninguna influencia ejercía en la gobernacion del Estado.

Tal era desde que empezó la triste serie de príncipes débiles é ineptos, y los privados se enseñorearon del poder, la suerte cruel de las instituciones más grandes y gloriosas de la antigua España. Aquella monarquía que se alzó de improviso en nuestra Península con asombro de toda Europa cuando Isabel I y Fernando V enlazaron sus coronas; aquella monarquía española del siglo xvi, cuya corona era de tanta majestad y grandeza que no ha tenido igual en la cristiandad; aquella grande España de Otumba, Pavía y Lepanto, parecía estar todavía en pié largo tiempo despues de su ruina. Aún vivían los viejos tercios; aún grandes capitanes de la escuela del duque de Alba dirigían nuestros ejércitos, grandes políticos y diplomáticos de la escuela de Felipe II desempeñaban nuestros vireinatos y nuestras embajadas; aún se oían resonar enérgicos acentos de libertad en los labios de los procuradores de nuestras comuni-

dades de Castilla; aún la noble y altiva naturaleza de nuestro carácter nacional inspiraba en todas las clases de la sociedad brillantes destellos del genio de la patria; aún teníamos en nuestra tierra pueblos habituados á gobernarse á sí propios y grandes no envilecidos ni ante el trono, ni ante la plebe; aún parecía ser la monarquía de España ese admirable gobierno cristiano tan de mano maestra trazado en nuestros antiguos códigos, que desde el Fuero Juzgo venían repitiendo al monarca, «*Rex eris, si justus eris*»; aún nuestra monarquía parecía ser entre todas las de Europa la más sólida y sabiamente levantada sobre los cimientos de la verdadera libertad, y como costumbres públicas, como prácticas de gobierno representativo ninguna nacion, ni la misma Gran Bretaña, se la podía comparar; aún nuestros publicistas eran los que sostenían los más valientes y libres principios de política y gobierno, Mariana, Suarez, Diego Saavedra, inspirándose en las venerandas instituciones de la patria, exponían la doctrina de la república y del príncipe cristiano con escándalo de Europa, habituada por entónces á las teorías serviles que secundaban por donde quiera el planteamiento de las monarquías despóticas. Pero si todo eso brillaba aún en la superficie, los cimientos de la monarquía estaban corroidos de ese grave mal que en la hora de la decadencia se apodera de las repúblicas y hace inútiles en ellas las mejores instituciones, y priva á las leyes más sábias del principio que les da vida y las torna estériles é inútiles, no sólo para la prosperidad y grandeza exterior del Estado, sino para asegurar su mismo orden y tranquilidad interior.

En 1605, el embajador veneciano Simon Contareni, en la relacion ántes citada, decía á su república: «El rey de que vengo á tratar es tan grande, que abraza del mundo lo que hasta hoy ninguno ha podido... Viniendo al punto de cómo se gobierna, diré que los Estados y reinos de este gran rey tuvieron su origen más de reputacion que de dominio de príncipe absoluto, como él se llama, y desea que sus súbditos lo entiendan y aún los que no lo son; porque entre él y sus reinos han asentado leyes y modos de gobierno, de manera que es absoluto en la ejecucion de ellas, si bien no lo es en alterarlas.»

Así era, en efecto, entónces todo de verdad. Pero medio siglo más tarde, cuando á la privanza del duque de Lerma y de don Rodrigo Calderon sucedieron Uceda y el Conde-Duque, el licencioso reinado de Felipe IV, la desastrosa minoría encomendada á doña Mariana de Austria, Valenzuela, el infante don Juan y demas tristes hombres llamados de gobierno, la monarquía de España, sin haber en apariencia cambiado nada en sus leyes, sin dejar de presentarse como un coloso por la extension de sus dominios, sin que engañados por su aspecto exterior los extraños pudieran dar crédito todavía á nuestra ruina, la monarquía de España estaba, sin embargo, rota: su cuerpo desangrado caía como exánime, las instituciones guardianas de sus libertades habían sucumbido, y junto á las leyes y á los fueros de la libertad patria que habían enmudecido, pero que se guardaban aún como texto legal, se alzaba un poder arbitrario manejado por viles intrigantes.

Miéntas las Córtes así desoidas perdían sus atribuciones, y el pueblo sus libertades y los grandes su dignidad, rápidamente se iba formando en nuestra patria una obra de peregrina centralizacion. La necesidad más perentoria que se hacía sentir en todos los pueblos de Europa al salir de la Edad Media, era la necesidad de concentracion y unidad política para la constitucion de las grandes monarquías. En España, sobre todo, era donde quizas de un modo más apremiante se presentaba esta necesidad; pero al mismo tiempo, entre todas las nacionalidades cristianas, nuestra Península era seguramente la que ofrecía dificultades mayores para el conseguimiento de esta obra de unidad. Aquí, fuera del principio religioso, todo había ido desenvolviéndose en el transcurso de los siglos como elemento de division y fraccionamiento político. El mismo principio monárquico, aunque unánimemente admitido como primera base constitucional de las diferentes soberanías de nuestro territorio, no dejaba de ofrecer grandes conflictos de provincialismo. La discordancias de fueros, usos y costumbres de provincia á provincia, de pueblo á pueblo; la diversidad de carácter y de idiomas, la simultaneidad de reinos y dinastías distintos en los territorios diversos de la Península, separados unos de otros por fronteras naturales bien marcadas y más desunidos aún

por odios irreconciliables, inspirados en leyes y tradiciones contrarias, hacían en esta parte de Europa, si no imposible, al ménos en extremo compleja y difícil la formación de una gran monarquía bien unida. Los dispersos fragmentos fueron, sin embargo, aglomerándose unos á otros; los unos en virtud de pactos como los vascongados; los otros en virtud de enlaces reales como Leon y Castilla, y estas coronas con las de Aragon, Cataluña y Valencia; los otros por el derecho hereditario ó por una política hábil, aunque violenta, como Navarra y Portugal. Pero una vez sometidos todos ó la mayor parte de los territorios peninsulares á una sola corona, había gran menester de dar uniformidad política á esta tan mal trabada monarquía, expuesta á descomponerse en sus antiguos reinos al menor embate (1).

Dos medios se ofrecían para ello, lo mismo en nuestra patria que en las demas nacionalidades europeas. Consistía el uno en ir igualando paso á paso las formas constitucionales de los antiguos diversos reinos; en ir uniformando sus derechos políticos y absorbiendo unas Córtes en otras, hasta llegar á formar unas Córtes generales de la monarquía, aplicando al gran principio nacional del régimen representativo la misma cuerda política que con el elemento monárquico había venido fundiendo las diversas coronas y dinastías en una sola dinastía y corona peninsular. Los Reyes Católicos, sobre todo, con los pobres recursos que hallaron en su tiempo, procuraron imprimir ese rumbo á las instituciones patrias. Felipe II, con las sábias y sagaces reformas que introdujo parlamentariamente en

(1) Ya en tiempos de Felipe II el célebre CAMPANELLA, en su obra de *Monarquía Hispánica*, á la vuelta de gigantescos proyectos para constituir la monarquía universal con el ceuro de la Majestad Católica, señalaba con profunda penetracion este grave peligro que amenazaba á nuestra monarquía: «Piensan algunos, decía, que la monarquía española no puede subsistir ya mucho tiempo, porque le son hostiles todos los demas pueblos, y porque las provincias de que se compone están desparramadas por el antiguo y nuevo mundo, por Italia, Flándes, África, las Indias, etc.» pág. 168. SANCHE DE MONCADA, en su memorable escrito sobre la *Restauracion política de España*, pintó tambien en 1619 con todo acierto esta falta de cohesion política de nuestros reinos como una de las causas principales de nuestra ruina.

los fueros de Aragon, despues de las alteraciones de aquel reino, dió un gran paso en esa obra. Entre las demas naciones europeas, Inglaterra fué la única en seguir ese camino, por el cual ha alcanzado ver fundidos en Westminster los parlamentos de Edimburgo y de la Gran Bretaña, del mismo modo que las coronas de los dos reinos vinieron ya para siempre á colocarse sobre un mismo trono. A eso debe aquella nacion el poder invocar todavía la *Carta magna* como base de su Constitucion, y ser hoy la única en Europa con costumbres públicas y pueblos habituados á entender en su propia administracion, y con una aristocracia verdadera, y con una administracion libre y descentralizada, elementos todos sin los cuales el sistema representativo no puede ser sino corruptora farsa.

Era el otro camino que se ofrecía para el conseguimiento de la unidad nacional, el camino de la unidad política, levantado sobre el pedestal de la centralizacion administrativa. Consistía en destruir por todas partes exenciones, prerogativas, privilegios; en destrozar los elementos de toda libertad local, suprimir fueros de provincias, municipios y clases, esterilizar y borrar por donde quiera tradiciones y recuerdos, nivelarlo todo, en fin, en la nacion de manera que no quedara en ella sino un territorio dispuesto hasta á cambiar de nombre y ser todo él transformado por un simple decreto en nuevas demarcaciones administrativas y geográficas; y no dejar sobre esa tierra antigua, avasallada hasta el punto de poderla tratar como un suelo vírgen, sino un poder central despótico y súbditos despojados de las instituciones tradicionales protectoras de sus libertades y sometidos por igual á la discrecion del soberano rey, dictador ó Asamblea. Ese fué el camino que desde el fin de la Edad Media viene siguiendo Francia; esa la obra que en nuestros dias está completando la revolucion por toda Europa con tremendo empuje.

Desde la muerte de Felipe II la formacion de la unidad nacional siguió aquí desconcertado rumbo, ó por mejor decir, ninguno de los hombres llamados de gobierno, que para desdicha nuestra anduvieron enseñoreados de la direccion de la monarquía, se dió cuenta de esa necesidad que reclamaba imperiosa nuestro estado social. Un siglo tras otro sufrió en ello

nuestra política deplorable extravío. A ninguna nación hubiera sido más fácil que á la nuestra seguir igual camino que la nación inglesa, desenvolviendo los elementos de gobierno representativo por entónces asentados en nuestra Constitución, más sabia y sólidamente que en pueblo alguno de la sociedad europea. El instinto de los procuradores lo comprendió así, y en repetidas quejas manifestaron á la Corona los agravios que sobre ello sentían (1). No pudo ser, sin embargo, mayor la torpeza de nuestros gobernantes para resolver el delicado problema que traía envuelta en su seno la grandeza ó la ruina de la patria. Los privados, sin otras miras que las de asegurar su

(1) Las Córtes de Valladolid decían en 1506 á doña Juana y D. Felipe: «Los sabios autores y las escrituras dicen que cada provincia abunda en su seso; y por esto las leyes y ordenanzas quieren ser conformes á las provincias y no pueden ser iguales para todas las tierras; y por esto los reyes establecieron que cuando hubiesen de hacer leyes, para que fuesen provechosas á sus reynos y cada provincia fuesen proveidas, se llamasen Córtes y procuradores que entendiesen en ellas; y por esto se estableció ley que no se hiciesen ni revocasen leyes sino en Córtes; y por esto suplican á vuestras altezas que agora e de aquí en adelante se guarde e faga ansi; y cuando leyes se hubieren de hacer manden llamar sus reynos y procuradores de ellos, porque para tales leyes serán dellos muy más enteramente informados, y vuestros reynos justa y derechamente proveidos. Y porque fuera de esta órden se han hecho muchas premáticas de que estos vuestros reynos se tienen por agraviados, manden que aquellas se revean y provean y remedien los agravios que tales premáticas tienen.» Ante D. Felipe II exponían los procuradores de las Córtes de Madrid de 1579 á 1582: «Siendo como es el fin de cada ley e pragmática de las que V. M. es servido de hacer y publicar, atender al servicio de Dios N. S. y bien público de estos reynos y buena administracion de los súbditos de ellos, y viniendo á esto mismo los procuradores que por mandato de V. M. se juntan en Córtes, parece que sería más conveniente y necesario dar parte al reyno de las que se hubieren de hacer y publicar estando junto en Córtes, para que tratando y confiriendo la materia sobre que se hicieren conforme á la diversidad de costumbres y necesidades de todos los reynos y provincias que concurren y se juntan en él, sea V. M. más informado de los inconvenientes universales y particulares y de los provechos y daños que pueden resultar cerca de la observacion de la ley ó pragmática que se hubiere de hacer...» En 1607 repetían á Felipe III: «Por experiencia se ha visto que aunque las leyes e premáticas que V. M. manda publicar se hacen con mucho recuerdo y conforme á su cristianísimo celo, se ofrece ocasion de suplicar á V. M. las derogue ó altere en algo, porque como estos reynos constan de tan diversas provincias, parece necesario se hagan con advertencia particular de las ciudades con voto en Córtes, con lo cual saldrían más ajustadas al beneficio público, etc.» En 1621 se reproducía la misma súplica.

personal omnipotencia, fueron concentrando á ciegas en sus manos todos los poderes. Acumularon en los decretos del primer secretario del Despacho toda la vida de la nacion, y dejaron inertes, sin vida, las extremidades del cuerpo social. Con tal no interrumpida serie de desaciertos ofreció el gobierno de la monarquía singular espectáculo. Nuestra patria, que apenas tenía centralizacion política, padecía todas las arbitrariedades y excesos de una centralizacion administrativa despótica. En sus discursos sobre la conservacion de las monarquías tenía ya que señalar Navarrete, como indispensable remedio para la nuestra, el que se descargara de gente á la capital por desdoblarse los reinos con la que venía á la corte. Como si fuera este un país sujeto á la más horrenda centralizacion, como si se hallara nuestra capital en el caso de la Roma de los Césares ó de las cabezas de república de algunos Estados modernos, nuestros gobiernos se vieron precisados á cuidar con especial esmero de dar contento á Madrid, cual si de esa única condicion dependiera todo el contento y tranquilidad del reino; y los privados, aún aquellos que habían alcanzado la más ciega confianza del monarca, tuvieron por condicion primera de su permanencia en el poder el que en Madrid sobrasen los abastos aunque faltasen en las demas provincias. El despotismo real, y más aún que el despotismo real, el despotismo de los ministros, estaba interesado en que se acumularan sin medida en las oficinas de su despacho sendos paquetes de reclamaciones, de expedientes, de solicitudes de todo género, para que luego sin haberlas abierto siquiera, de acuerdo con una dama ó con algun poderoso intrigante, el valido, ocultándose hipócrita con la majestad del trono, estampara al pié del protocolo un decreto venal firmado «Yo el Rey.» Así el sello real, patente segura para el ejercicio de un poder sin freno, pasaba sin cesar de una mano á otra, no teniendo preocupacion más asidua el cortesano favorito que absorberlo todo en la secretaría del Despacho para que la nacion entera, ahogada por los trámites de la administracion, estuviera pendiente de las cábalas de corte.

Extraña máquina administrativa era aquella que se había organizado para el gobierno de la monarquía: todo era en ella

desórden y confusion espantosa. Sin que la dominara ningun pensamiento de unidad nacional, producía, sin embargo, todos los estragos de una centralizacion sin freno. Bastaba ofender la vanidad de un ministro, para que en ánimo de venganza se atropellaran sin escrúpulo todos los fueros, franquicias y jurisdicciones de los reinos que hasta entónces nadie había pensado en reformar para sujetarlos á mayor uniformidad. Si el Conde-Duque se cree agraviado por los naturales de Cataluña, prorumpe contra ellos en injurias y amenazas, y por inspiracion suya el protonotario del Principado deja sin tramitar y en completo olvido todos los expedientes y negocios que de allí vienen á la corte y trata á los interesados con la mayor dureza. Siguió en aumento la discordia. Poco despues, cuando Cataluña estaba prestando inmejorables servicios en la guerra del Rosellon, el Conde-Duque manda *ab-irato* que no se respeten de los privilegios del país sino aquellos que puedan avenirse con sus órdenes; pero que en cuanto á aquellos otros fueros que fueran contrarios á la voluntad real, sea todo aquel que los invoque considerado como enemigo de Dios, del rey, de su sangre y de su patria. Exasperada de tanta tiranía Cataluña, se rebela pidiendo el respeto de sus fueros. La sangre de los fieros catalanes corrió en balde. Contra ellos la fuerza causó estado, y los fueros del Principado continuaron más hollados que nunca.

El mismo año de 1640, poco despues de la rebelion de Cataluña, acudió Portugal á las armas en protesta de la tiranía del Conde-Duque, que meditaba reducirlo al estado de provincia de Castilla. Era aquella parte de nuestra monarquía la que desde su incorporacion á la corona de Castilla debiera haber llamado más seriamente la atencion nuestros políticos, pues ofrecía grandes peligros de nueva separacion, y había gran necesidad de ir modificando gradualmente aquellos de sus fueros, que tendían de una manera manifiesta á la independencia, estableciendo allí en cambio una administracion inteligente y enérgica, una autoridad firme, y procurando á toda costa enlazar aquellos intereses con los nuestros de la manera más estrecha, para lo cual el convertir á Lisboa en capital de la monarquía hubiera sido de los mejores efectos. Ninguno de

nuestros políticos, sin embargo, vino á la cuenta de los delicados remedios que reclamaba la prudente y pronta fusion de aquel reino en la corona de Castilla. Muy al contrario, consiguieron aumentar los odios y rivalidades de pueblo á pueblo, é hicieron de portugueses y castellanos dos enemigos de todo punto irreconciliables. Aun hoy sentimos la funesta reliquia de division y antipatías del profundo aborrecimiento que se produjo entre ambos pueblos. Y mejor hubiera sido, por cierto, dejar á ambos reinos en el estado de desunion en que se hallaban, que proceder á establecer entre ellos unidad política con los desacertados y torpes medios que vinieron á emplearse en semejante empresa. Al Conde-Duque se le antojó de pronto que Portugal debía ser simple provincia del territorio castellano, que sus Córtes deben ser unas con las de Castilla, y procede á poner por obra su idea con la violencia habitual de su carácter. Así un pensamiento que era bueno en el fondo, por la poca oportunidad é intemperancia del hombre que lo había de realizar, vino á tener las más funestas resultas. En un instante estalló el fuego oculto, y á poco se coronó rey en Lisboa el duque de Braganza. Aquella contienda triste para Castilla, afortunada para las libertades portuguesas, fué cruel para la prosperidad de ambos reinos que descansa en su más estrecha union. La tiranía separó entónces los dos reinos; ambos esperan todavía del destino que los vuelvan á unir mejores gobiernos.

Las noticias de tan lamentables sucesos se extendió con rapidez por los ámbitos de la monarquía; todos lo sabían y hablaban de ello, sólo lo ignoraba el rey, no atreviéndose nadie á decírselo por no incurrir en la desgracia del privado. Es curioso y da cabal idea del carácter de aquellos tiempos la traza de que se valió el Conde-Duque para poner la triste nueva en conocimiento del monarca. Temiendo que llegara á noticias del rey de alguna manera que le hiciese perder su privanza, resolvió anunciar por sí mismo el suceso con la habilidad de privado y experto cortesano. Alegre el rostro se presenta en la cámara del príncipe: «Señor, le dice, traigo muy buenas noticias, las más agradables que puedo traer á V. M.» «¿Y cuáles son?» replicó el rey. «La de haber ganado en un momento un

ducado y muchísimas bellas tierras.» «¿Cómo es eso, conde?» exclamó el rey sorprendido. «Porque el duque de Braganza ha perdido la cabeza y se ha dejado engañar por un populacho que le ha proclamado rey de Portugal, y por el hecho mismo sus bienes quedan confiscados y reunidos á la Corona.» Esta vez no le valió al cortesano la astucia. El rey no comprendió al pronto la gravedad de la noticia que con tal disfraz le participaba su funesto consejero; mas no tardó en hacerse sentir el clamor del pueblo, y acompañado de la execración universal el conde salía al poco tiempo para su destierro de Loeches.

Con tales causas de decadencia no era extraño que viniéramos á ruina tan grande; pero es motivo de asombro que pudiéramos por tanto tiempo retener los girones de la grandeza pasada, y fuéramos motivo de miedo y espanto para los extraños mucho despues de haber caido exánimes y sin fuerzas para ser temibles. No eran sólo, en efecto, las grandes instituciones políticas de nuestro gobierno las que se hallaban aniquiladas y rotas: todas las fuentes de prosperidad y riqueza, todas aquellas raíces que, aunque humildes en apariencia, son las que constituyen en realidad el nervio y la pujanza de las naciones, estaban tambien entre nosotros como en un todo agotadas. La falta de poblacion que despues de la larga lucha de la reconquista se sentía en nuestro suelo, fué aumentándose de una manera pasmosa en los siglos siguientes. La expulsion de los judíos y moriscos, la emigracion á América son las causas que suelen citarse como las que de una manera más poderosa contribuyeron á la despoblacion de España; pero no menor influjo tuvieron en ello las incesantes guerras que unas veces nos vimos precisados á sostener y emprendimos otras con harta temeridad, y sobre todo los grandes errores económicos de la época, más arraigados quizás en España que en cualquier otro pueblo, y la mala administracion, y el desórden y las arbitrariedades de todo género en la recaudacion de impuestos.

La agricultura, con las proporciones terribles que fué tomando la amortizacion civil y eclesiástica, con los fatales privilegios de la mesta, entró cada vez en decadencia mayor. Cayó tambien la industria en completa postracion, esterilizándose en todo los grandes esfuerzos que se hicieron en los últimos

años del reinado de los Reyes Católicos, sin que á tan graves males acertaran á aplicar ningun remedio eficaz ni los Consejos de la Corona, ni los publicistas, ni los arbitristas de la Hacienda, que inundaron entónces la nacion. «¡Que los reinos se despueblan! ¡Que está á pique de acabarse este imperio!»⁽¹⁾ fué el clamor constante de la opinion entónces. Ese lamento lo repetían sin cesar los escritores y los hombres de gobierno; pero nadie se daba cuenta de que no era sino el resultado inmediato de la grave enfermedad que tenía agonizante á la monarquía. Todo el mundo veía el mal, mas nadie comprendía su origen ni atinaba el remedio.

No podía ser más deplorable la situacion de nuestra pobre y siempre agobiada Hacienda. Aunque sin alcanzar nunca á nivelar los ingresos con los gastos, los Reyes Católicos habían conseguido, sin embargo, traerla á estado floreciente para sus tiempos arbitrándole nuevos recursos. El gran Cisneros extinguió los cuentos que dejó de deuda Fernando V, introdujo en la administracion de las rentas de Castilla sábias y económicas reformas, y alcanzó en ellas un estado de prosperidad que jamás han vuelto á disfrutar despues. Carlos V, con sus grandiosas empresas abrió peligros de total bancarota. Felipe II, obligado á seguir adelante con la terrible herencia de su padre, vió crecer de un modo espantoso los apuros del Erario. En los últimos años de su reinado se consagró á la difícil, y dados los conflictos que pesaban sobre él, por entónces imposible tarea de remediar tan angustiosa situacion; pero murió viendo frustrados todos sus intentos y dejando la Hacienda pública en la mayor penuria. Espanta el desórden y malbaratamiento que vino despues.

Los tesoros del Nuevo Mundo halagaron á todos con la esperanza de que por grandes que fueran las necesidades de la corona de Castilla, las podría en todo tiempo remediar con las inagotables riquezas que le brindaban las minas de oro y plata de las Indias. Allí se lanzaron millares de aventureros ávidos

(1) Consulta del Consejo de Castilla en 1619. Véase tambien los comentarios á esta consulta que escribió Navarrete en su *Conservacion de las monarquías* y los *Discursos y apuntamientos* del procurador Lison de Biedma.

de hacer rápida fortuna; se poblaron aquellos dilatados dominios á expensas de la poblacion de la madre patria; vinieron á nuestros puertos grandes galeones cargados de oro y plata; pero todo ello no contribuyó sino al aumento de la desolacion de nuestros reinos.

De las colonias pudimos haber conseguido inapreciables frutos de poderío y riqueza si acertáramos á plantear con ellas las relaciones de un buen sistema colonial y comercial. Pero no supimos ni aprovechar el comercio de las Indias, ni las fuentes de dominio y poderío que encerraban para nosotros tan dilatadas conquistas. Establecimos un sistema comercial de monopolio, que imitó despues toda Europa, pero que á ningun país fué más funesto que al nuestro, porque ninguno llevó con tanto rigor como nosotros las erróneas doctrinas del sistema. Con el fin de disfrutar de un modo exclusivo del beneficio del comercio en aquellas tierras, prohibimos á las Américas hacer el comercio con los extranjeros. Fué lo bastante para que unos cuantos comerciantes de Cádiz y Lisboa llegaran en breve á la mayor opulencia, y traídos los capitales á ese género de especulacion por el aliciente de ganancias desmedidas, decayeran en el resto del reino todas las industrias, viéndonos precisados á traer de países extraños hasta los artículos de primera necesidad. Establecióse por tanto con la balanza de comercio, por la superioridad de la importacion sobre la exportacion, un saldo terrible y creciente en contra nuestra, que periódicamente arrastraba fuera de España las conducciones de oro y plata de las Américas, dejando cada vez más extenuados á estos reinos por las continuas sacas de riqueza, y convirtiéndonos, como se ha dicho con verdad, en el puente por donde los metales de los galeones pasasen más seguros á otras naciones más laboriosas. «Las naciones que poseen colonias en América, observa con razon Adam Smith, y comercian directamente con las Indias Orientales, disfrutan ciertamente de toda la pompa y esplendor que proporciona un gran comercio; pero las demas naciones, á las cuales se ha querido excluir de ese comercio por medio de restricciones odiosas, no por eso dejan de participar en gran escala en los beneficios de semejante tráfico. Las colonias españolas y portuguesas, por ejemplo, sirven de pode-

roso aliciente para la industria de los demas pueblos, mucho más que para la misma industria de España y Portugal. Sólo en lo concerniente al artículo de telas, el consumo de esas colonias asciende (segun se dice, y no salgo de ello garante), á la suma anual de 3.000.000 de libras. Pero, como la mayor parte de esas telas provienen de las manufacturas de Francia, Flándes, Holanda y Alemania, España y Portugal para nada intervienen en ese gran envío. El capital que distribuye esas telas á las colonias se reparte anualmente entre los demas países, dándoles una renta proporcional. España y Portugal no hacen sino gastar los beneficios de este capital, con lo cual se sustenta el lujo y la profusion de los comerciantes de Cádiz y Lisboa. Aquellos mismos reglamentos con los cuales procura cada nacion asegurarse el comercio exclusivo con sus colonias, son por lo general más funestos á las naciones en cuyo favor se hacen, que perjudiciales á los pueblos que con ellos se quiso perjudicar. Todo el peso con que se intenta oprimir la industria de las demas naciones recae, por decirlo así, sobre la frente de los opresores, y abrumba aún más su propia industria que la de los extraños» (1). Por este motivo la riqueza de nuestra patria, en vez de aumentar, disminuyó insensiblemente, y la cantidad de nuestro trabajo productivo decayó de dia en dia. Castilla, que era en nuestra monarquía la única en disfrutar del monopolio del comercio con América, perdió toda su industria, y ésta pasó entónces á Cataluña, excluida de aquel monopolio comercial. Los beneficios enormes de los comerciantes de Cádiz y Lisboa ni aumentaron el capital de España y Portugal, ni aliviaron la pobreza de estos reinos, pero en cambio arruinaron su industria. Era, en efecto, aquel un comercio brillante, pero para nuestra industria ruinoso, concluyendo á la postre por arrastrar á países extraños todas las riquezas que venían de las colonias, sin que las prohibiciones fiscales más duras, la misma pena de muerte lanzada contra el que extrajera oro y plata de nuestros reinos pudieran contener la emigracion irresistible de la riqueza.

(1) Adam Smith, *Investigaciones sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. Lib. IV, cap. VII, parte tercera.

Así, á pesar de los fabulosos tesoros del Nuevo Mundo, llegamos á tal estado de extrema pobreza. Sin cesar descargaban las naves en los puertos de la Bética ricas conducciones de metales preciosos; no podía ser mayor la arbitrariedad de los impuestos, no podía ser más tiránica y abominable la manera de percibirlos; la nación tributaba pechos y gavelas abrumadoras; para aumentar los ingresos de las arcas reales se destruían todas aquellas sábias instituciones de nuestro régimen representativo, con las cuales en el mismo otorgamiento de servicios afianzaba la nación sus libertades,—y sin embargo nada bastaba para saciar las monstruosas necesidades del fisco, ó por mejor decir, de todos aquellos terribles tributos que esquilaban al pueblo apenas entraba un cuento en el Tesoro público. Los servicios públicos más perentorios quedaron desatendidos. Y mal retribuida, la administración de justicia se hacía venal; hambrienta la curia se entregaba á la más torpe inmoralidad; y el antiguo brillante ejército se veía reducido á que los soldados cobraran sus pagas mendigando á la puerta de los conventos ó salteando en los caminos, ó arrojándose en la guerra á las orgías de la indisciplina militar. Arsenales, puertos, caminos, industrias, agricultura, comercio, todo estaba en ruinas; los reinos se despoblaban, los campos quedaban yermos, las clases todas se veían en la mayor pobreza, ni aún el mismo rey tenía á veces con que pagar sus lacayos.

De este modo vino por fin á hacerse también inevitable la ruina de la última institución que quedaba todavía en pié de la grandeza pasada. Aunque cubriéndose de gloria y llenando de asombro á sus mismos vencedores, sucumbieron también para siempre nuestros viejos tercios, y con su rota quedó manifiesta en Rocroy la decadencia de esta monarquía que mucho ántes estaba interiormente deshecha. Sólo por la superioridad militar de nuestro infante y por el valor de nuestros guerreros, se dilató, en efecto, por largo tiempo nuestra definitiva ruina, y pudimos por espacio de cerca de un siglo ocultar á los extraños nuestra enfermedad de muerte. Mientras no se lanzaron á los campos de batalla grandes masas organizadas, que por su número más bien parecían pueblos que ejércitos; mientras el valor personal del guerrero fué el

primer elemento para el triunfo en la guerra, nuestros infantes continuaron siendo los más respetados y temidos en toda Europa. A ello debimos la superioridad de nuestras armas y la supremacía política que á pesar de nuestra pobreza conservamos durante más de un siglo y nos hicieron parecer temibles mucho despues de serlo. Pero cuando vinieron los tiempos del aumento de los ejércitos y llevaron las naciones á los campos de batalla cuantos hombres útiles pueden poner sobre las armas, para formar así masas enormes de combatientes donde la disciplina y la masa misma igualan el valor de todos los guerreros, no se inclinó ya la victoria del lado del valor individual de los campeones, sino que fué en adelante axioma del arte de la guerra que de los contendientes habrá de salir á la postre vencedor aquel que cuente con mayores masas, con más riqueza, con más fertilidad é industria en su suelo. Transformacion tan grande en la organizacion militar de los pueblos acabó con nuestros antiguos tercios y con el poderío militar de nuestra monarquía. España, pobre siempre de hombres y recursos y traída todavía á mayor pobreza por el vicio de sus gobiernos, no pudo ya sostener la antigua rivalidad con la Francia, siempre más rica y poblada, y que ofrecía por tanto fecundos elementos á Luis XIV para reclutar numerosos ejércitos que hicieran frente á la Europa entera coaligada. Aunque en Rocroy hubiera sido nuestra la victoria, no por eso dejaría de ser ménos segura y rápida nuestra decadencia militar. Por grande que sea el valor de los ejércitos, por buena y perfecta que sea su organizacion, la fuerza militar es impotente para mantener largo tiempo por sí sola la prepotencia y poderío de un pueblo corroído en su vida interior por vicios mayores de decadencia. En la irresistible marcha de los siglos necesitan las naciones llevar de frente y por igual el desarrollo de todas sus instituciones y elementos de grandeza. Si por desgracia alguna de ellas no va desenvolviendo toda su vida y constitucion con arreglo á las crecientes necesidades de los tiempos, por más que florezcan todavía algunas de sus instituciones, estas instituciones brillantes como fuerzas solitarias pronto caen tambien hechas pedazos. Esa ley de la historia se cumplió con todo rigor contra los heroicos é inolvidables sol-

dados de nuestros gloriosos tercios. No sucumbieron por faltas militares, por falta de habilidad y fortuna en sus capitanes, no sucumbieron por ser vencidos en los campos de batalla, sucumbieron nada más que por estar su patria en decadencia.

Así en solo un siglo vino España á postracion tan grande. Hubo, sí, además de estas causas que se han presentado ante nosotros otras circunstancias ocasionales que contribuyeron á hacer mayor y más rápida nuestra decadencia. La sucesion en el trono de Castilla de tres príncipes como Felipe III, Felipe IV y Cárlos II, sucesion extraña que sólo puede explicarse con los decretos providenciales; una desastrosa minoría, la no interrumpida serie de consejeros y ministros truhanes é ineptos que gobernaron la monarquía miéntras ceñían la corona aquellos tres últimos príncipes de la casa de Austria, y la misma coincidencia de brillar en las córtes enemigas los más sagaces ministros y hombres de Estado: Sully, Richelieu, Mazarino, Colbert en Francia, un Cromwel y un Guillermo I en Inglaterra, miéntras estaban los destinos de nuestra patria confiados á las torpezas de tantos funestísimos intrigantes, y otra porcion de circunstancias, en fin, fortuitas, pero fatales, que fuercioso al enumerar, hicieron que se comprobara desde entónces tambien para nuestra patria aquella terrible sentencia de Tácito: «Nunca con más atroces ruinas se vió que la Providencia en sus ocultos designios no cuidaba ya de nuestra grandeza, sino de nuestro castigo.» Pero en el fondo la mayor parte de las culpas la tuvo la nacion misma, pues en prosperidades como en desastres, cada pueblo logra al cabo lo que merece. En medio de sus brillantes y lozanas instituciones, la antigua España encerraba tambien grandes vicios en su constitucion, vicios que bajo una forma ú otra se hallan siempre en el fondo de todos los imperios. Estos vicios se hacían más peligrosos á medida que iba creciendo la monarquía; quedaban ocultos y hasta servían á veces de elementos de grandeza, miéntras grandes príncipes como los Reyes Católicos, Cárlos I ó Felipe II ocupaban nuestro solio. Quizás si Felipe II hubiera tenido sucesores dignos de él, llegaran con el tiempo á desaparecer por completo esos peligros que ofrecía nuestra vida social y política; mas cuando nuestro gobierno cayó en manos inhábiles,

cambiados los hombres y las circunstancias, los vicios no dominados ni contenidos hicieron sus estragos, prevaleció en las instituciones el germen malo sobre el principio bueno y se produjo la decadencia. Tan cierto es que los destinos de los pueblos ménos dependen de las instituciones que los rigen que de los hombres que los gobiernan.

Y no presenta la historia, ni aún la de aquellos siglos que vieron la ruina del coloso romano, cuadro de decadencia más terrible y rápida que la nuestra. Aún no había corrido completo un siglo desde que bajó al sepulcro Felipe II, y la nación que bajo el gobierno del gran rey había sido el terror de Europa, se veía ya convertida en un cuerpo vil, objeto de todas las afrentas. El manto de púrpura con que cubría sus miserias se lo estaban arrancando á girones los extraños. El enfermizo Carlos II, llamado al trono tras de la más desastrosa de las minorías, era el retrato fiel de su monarquía; su postracion era igual á la postracion de sus reinos. En la larga agonía de aquel reinado, mientras agonizaba el enfermizo é impotente monarca en quien se extinguía la casa de Austria, agonizaba también la monarquía. Con Carlos II acabó de reinar la dinastía austriaca; con Felipe II había cesado de gobernar á España: Felipe III, Felipe IV y Carlos II reinaron y no gobernaron.

JOAQUIN SANCHEZ DE TOCA.

(Se continuará.)





EL ANTIGUO EGIPTO

Y SUS CREENCIAS.

DISCURSO LEIDO POR D. POMPEYO GENER EN EL ATENEO BARCELONÉS.

SEÑORES:

EN las épocas en que no se conocía del Egipto más que algunos nombres de los reyes, helenizados y desfigurados por los copeistas de la Edad Media, que algunos sudarios en mal estado, con jeroglíficos que nadie entendía, y que algunos escorabeos ó amuletos conservados en el gabinete de algun anticuario curioso como rarezas inapreciables en esas épocas, por más que se leyera lo que la *Biblia* cuenta de él, por más que se creyera lo que de él explicaba algún enciclopedista al rebuscar orígenes de sociedades desconocidas, en esas épocas no se conocía el Egipto. Los albores del conocimiento del Egipto datan de la campaña de Bonaparte. El primero que leyó aquellos signos, hasta allí indescifrables, fué Champolion. Tras de Champolion han venido otros exploradores franceses, alemanes é ingleses á dar nueva luz sobre la civilizacion de la patria de los Faraones.

Pero un hecho que parecía que sólo debía proporcionar vida

á la navegacion y al comercio como es la apertura del canal de Suez, facilitando los medios de viaje y llamando sobre aquel país numerosas colonias extranjeras, ha hecho que el Egipto fuera estudiado de tal manera, que hoy podemos ya decir que se nos levanta reconstruido de todas sus partes, y desnudo del velo del misterio que nos lo había velado hasta el presente.

¿De dónde procedía el pueblo ó pueblos que habitaban las llanuras del Nilo? Mizraim, hijo de Cam, hermano de Kou-sech el etiope y de Canaam, fué á poblar las riberas del Nilo con sus hijos, dice la *Biblia*. Los historiadores antiguos creen á los egipcios salidos de Etiopía. Algunos viajeros han mirado hoy á los coptos como los genuinos descendientes de los antiguos egipcios. Nada más equivocado. No hay más que examinar las innumerables reproducciones de estatuas y de bajo-relieves procedentes del valle del Nilo para convencerse que el egipcio primitivo, léjos de ofrecer el color y el tipo del negro, de nariz achatada y labios salientes, era más bien de fisonomía y cuerpo análogo al europeo actual y al habitante de la parte occidental del Asia. El egipcio primitivo procedía del Asia central, y era lo que podríamos llamar *proto-semita*, es decir, la primera rama civilizada del tronco etnológico del cual salieron luego los semitas.

Era alto, delgado, esbelto, de anchas espaldas, pectorales salientes, brazos nervudos, terminados por largas y finas manos, poco desarrollado de caderas, pierna seca, acusando muy marcadamente los detalles anatómicos de la rótula y de los músculos de la pantorrilla, el pié fino y plano de la punta, como los individuos que están acostumbrados á andar con gran frecuencia. Su cara es de un tinte moreno pálido, frente cuadrada, nariz corta, la boca de labios gruesos pero no vueltos, con una sonrisa resignada y un tanto dolorida, los ojos son grandes y rasgados como dos almendras, con una mirada dulce y triste al mismo tiempo.

Ya conocemos el egipcio: veamos qué es lo que en la historia se conoce bajo el nombre de Antiguo Egipto.

El nombre Egipto viene de Aka-Phta, que los naturales del país dieron á las tierras bañadas por el Nilo, lo cual significa tierra consagrada al dios Phta, de donde los griegos llamaron-

la Fi-Phta, y por corrupcion se formó (γῆ) la palabra Egipto.

El Egipto no es una civilizacion única, no es un período uniforme de la historia humana, como se había creído equivocadamente hasta hace poco. Entiéndese por Egipto antiguo una serie de civilizaciones del Valle del Nilo, que cogen un período de muchos siglos, civilizaciones que son entre sí tan distantes como la Edad Antigua de la Edad Media, y ésta de la moderna en la serie de los pueblos europeos.

Lo primero que encontramos en Egipto es un período de civilizacion apacible, en que los habitantes del Valle del Nilo, divididos en *nomos*, como si dijéramos departamentos con una capital, que se gobernaban de por sí formando una especie de federacion. Había en ésta dos grandes agrupaciones, llamadas el alto y el bajo Egipto.

Luégo los *nomos*, tendiendo á la unidad, llegaron á dos monarquías, una en cada una de las dos antedichas divisiones. Luégo por el predominio de una ciudad sobre las demas, la monarquía llegó á ser única. El sacerdocio, del cual no encontramos vestigio en los primeros tiempos, fué adquiriendo preponderancia, fué elaborando el dogma y llegó á imponerse á los reyes; entónces el Egipto entra en el período teocrático. Aquí es cuando la religion llega á su mayor esplendor y se formula en Tébas el monoteismo, que muchos autores han creído databa del origen del Egipto.

En esto unas tribus asiáticas, pastores nómadas en su mayoría, precipítanse sobre la patria de los Faraones, derriban el imperio tebano, constitúyense en señores del territorio y reinan hasta que los habitantes del Egipto, que refugiados en el Delta vivían en estado de rebelion permanente, arrojan á sus invasores y á sus dioses, y continúan la interrumpida civilizacion del imperio tebano.

Viene luégo un período de decadencia; el monoteismo se descompone. Todo se diviniza; los dioses llegan á ser tantos casi como los hombres, y se llega á caer en la magia y en la teurgia de una parte, y en la fusion del poder civil y el eclesiástico de otra. El pontífice es el emperador ó el emperador es el pontífice: sacerdote y caudillo son una misma persona, lo mismo que creyente y soldado. Y las últimas etapas de este Egipto

forman la civilizacion que conocieron los griegos de Alejandro y los romanos de Marco Antonio y César.

Desígnanse estas diversas civilizaciones por la ciudad que predomina. Menfita llamóse el primer período, porque la capital fué Ménfis; tebano el gran imperio, porque la capital fué Tébas, y así de los otros.

Vamos á ver ahora lo que era en sí la civilizacion egipcia, en qué ideas se basaba en su período más brillante durante el del gran imperio, ántes de la invasion de los pastores.

El hombre primitivo vivía subyugado por los elementos. Al aparecer sobre la faz de la tierra encontrábase inerme, y toda la naturaleza se precipitaba en contra suya, como si presintiendo que iba á dominarla se arrepintiera de haberlo producido. En el Egipto, gracias á sus esfuerzos, el hombre adquiere ya condiciones de vida y medios de lucha. Le ayudan la estructura geológica del terreno, su configuracion geográfica, la vegetacion y el clima. El egipcio alcanzó ya desde su primer período de civilizacion una posicion firme para resistir los formidables elementos naturales. Pudo no avanzar, pero fijó el pié en el suelo y logró no ser derribado. No se proponía más, y esto lo obtuvo. En consecuencia vivió estacionado. Su estado mejor era el de contemplacion; su único cuidado el conservarse y preservarse. Reconoció vida en todo lo organizado y lo juzgó todo digno de ser protegido, tanto al animal como á la planta, y puso un especial cuidado en preservarlo de la accion destructora de los elementos, al igual que lo hacía con su persona.

Impulsado por esta tendencia conservadora, inventó una arquitectura de grandes masas; asentó sus templos sobre enormes pilares; levantó gigantescas estatuas sobre sólidos sustentáculos; edificó piramidales monumentos de colosales proporciones, cuya ancha base era la mejor garantía de su resistencia; en una palabra, creó por doquiera un baluarte de piedra que le protegía de los rudos embates de los agentes exteriores

de aquella formidable naturaleza. Así el egipcio pudo batirse á la defensiva en contra de los elementos; nunca logró dominarlos, pero se preservó y le bastó con esto. De aquí el que llevara una resistencia extática como sus monumentos de granito, y el que por mera inercia continuara su inmovilidad hasta despues de la muerte. A este fin varióse el suelo de las poblaciones, y los que en ella vivían debajo de cada ciudad construyeron otra para los muertos (1). De tal manera trabajaban los primeros para la conservacion de los segundos, que no tardó el Egipto en parecer la civilizacion de la muerte.

Y no obstante, el pueblo egipcio es el pueblo que más ha creído en la vida, tanto que para la muerte no existía.

Figurémonos que nos hallamos en el imperio tebano, ántes de la venida de los hiksos, sobre veinticuatro siglos ántes de J. C., y pasemos una revista á esta clase de ciudades.

En el centro de la necrópolis está el sagrado lavatorio. Allí se dan al muerto las preparaciones necesarias para hacerle refractario á la accion continua de los elementos. Dentro de aquel edificio inmenso, compuesto de una larga serie de salas uniformes que se suceden con la misma monotonía que los instantes del tiempo pasado en la inaccion, los embalsamadores trabajan en silencio bajo la presidencia de los sacerdotes de Osiris. Estos se pasean á lo largo de las estancias impasibles y mudos como las cariátides de basalto que arrimadas á la pared sostienen con la cabeza la enorme cornisa del edificio. Encima de una mesa de jaspe verde se hallan los cadáveres tendidos; un grupo de anatómicos, provistos de largos ganchos y afilados cuchillos, les extraen los sesos por las narices y los intestinos por el costado izquierdo. En otra estancia una seccion de químicos se ocupa en fundir betunes dentro de grandes calderas de cobre y en disolver resinas en aceites volátiles, mientras que otros cortan largas tiras de lienzo que han de envolver á los cadáveres una vez embalsamados. Más allá los escultores se ocupan en modelar cajas de pasta de carton (2) de

(1) Para estudiar las necrópolis véase *Les antiquités et les feuilles d'Egipte*, E. Renan, Paris, 1865.

(2) El carton egipcio era una pasta formada con algodón, cola fuerte y un poco de yeso.

iguales formas que las momias que van á cubrir dentro de poco, cuyas cajas, una vez secas, pasan al taller de los pintores, los cuales retratan encima de ella la faz del muerto á que están destinadas. En otra sala se baten cajas de cobre; en otra más allá se vacían sarcófagos en granito, rosa ó en basalto negro; en otra más retirada se escriben los ejemplares del libro de los muertos encima de láminas de papiro, para que los acompañen dentro de sus respectivas cajas. Unos vendan los cadáveres, otros los barnizan. Aquí les colocan pelucas y postizos; allá los encierran dentro de sus envoltorios con un puñado de trigo (1); más allá se los llevan al recinto en donde esperan su turno para entrar en la necrópolis. En una palabra, no hay nadie debajo del sagrado techo que no coopere á la confeccion del fúnebre embalaje, á pesar de lo cual todos permanecen silenciosos, sin que se oigan más ruidos que el silbido que produce el hervor de la caldera, el apagado chirrido de la lima sorda que pule el cobre, ó los monótonos golpes del martillo que cae uniformemente sobre el escoplo que excava el basalto.

La fatalidad que pesaba sobre el egipcio durante la vida continuaba en su cuerpo aún despues de la muerte. Al ser embalsamado éralo segun la clase social á que perteneciera. Las vendas, los barnices, los colores, los adornos y las cajas que cubrían al cadáver correspondían siempre á su jerarquía (2).

En la última estancia del sacro laboratorio hállanse depositadas las momias, ínterin se las destina el hipogeo que ha de servirles de morada eterna. No hay más que verlas; las hay de rangos tan distintos que sólo tienen de comun el ser impu-
trecibles. La que va liada con vendas de púrpura, que exhala ricos perfumes, que tiene ojos de esmalte y dorados los dientes y las uñas, que ostenta peluca azul y barba de rizados bucles, pertenece á un Faraon; se la coloca dentro de cinco cajas, y como si esto no bastara para proteger al regio cuerpo, se la

(1) El trigo era el símbolo de la resurreccion, porque renace despues de enterrado.

(2) Diodoro de Sicilia *περὶ τῶν νομίμων τῶν περὶ τοὺς τετελευτηκότας παρ' Αἰγυπτίοις γενομένων.*

encierra en un monumento colosal, una pirámide inmensa, para que la guarde durante siglos en sus entrañas de piedra. Las momias de los sacerdotes llevan máscaras del prisma que simboliza la divinidad á cuyo culto vivieron consagrados. Mil jeroglíficos cubren sus sarcófagos, jeroglíficos que son plegarias al divino Osiris para que proteja el cuerpo del difunto contra Tifon y sus demonios que habitan las entrañas de la tierra. Las momias de mujer van enjoyadas segun su posicion respectiva.

Las que lo son de grandes damas, llevan las uñas y los labios dorados, ricos collares de piedras preciosas les circuyen el cuello, afilegranadas diademas coronan su cabeza. ¡Ni áun despues de muertas abandonan su atavío! Las momias de plebeyos van embaladas en groseras cajas de carton pintado, las de los míseros esclavos, presérvalas sólo un baño de stix lustral, líanlas vendas de grosero lienzo, y enciérralas un saco de estera de pita con sólo dos jeroglíficos que expresan su historia. Dos jeroglíficos para todos iguales que dicen lo mismo en todos ellos, *nacimos y trabajamos*. Las momias de elefantiacos y leprosos van embaladas en cajas de madera de palma de formas irregulares; cubren las primeras diversas capas de sales; productos de la destilacion seca de los leños las segundas. Los olores empireumáticos que despiden proceden de los aceites esenciales que la química sagrada les aplica para detener en la muerte la descomposicion de aquellos tejidos que no supo curarles en la vida.

Pero no son sólo momias humanas las que se hallan depositadas en tal recinto. Allí está el buey Apis con los cuernos dorados, el elefante empajado, con sus colmillos de plata, el hipopótamo con el diente esmaltado, el caiman y el cocodrilo con ricos collares y afilegranados pendientes; allí están momificados el caballo, el mono, el ave ibis, el perro, el gato, el alacran, el escarabajo (1), y como si con los animales no bastara, con ellos están tambien embalsamados el *fallus* y *lascilla*, el *loto* y la *palma*, el *caeto* y la *espiga* é infinidad de plantas desde el hongo hasta el fruto de la más perfecta dicotiledónea.

(1) Diodoro Sic. περί τῶν ἀφιερωμένων ζώων παρ' Αἰγυπτίοις.

La forma orgánica que llegaba á nacer en Egipto ya no volví á entrar en el seno de su madre la naturaleza. ¡Podía dejar de vivir, de moverse, de servir; pero lo que es transformarse, imposible! La materia, que estaba aprisionada en sus contornos, en ellos debía de permanecer eternamente. Para que no se disolviera en el seno de la atmósfera, para que no sufriera la acción oxidante del aire, el arte sagrado le oponía una muralla de betunes y resinas, y la rodeaba de un mar de esencias y aceites empireumáticos. Así es que los modernos arqueólogos han hallado debajo del suelo de Egipto treinta siglos resinificados, que los sacerdotes habían almacenado en sus sarcófagos.

La química racional del hombre nació en Egipto para preservar á los cuerpos de la gran química. ¿Veis estas colosales pirámides truncadas que se levantan sobre la arenosa llanura del desierto? Son tumbas de reyes. Para construirlas, los Faraones, cuyos despojos encierran, hicieron remover la tierra y tallar la piedra desde su advenimiento al trono; para traerles el alabastro blanco, el granito rosa y el basalto azul que los decoran, los principales personajes de la corte recorrieron todos los dominios del imperio. ¿Veis esta cordillera que va de Ménfis á Tébas, cuya silueta presenta una línea horizontal ligeramente accidentada? Las montañas que la forman (1) hállanse perforadas por interminables galerías, á las que dan salida una infinidad de celdas iguales, dentro de las que se hallan alojadas las mòmias de cien generaciones de sacerdotes; recorriendo de un extremo á otro estos corredores subterráneos, desarróllase á la vista del espectador una interminable letanía de jeroglíficos gigantescos, hombres con cabeza de animal, animales con cabeza humana, dioses zoomórficos que navegan siguiendo á Wor, que derecho sobre el puente de su barco sagrado, *el buen barco de los millones de años*, envuelto en los repliegues de la serpiente Mehen, emblema de su curso, lentamente se desliza por la corriente eterna de las aguas celestes. Estos jeroglíficos extraños, que parecen la vision de una pesadilla, fueron inspirados en la idea de la resurrección y de la eter-

(1) Diodoro de Sicilia, I, 64

nidad de la vida. Y si saliendo de estas galerías nos dirigimos á la ciudad más próxima, Tébas, Ménfis ó Eliópolis, ántes de entrar en ellas hemos de encontrar vastos jardines de simétricos monocotiledones, que parecen gigantescos bocetos de vegetales más perfectos. Debajo de estos jardines existen espaciosos hipogeos, que en su interior albergan ejércitos enteros embalsamados (1). Desde el soldado hasta el caudillo, todos tienen alojamiento en el fúnebre recinto. Sobre el sarcófago implantado en el muro, reconócese la graduacion del guerrero por la riqueza que envuelve á su momia y por las insignias que le rodean. El combate, la derrota ó el festin de la victoria, todos los accidentes y peripecias de la vida de la guerra, se hallan esculpidas en actitudes ingenuas y pintadas con colores tan brillantes como simples, en los trozos de muro no ocupados por los sarcófagos. Y si abandonando estos fúnebres jardines, al entrar en la ciudad de los vivos, se le hubiera preguntado á cualquier habitante dónde tenía á sus antepasados, habría contestado «lo ignoro;» pues el sacerdote no enteraba á nadie del sitio en donde colocaba á los difuntos, para que ninguna mano sacrílega pudiera profanarlos.

Para su colocacion tenía un plano geométrico, y nadie más que el sepulturero consagrado á Isis se servía de aquel mapa, que era la clave ignota de aquel gran laberinto sepulcral. El obrero que perforaba el granito subterráneo, transformando las canteras de las entrañas de la tierra en calles funerarias, no salía jamás del interior de los sepulcros, no veía más que la ahumada bóveda del techo al resplandor de la oscilante luz de su lámpara. Después de sucumbir al enorme peso de su rudo trabajo, era enterrado en el agujero que él mismo perforara. Así que el constructor, el único que después del sacerdote sabía las vías de la necrópolis, no podía revelar su disposicion á sér viviente alguno. Vivía sin comunicacion con el mundo, y moría en el interior mismo de la tierra (2).

(1) PLUTARCO, de *Iside et Osiride*, y WILKINSON.

(2) La descripcion de la necrópolis que acabamos de hacer, corresponde, como hemos indicado ya, al período en que la civilizacion egipcia está

Pero, se dirá: ¿á qué tal lujo de industria y arte para aplicarlo al cadáver? ¿para qué guardar con tanto esmero lo que tan sólo es un cuerpo inanimado? Y á tales preguntas de seguro que no habíamos de hallar contestacion satisfactoria á no practicar un detenido análisis del medio en el cual vivió el egipcio, de sus condiciones de existencia y de las creencias y modo de ser que éstas en él determinaron.

subordinada por completo al principio teocrático. Durante las primeras dinastías, la morada de los muertos era bien distinta. Los edificios mortuorios eran de forma de pirámide truncada, alineados, formando estrechas calles, decorados con entallados prismáticos que remataban en hacecillos de hojas. Encima de la pequeña puerta que sirve de entrada, hay un tambor cilíndrico, en el cual está el nombre del muerto. El interior, formado por varias estancias, es una verdadera casa del muerto. Está rodeado de los individuos de su familia, de los domésticos, de sus escribas, de sus perros, de sus monos verdes, todo pintado de tamaño reducido en las paredes de cada estancia. El retrato del difunto en bajo-relieve ocupa el puesto de preferencia, y está comunmente repetido. En una grande estela se hallan consignados sus títulos y sus hechos, lo que viene á ser, por decirlo así, su necrología.

Además, llenan las paredes los detalles de la vida que llevaba el muerto, y el número de bueyes, asnos, perros, monos, antílopes, gacelas, ocas, gansos, patos, cigüeñas, tórtolas, etc., que poseía, advirtiendo que todos son animales domésticos que le fueron útiles, nada de animales salvajes, carniceros. Además acompañan á estas descripciones las de sus viajes y sus actos más importantes de la vida. Pintado todo con un realismo y una verdad que asombra. Nada simbólico ni oscuro. Jamás se encuentra en las paredes de estas tumbas representacion sensible de la transformacion alguna de la vida militar ni religiosa. El solo personaje divino que allí se halla es Anubis, y áun de éste hay quien cree que es sólo la representacion y no una divinidad real y efectiva. De las demas divinidades, ni tan sólo el nombre hay en las paredes.

En cuanto á los jeroglíficos del Ritual, que más tarde decoró los muros de todas las sepulturas, no se ve allí ni uno solo. No son estas tumbas como las de las épocas teocráticas, capillas funerarias consagradas á Dios, sino la casa del muerto. Todo es allí para él y todo converge á él. El cadáver está escondido en lo más espeso de la construcción, en el lugar que ménos puede uno figurarse, para que no sea profanado; está dentro de una estancia contenida en un sarcófago monolítico de grandes dimensiones, excavado en granito ó calcárea blanca, decorado con ornamentos vegetales como los de la fachada del edificio. Escondidas tambien en el interior de la construcción, se hallan unas estatuitas que representan al muerto.

La data de estos monumentos es de 4000 años ántes de J. C.

Todo indica un estado relativo de felicidad, que no se encuentra luégo en las tumbas de las épocas teocráticas. Hasta podríamos decir que en estas tumbas no hay nada que inspire tristeza.

El hombre primitivo del Egipto apenas conoció otras fuerzas que las destructoras. Para él la garantía esencial de la vida era la simple resistencia física, la solidez, la inmovilidad; cuanto más firme era un objeto, era también para él más duradero, y duradero era sinónimo de viable. En consecuencia todo movimiento lo reputaba causa de descomposición y de muerte. En el orden arquitectónico preponderó la construcción piramidal como la más sólida. En el orden social la autoridad absoluta del jefe de familia. En el orden religioso, adoraba á dioses impasibles, representados por estatuas simbólicas de cuerpo simétrico y rostro imperturbable. En el orden político, sus Faraones le gobernaban siempre bajo el mismo régimen absorbente, y con una presión tiránica uniforme le determinaban todos sus actos externos. Encerrado entre dos cordilleras de montañas, viendo siempre el mismo flujo y reflujo en el Nilo, sujeto á una temperatura que tenía una oscilación idéntica cada año, debajo un cielo uniformemente azul en todas las estaciones, rodeado de animales de andar lento y pesado como el elefante y el hipopótamo, recibiendo una educación geométrica, petrificado por el simbolismo de un dogma fijo y misterioso, ¿qué de extraño tiene que considerando que todo lo que no se movía contrarestaba las fuerzas destructoras de la naturaleza, creyera susceptible de vivir todo lo inmóvil, y por lo tanto embalsamara al muerto para así inmortalizarle? Le preservaba cuando vivo y mandaba que le preservaran cuando muerto para disputar aún á la naturaleza aquellas formas, ya que de la vida sólo la forma había conocido.

Y en esto tenía su motivo. Su Dios inmanente era la naturaleza, en una época del año rebosando vida, producía, engendraba, lo animaba todo; hacía brotar los trigos de la tierra y las hojas de los árboles; hacía salir de su marasmo á los reptiles sumergidos en el cieno; hacía venir el agua á los rios, aparecer flores en la superficie de las aguas. Y cernerse en la atmósfera el gavilán de la Nubia y el sagrado Ibis. Pero luego Osiris iba palideciendo, y al palidecer él languidecía todo; secábanse las hojas, escondíanse los animales, las aguas se retiraban, hasta que por fin el Dios moría, muriéndose con él

toda la naturaleza. Pero su muerte sólo era temporal; Osiris revivía á la extincion siguiente y todo volvía á animarse sobre la tierra; todas las formas caidas se levantaban, todo sér escondido salía á saludar á Osiris vivo, la naturaleza entera se organizaba de nuevo. Y lo que el sol presentaba cada año presentábalo tambien cada dia. Este espectáculo de la vida intermitente sugirió al egipcio el dogma de la resurreccion. Así, generalizando lo que en la naturaleza sucedía y aplicándolo en particular al individuo, creyóse que la muerte sólo era un largo invierno, una noche colosal, que el muerto era sólo un sér aletargado que esperaba para volver á vivir el divino impulso. Mas como en este estado el sér, no sintiendo y no moviéndose, no podía defenderse de la accion de los elementos, y por tanto era destruido. Y como sólo las formas muertas que se conservan son capaces de revivir, al igual del reptil que aletargado en invierno dentro el cieno del pantano, vuelve á moverse en el estío; pues dijeron al vivo: «Tú conservarás al muerto.» Para resucitar, era preciso conservar la forma; al cuerpo yerto Dios podía comunicarle otra vez el movimiento, pero si no existe, si se descompuso ¿cómo animarlo? (1). El betun sacro le garantizaba de la descomposicion, haciéndole refractario á los agentes desorganizadores. El betun, pues, era la divina mixtura de la inmortalidad, ya que el sér inmortal dependía del sér imputrescible.

Así la única inmortalidad que alcanzó el hombre en Egipto fué la del cuerpo, si inmortalidad puede llamarse á la perpetuacion de la figura.

El pueblo egipcio es el primero que cree en la resurreccion, ó sea en la reanimacion del cuerpo. La muerte para él no es más que temporal, una especie de intermitencia de la vida, á semejanza de la de su Dios, que muere cada noche para volver á vivir al siguiente dia. Y partiendo de este dogma con su panteismo original, formuló de una manera harto

(1) Hay que tener en cuenta que el Dios del Egipto era más bien el motor interno de la naturaleza, la razon de ser de sus manifestaciones, más bien que un sér personal como Jehovah, árbitro de crear ó destruir, omnipotente hasta el punto de poder hacer algo de la nada.

extraña por cierto la realización de la justicia. Contemplando la naturaleza á impulsos de la idea que tenía de las transformaciones que dentro del todo se verificaban, se vió á los séres y creyólos procedentes unos de otros; imaginóse que cada sér procedía, ó de un interior, ó que procedente de otro sér superior que no había cumplido bien su mision sobre la tierra, estaba castigado á vivir en aquella forma. Al morir un sér, si no era embalsamado se descomponía, y de la descomposicion surgía otro, inferior si había obrado mal, superior si se había portado bien. La transformacion se verificaba en el seno sagrado de las divinas aguas del Nilo, al ser abandonados á ellas los cadáveres que no eran dignos de su momificacion; al retirarse el Nilo salían nuevos séres que el egipcio creía que eran los muertos transformados.

Si era un hombre el muerto, no pudiendo ya ascender, su premio era el embalsamamiento para fundirse con Osiris y vivir eternamente con él hasta el fin del mundo.

Si había obrado mal, si había pecado se le negaba el bálsamo y venía obligado á descomponerse y transformarse en otro sér inferior, en cuya forma tenía que expiar sus faltas, expiadas las cuales volvía á tomar la forma humana. El sacerdote, que era el fiscal de los muertos, les negaba sepultura y momificacion si no habían cumplido con las leyes sagradas. Él era el que les hacía pasar el purgatorio sobre la tierra bajo una forma animal que no les permitía expresar los sufrimientos con palabras. Sólo en esta forma inferior podía purificarse el hombre que hubiere faltado, despues de la cual volvía á la forma humana. Al que cumplía bien, el sacerdote le abría las puertas de la necrópolis y allí esperaba momificado el dia de la resurreccion.

Lo que resulta de positivo de todo lo encontrado por los egiptólogos es la resurreccion, ó mejor la revivificacion ó reanimacion del muerto, y la transformacion de los séres, ascendente si cumplen bien y descendente si obran mal, como realizacion de la justicia. Los séres que habían cumplido bajo la forma humana con sus deberes, no podían ya ascender. La momificacion, por lo tanto, era su premio, garantía segura de que resucitarían íntegros.

¿Arguye esto la creencia en un alma, entidad individual, inmaterial, sin forma ni propiedades físicas? Creemos que no. Aquí hay que notar, como ya hemos dicho primeramente, que en Egipto hubo una serie de civilizaciones que si bien se suceden sin grandes saltos, sin tránsitos muy violentos, difieren las primeras de los medios, más que la edad antigua de los siglos cristianos próximos al Renacimiento. Durante las primeras dinastías la creencia en un Dios universal, vivificador, sin representación sensible parece la única: indícanlo el templo que de la época de Chéphreu descubrió M. Mariette al Sudeste de la esfinge que está cerca de la pirámide pequeña, y otros descubiertos posteriormente, en los cuales no hay ninguna estatua ni figura alégorica. Así como los jeroglíficos de las tumbas de las primeras dinastías. El concepto generador de la religión egipcia fué en estos tiempos el de la indestructibilidad de la vida (1). Esta procedía del Dios, y el alma humana era sólo una emanación divina, no bien distinta de la divinidad misma. Al morir se decía que *el hombre se hundía en Osiris*. El premio final del alma era el abismarse en Dios, del cual procedía. El muerto acababa por identificarse con él completamente, por fundirse en su sustancia, por perder su personalidad en su seno (2). Sus pruebas de ultratumba, sus sufrimientos eran los del Dios. El cuerpo humano era considerado un recipiente de la divinidad, un vaso sagrado que tenía aprisionado el impulso divino. El alma era parte de la divinidad misma. Pero se sucedieron las teologías á medida que la teocracia iba preponderando y al llegar á su período álgido, á su edad media, al darse á Dios mil representaciones, al atribuírsele mil formas, vió el Egipto definir el alma por sus teólogos de una manera harto extraña. Consideraron en ella tres hipótesis distintas. La *inteligencia* luminosa é ígnea como el sol, envuelta por el *alma* en sustancia más inferior, la cual á su vez está contenida por el *espíritu* que impulsa la sangre y se desparrama por el cuerpo (3).

(1) *Sergelikende Geechisdenis der onde Godsdiesten. I Stuck: Geschiedenis van den Egyptischen Godsdienst*. M. C.-P. Tiele Amsterdam.

(2) Lenormant. *La Magie chez les Chaldeens*, chap. II, t. II.

(3) Estas tres categorías se llaman en egipcio *Khou*, *Ba* y *Niwon*.

Esta cuestión, juzgada hasta nuestros días sin suficientes datos por historiadores cristianos, ha sido vista la mayor parte de las veces bajo el prisma espiritualista de la inmortalidad del alma tal como la juzgan nuestros metafísicos. Con este criterio han creído que la revivificación ó resurrección, sólo era posible á impulsos de un alma enteramente individual como la que inspiraron nuestros teólogos de la Edad Media.

Entre los antiguos que afirmaron esta opinión está Herodoto (1), pero tiene en contra el parecer del estoico Queremon, que habiendo acompañado á Helio Gallo á Egipto, afirma que allí no se reconoció más mundo que el universo, más dioses que los astros ni más vida que esta en que vivimos. Y que las revoluciones y movimientos de los astros y su influencia sobre las acciones humanas eran expresadas allí en lenguaje místico (2). San Agustín, que también afirma la creencia en el alma individual (3) de este pueblo, es una autoridad sospechosa, pues por ser cristiano debía de ver la cuestión á través del criterio místico, que es su dogma. Por lo que toca á los jeroglíficos del rito fúnebre, las momias llevan alguna vez la cara de Horo, lo cual no es más que un atributo de vida, puesto que significa el sol ó la naturaleza naciente, mas no la reincorporación del alma. En el Museo británico existe una pintura egipcia, en la cual hay quien ha querido ver el testimonio de la creencia en el alma, entidad distinta del cuerpo. Representa dicha pintura un juicio; Anubis conduce de la mano á unos hombres que visten túnica blanca corta á un lugar donde se pesa en una gran balanza el bien y el mal que cada uno ha hecho, representados por objetos simbólicos. La figura de Anubis está repetida para indicar que va varias veces á conducir seres al juicio. En el Museo del Louvre, en la figura de un joven conducido por Anubis, se ha pretendido hallar el símbolo del alma. Mas ni en lo uno ni en lo otro un observador imparcial puede ver más que la representación de la per-

(1) Herod. II, 4, 37, 58, 123, 135.

(2) *Porphirii Epistola ad Anebonem ægyptium* en el prólogo de *De Mysteriis Ægypt.*, de Jamblico.

(3) San Agustín, Serm. 361.

sonalidad humana que viene á juicio. La Escritura hierética es una escritura meramente simbólica, y sabido es el valor que debe darse al símbolo.

Cuando leemos en un libro contemporáneo que tal personaje compareció ante el tribunal de la historia de esta ó de aquella manera, ¿cree nadie, acaso, ni el que comparezca su alma, ni que haya jueces ni letrados que le esperen? Todos entienden bien claro que sus hechos fueron juzgados por los que le sucedieron. En los mismos jeroglíficos egipcios se ve el Nilo representado por una figura de hombre azul con plantas acuáticas que le nacen de la cabeza, y á ningun egiptólogo se le ha ocurrido afirmar el que los egipcios creyeran que el Nilo fuera un sér antropomorfo.

Así en todo lo que se ha dicho ser el signo del alma, entidad individual bien distinta del cuerpo, no se ve más que los atributos de la vida en general ó de la personalidad humana. Más que el alma, parecen indicar la animacion producida por la divinidad, ó la serie de los actos del sér, lo que ha constituido su esencia.

Además de estos hay otros datos que nos conducen á pensar que en Egipto se creyó en la transformacion del individuo y en su vuelta á la vida, y no en la transmigracion y en la reincorporacion de un alma. En el panteismo egipcio Osiris daba la vida á todo con su impulso, con su fuerza. Su muerte producía la muerte de todo lo creado. En consecuencia, la vida y las funciones anímicas debían de ser consideradas en el egipcio individuales en cuanto en él se realizaban, pero no más. La animacion que se manifestaba en organizaciones tan distintas, debía ser considerada más como fenómeno procedente de una causa única, de un mismo impulso, que como entidad individual inmutable. Su Dios era harto natural y poco abstracto para que creyera en un alma, entidad simple que conservaba su personalidad aún separada del organismo. Además, en el Dios estaba todo. En el templo de Sais decía la divinidad por medio de una inscripcion gigantesca: «YO SOY TODO LO QUE ES, TODO LO QUE HA SIDO Y TODO LO QUE SERÁ.»

El impulso humano no podía ser separado del impulso divino universal so pena de herejía. Lo que determinaba la in

dividualidad era sólo la organización, el cuerpo en que dicho impulso estaba contenido. Con esta idea colectiva de la vida, sus dioses secundarios nacían unos de otros y luego reentraban en sí y volvían á nacer, formando un círculo interminable, una metamorfosis continua.

Y estos dioses sólo eran representaciones ó personificaciones de las diversas manifestaciones de las fuerzas naturales que el sacerdocio hacía para formular la idea que de la divinidad se había formado.

Esta alma, parte del Dios, y sólo separada de él por algun tiempo, no se presenta clara y distintamente separada del organismo en los dogmas egipcios, como tampoco el Dios se presenta muy distinto de la naturaleza; siempre hay un *no sé qué* de vago y de confuso que no permite deslindar bien la organización del principio que la anima.

Existe una inscripcion en que Ahmés (jefe de los marinos) dice: «he cumplido mis transformaciones,» en lugar de *he nacido*. Y nótese que dice *mis transformaciones* y no *mis transmigraciones*. Luego cuando uno ha muerto ha de combatir con animales fantásticos, de los cuales viene á ser presa. Estos están representados en los jeroglíficos por chacales, hienas, zorros ó lobos. Son otra cosa que los animales carniceros que asaltan los cementerios por la noche para devorar los restos humanos. ¿Qué de racional tendría el combate de un espíritu separado del cuerpo con tales seres? (1). ¿Se hizo en esto otra cosa que decir en el lenguaje simbólico y místico, que el muerto para transformarse necesita no ser presa de estos carniceros nocturnos? El ser condenado viene simbolizado en un puerco, el animal que de la descomposición se alimenta.

En el ritual de los muertos de Lepsias y en el viaje de Cailaud en Champolion, puede verse como el moribundo invoca una potencia ó un Dios para que le preserve cada parte de su cuerpo, para que se le guarde la nariz, la barba, los ojos, los dientes, los brazos, los codos, las piernas, las rodillas, los tobillos, los piés, etc. Todo tiene un protector. ¿Para qué, pues, proteger estas partes, sino para que la transformación pueda

(1) En algunos su término es **bien** determinado.

ser íntegra, privándola de ser presa de animales, ó para que la resurreccion del individuo pueda verificarse conservándose su cuerpo sin alteracion ninguna? A haber creido el egipcio en una entidad espiritual, hubiera pensado que el espíritu le bastaba con llamar á sí el dia de la resurreccion los átomos dispersos de su cuerpo, para que éste surgiera del polvo.

Pero el egipcio, eminentemente observador de la naturaleza, no podía abrigar esta creencia, pues continuamente veía formarse y crecer los séres á su vista, los unos con la sustancia de los otros, y el todo para él no era susceptible de crecimiento ni de disminucion. Osiris no podía darle un cuerpo nuevo una vez el suyo se hubiera convertido en otra cosa.

En cuanto á lo que afirma Bunsen de que si los Faraones se hacían construir grandes pirámides para preservar su cuerpo dentro de ellas, era porque creían que la destruccion de éste interrumpía las transmigraciones del alma, y en cuanto á lo que sientan otros autores de que si se conservaba bien al cuerpo, era porque el alma seguía la suerte que á éste le cabía acá en la tierra, debemos decir que lo encontramos nada lógico. ¿Qué tiene que ver el trato que se dé á un cuerpo yerto para que interrumpa ó acelere, para afectar, en una palabra, la migracion de un alma personal, espiritual y libre? Todo esto viene á tener un gran sentido si se considera bajo el punto de vista de la resurreccion del cuerpo. Destruído éste, no puede volver á la vida, pues la destruccion de sus formas se lo impide.

César Cantú dice que «probablemente pensaban que las almas no se separaban de los cuerpos hasta que éstos se descomponían» (1). El alma que sólo desaparece con la organizacion, ¿es otra cosa que una propiedad de la organizacion misma? Ni el *amenti* ó *adi* (castigo ó infierno de almas) que cita en apoyo de la creencia dualista puede servir de prueba. En el *amenti* la crítica hoy dia no puede ver más que el símbolo de la reprobacion póstuma de las malas acciones de

(1) CÉSAR CANTÚ, HIST. UNIV., t. 1, cap. XXII.
TOMO XVI.—VOL. I.

los que fueron. Tal vez la plebe inculta lo tomaría como su lugar de castigo, pero es inverosímil que lo vieran así aquellos sacerdotes que eran los depositarios del saber del Egipto.

El egipcio no sólo embalsama al hombre, embalsamaba también al animal y á la planta, y los confundía á todos en esta comunión de su química sagrada. ¿Por qué? ¿Qué derecho tenían á la inmortalidad el animal y la planta? Prosigamos investigando y hallaremos en su panteísmo la razón de ser de esto que parece irracional é impío á los hombres educados en la metafísica abstracta de Occidente.

El egipcio, criado en el seno de aquella naturaleza tan uniforme, ignoraba el límite entre la planta y el animal, lo mismo que entre éste y el hombre. Medio hundido aún en la actualidad que le rodeaba, no estaba seguro de que sus tatarabuelos hubieran sido humanos. Él mismo, tal vez, había sido ya animal ó iba á serlo, según fueran sus actos. Además, en la sociedad egipcia, formada por la confluencia de varias razas, había los tipos blanco, rojo, cobrizo y negro, tan distintos en el color y en la fisonomía como en la inteligencia, lo cual no le suministraba el concepto de la unidad humana.

Por efecto de un análisis muy ingenuo, encontró en los animales facultades que creyó iguales unas y superiores otras á las del hombre.

El cocodrilo, rey del río (1); el águila, reina de los aires, y el león, rey del desierto, le anuncian la venida del Nilo metiéndose en el cieno, alejándose por los espacios y huyendo á las arenosas llanuras respectivamente. El ibis, á la venida del Nilo, marcha enfrente de él como si le hubiera ido á buscar á su cuna para guiarlo al Egipto. En todos reconocía la facultad de discernir, aunque condenados á no poder expresarlo con palabras. A más, á partir de la segunda dinastía, sus dioses protectores se revelaban en su iconología sagrada bajo formas bestiales, á impulsos de dogmas que su teocracia había encerrado en el símbolo. De otra parte, al lado de animales de marcha lenta, pesada y recta, veía vegetales ondulantes y move-

(1) PLUT. *De Is. et Os.*, caps. LXXIII, LXXIV. GEOFFROY DE SAINT-HILAIRE, *Des poissons du Nil*.

dizos, veía á la sensitiva contraerse rápidamente á la menor impresion, cual si experimentara verdaderas sensaciones; veía á la palmera que al llegar la época de la fecundacion, se balanceaba movida por el aire, y ébria de amor se propagaba, á pesar de la distancia; veía á la *acacia mimosa* y á la *persea laurus* gemir y llorar, cual si se condolieran de que la fatalidad les obligara á vivir enclavadas en un sitio, y veía á ciertas flores abrirse para recibir el sol y cerrarse por la noche, ó encoger sus pétalos y encerrar prisionero al insecto que les llevaba el pólen fecundante, hasta que se lo había depositado en el pistilo. Tambien en los colores que le presentaba su flora y su fauna, hallaba la confusion de estas dos inmensas series. Multitud de reptiles que se arrastraban por su suelo y de aves que cruzaban su cálida atmósfera, tenían el color verde, el color propio del reino vegetal, y en contraposicion veía plantas y árboles, cuyo tinte variaba del amarillo al encarnado.

No vió ningun color que fuera propio de un solo reino, ni de un solo grupo de organismos.

De todo esto dedujo que participaba de animacion lo mismo la flor de la *persea-laurus* que cierra sus pétalos por la noche, que el ibis, el rinoceronte, el etiope ó el esclavo que pasaba su vida excavando los sarcófagos.

Y creyó ver sus hermanos inferiores en el animal y en la planta; inferiores, sí, pero al fin hermanos, pues como él, habían recibido la vida del divino Osiris, y en consecuencia les reconoció el derecho á ser inmortales.

Creuyendo, como todo hombre primitivo, que toda accion ó movimiento supone una voluntad, y que toda voluntad era parte de la del sér único del cual emanaba, sentó que la resurreccion debía ser comun á todo lo organizado.

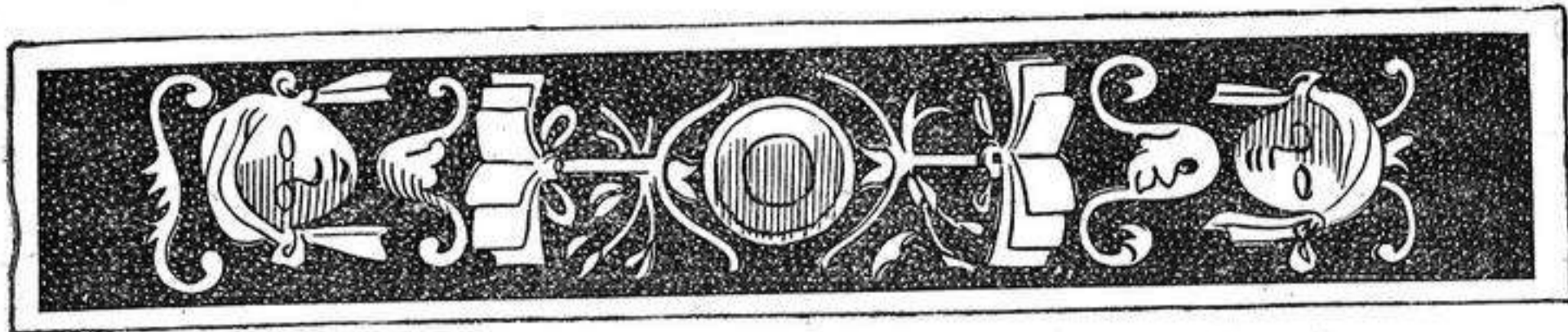
Creuyendo semejantes suyos á todos aquellos séres que veía con movimientos más ó menos complicados y más ó menos espontáneos, ¿qué de extraño tenía que les concediera los mismos derechos que á sí propio? Lógico era que tratara de inmortalizar por el bálsamo todo aquello que creyera consciente y vivo, y por lo tanto divino y resucitable.

En conclusion, en el Egipto el hombre consiguió no ser ab-

sorbido por la naturaleza, pero sin dominarla. Efecto de esta lucha titánica en que no se declaraba la ventaja por ninguna parte, vivió en un equilibrio extático, y después de muerto se hizo preservar cual cuando vivo para que la naturaleza no triunfara de él en sus despojos. Tal en vida, tal en muerte.

He dicho.





LA FILOSOFÍA DE KANT

II.

LAS diferentes naciones en las sucesivas fases de su cultura han solido atribuir significados diferentes á la palabra Filosofía, los cuales, sin embargo, han tendido siempre hácia el sentido original de la palabra cuyo significado no es otro que amor á la sabiduría. Empero la ocupacion de los filósofos varía, segun el ideal que en su mente se forjan de la sabiduría, y varían tambien los caminos por donde han ensayado alcanzarla; así que la observacion ó la meditacion, la teoría ó la práctica, el descanso ó la energía, los intereses de esta vida ó las esperanzas de la otra han constituido alternativamente los fines propios de la filosofía para caracterizar al propio tiempo no sólo á los que desde la cátedra enseñaban esta ó aquella doctrina, sino tambien á los que la aceptaban. No se crea, con todo, que andan en lo seguro los que, pasando revista á los elementos constitutivos de la sabiduría de otros tiempos, quieren sujetarla al padron que, temporalmente quizas, tenemos en esa ciencia con que cada hombre levanta el edificio que ha de servir á sus propias necesidades.

Para Kant, la palabra *sabiduría* no es lo mismo que la palabra *ciencia*. Por esto, sin duda, leemos en sus obras:—

«Aunque por otra parte se muestra más en el obrar que en el conocer, sin embargo, la sabiduría há menester de ciencia, no para aprender de ella, sino para adquirir la aceptación y durabilidad que necesitan sus preceptos.»

Para Kant, pues, existe algo que va más allá de la ciencia, algo que requiere á ésta como medio necesario para conseguir el fin propio de aquélla. Su filosofía, por lo tanto, se halla imperfectamente representada por quien quiera que se contente con poner ante nuestros ojos la teoría de la ciencia en todo su aislamiento ó introducirnos á su estudio sin entender bien á las claras que la CRÍTICA DE LA RAZON PURA es tan sólo una parte del sistema de la razon pura, ni advertirnos que las enseñanzas del primero, entre otros trabajos, tienen su complemento y, por decirlo así, su cima en las ideas elevadas que se contienen en la FILOSOFÍA PRÁCTICA.

En efecto, la CRÍTICA DE LA RAZON PURA que contiene la teoría kantiana de la ciencia establece que lo absoluto es imposible y que todos nuestros conocimientos tan sólo se refieren á la apariencia de las cosas; mas, á pesar de todo esto, Kant estaba muy léjos de querer afirmar con estas palabras que el hombre podría existir sin un centro absoluto que sirviese de sosten á la vida y á las creencias. De donde la doctrina de su FILOSOFÍA PRÁCTICA asestaba, digámoslo así, á la naturaleza absoluta de la ley moral que existe dentro de nosotros, la cual se verifica de una manera tan directa como la puesta en práctica por la filosofía teórica, que tiene por blanco la *relatividad* y los límites de nuestra ciencia.

Cualquiera que hubiese sido la suerte de la filosofía de Kant al caer en manos de los dedicados á estudios de esta naturaleza, á los ojos del ilustre filósofo siempre se hubiera presentado como reconcentrada en dos focos luminosos. Nos referimos á la doctrina de la naturaleza relativa y valor de nuestra ciencia, y á la de la naturaleza absoluta de la ley moral existente dentro de nosotros mismos. Otros hubieran intentado hacer converger hácia un centro único estos dos focos, con la idea de identificar el círculo de nuestra ciencia y el de los esfuerzos morales de nuestro espíritu, mas, aunque este trabajo de simplificación brindaba con no menor gloria al que

lo hubiera ejecutado que utilidad á los amantes de la filosofía, sin embargo, Kant nunca lo intentara por impedírsele un tercer obstáculo propio del carácter de su entendimiento.

Tal era, en efecto, aquella propension que le imposibilitaba para transigir con una idea, cualquiera que ella fuese, no sacada de la experiencia, pareciéndole poco ó nada filosófico levantar el edificio de una hipótesis, por probable que fuese, no pudiéndola apoyar en pruebas suministradas por los hechos y la observacion. A este deseo, pues, de no apartarse jamás de la que él consideraba verdadera senda del filósofo, se debe que no dedujese Kant las consecuencias que sus discípulos han sacado y van sacando aún de sus lecciones, debiendo tener nosotros presente al hacer esta observacion, que no por eso debe creerse que jamás llegaron á presentarse aquellas á su espíritu, sino que es necesario abrigar la conviccion de que el evitarlas fué solamente efecto del deseo de no entrar necesariamente en el campo de lo hipotético, haciendo que su filosofía perdiese la fuerza moral que su anterior conducta le granjeara ante el mundo científico.

Sin entrar en el análisis detallado de las obras é ideas de Kant, vamos ya á preparar al lector al estudio de este filósofo, bastando para ello presentar el cuadro de los tres caracteres principales de su filosofía. Todo lo que para ello podríamos decir, se halla, en efecto, reconcentrado en los tres puntos siguientes:

1.º Valor relativo de toda ciencia accesible al humano entendimiento.

2.º Valor absoluto de la ley moral existente en nosotros mismos.

3.º Preceptos metódicos para desechar todas las especulaciones de naturaleza puramente hipotética, sean cuales fueren los atractivos con que se nos presenten.

En esta nuestra edad, cuando tanto escriben los alemanes sobre la necesidad de retroceder hácia Kant, y cuando los ingleses se dedican al estudio de sus obras como transicion á la nueva filosofía de Hegel, bueno sería preguntar á unos y otros si en su admiracion hácia el primero de estos filósofos se contentan con abrazar uno solo de los anteriores puntos caracte-

rísticos de sus obras, ó sí, no contentos con la letra que mata, vivifican también sus inteligencias con el espíritu que encierra todo el conjunto que de ellos acabamos de presentar á la benevolencia de nuestros lectores. En el primer caso, nos será imposible ver cómo pueden hacer justicia á Kant cuando exponen sus ideas, y aún mucho menos podremos comprender cómo hombres así dispuestos pueden aspirar y aún llegar á la adquisición del elevado puesto que ocupan en las aulas.

En efecto, tomando el sistema de Kant en toda la extensión de su conjunto, creemos que no ha tenido secuaces tales cual él los define, cuando dice «que seguir á un gran iniciador no significa otra cosa que beber en las mismas fuentes en que aquél lo hizo, y aprender tan sólo de nuestros predecesores el camino por donde podremos sin más auxilio conseguirlo (1).»

Ahora bien, los discípulos de Kant han acudido separadamente á una ú otra de las fuentes á que acudió el gran maestro; pero ninguno se ha tomado la agradable molestia de ir á apagar su sed en todo el conjunto de los ricos veneros que lograron saciar al eminente filósofo. Mas, á pesar de todo esto, los tres grandes caracteres de su pensamiento han ido imperceptiblemente y como á hurtadillas infiltrándose en las corrientes del pensamiento moderno, á lo cual, sin duda alguna, aludía Kant cuando dijo: «Hemos llegado con nuestros escritos un siglo ántes de aquél en que nos tocaba hablar; porque sólo dentro de cien años seremos bien comprendidos, y entonces se estudiarán de nuevo y se valuarán todos los libros que llevamos publicados.»

La filosofía no es, ni aún para el mismo Kant, la ciencia; por lo tanto, muy injustos seríamos si para medir el valor de sus obras echásemos mano de una medida puramente científica. En efecto, la filosofía es el amor de la sabiduría, el esfuerzo del humano ingenio ayudado por la ciencia para dar estabilidad y duración á lo que alcanzamos, y una forma, permítasenos la frase, de vender al por menor los preceptos del saber. La sabiduría del filósofo no es más que el espíritu de

(1) Véase la introducción de Mr. T. H. Green á la obra de Hume intitulada: *Treatise on Human Nature*, pág. 3.

su filosofía, y tanto su ciencia como sus conocimientos, sirven solamente de medios para dar vida á ese espíritu, encerrándolo despues en un cuerpo para que libremente pueda vivir entre nosotros. Si miramos á los preceptos de la sabiduría, desde luégo echaremos de ver que de tiempo en tiempo es necesario inventar nuevas filosofías, porque la ciencia y los conocimientos cambian, demostrándonos al mundo y á los trabajos que en él verificamos con mil cambiantes aspectos. Asimismo, no sólo deberemos buscar nuevas expresiones científicas para propinar los preceptos del saber, sino que tambien habrá que elegir las que entre ellas sean más poéticas. Por esto quizas dentro de poco, á pesar de su perfeccion, las poesías de Shakspeare no contendrán ya toda la sabiduría que habrá de compadecerse con la nueva época. En la presente, el mundo trabaja con gran ahinco por encontrar nueva expresion científica de los preceptos de la sabiduría, y entre todas las naciones se nos presenta Inglaterra sola trabajando por darla la nueva expresion poética que há menester.

Despues de las anteriores reflexiones, nos sorprende en gran manera ver que haya sido tan pronto abandonada por sus admiradores y con dificultad despues ocupada por sus sucesores la posicion á que se elevó Kant, fortificándose en ella contra el empuje enemigo. Varias son las razones que sobre esta conducta se nos ofrecen, y no creemos sea desagradable al lector que, siquiera sea de pasada, las hagamos desfilas ante su vista.

La primera de todas es esa propension del entendimiento humano á reducir todas las cosas á un principio único, sin que pueda ser vencida más que por un ánimo fuerte para que nunca sacrifique la verdad de la experiencia ó las exigencias de la naturaleza moral al procedimiento favorito de razonar segun leyes puramente lógicas. Como tierra de suyo fecunda, la filosofía de Kant contenía los gérmenes de muchos sistemas, precisamente porque el gran filósofo á sabiendas se abstuvo de empujar, digámoslo así, ninguna de sus doctrinas fundamentales, hasta los bordes de la sima de un principio avasallador. Mas todo el trabajo de los que siguieron, consistió principalmente en hacer aquello mismo de que sabiamente se había

abstenido el maestro, conquistándose así aquellos la fama de grandes sistematizadores con sólo despuntalar y hacer perder el equilibrio al bien nivelado edificio levantado por el maestro á quien afectaban seguir. Esto hizo Fichte cuando por amor á la unidad destruyó el último despojo de la existencia externa, y puso en cuestion si existía ó no otro mundo fuera de nuestra conciencia, apoyándose en la doctrina de Kant que enseña no sernos posible saber lo que sólo es probable, puesto que nuestros sentidos y entendimiento nos reflejan lo que se nos presenta revestido de dicho carácter con las formas que á aquéllos y á éste corresponden.

Si Fichte hubiera evocado los preceptos en que Kant enseñaba no ser nunca lícito contradecir á la naturaleza, hubiera pensado dos veces ántes de aventurar una dar su famoso golpe. Ahora bien; si despues de todo la experiencia nos muestra dos mundos opuestos entre sí, el uno interior y exterior el otro, y es notorio que cada uno de ellos contiene igual grado de realidad, cuando no podamos entender de dónde ésta proviene ni lo que es en sí, tendremos que exclamar con los franceses: *Tant pis pour nous*. De todos modos, no perdamos de vista que esta falta no queda remediada destruyendo el equilibrio de la naturaleza, con la vana pretension, que no deja de ser sueño, de hacerla más inteligible. Algo semejante aconteció tambien á Schopenhauer, que, atraído por la verdad de la filosofía de Kant acerca de la facultad absoluta de nuestra voluntad para obedecer á la ley moral, pensó ser cosa más fácil explicar no sólo la vida humana, sino toda la existencia, suponiendo en todas las cosas algo que tuviese analogía con la voluntad. La para Kant desconocida esencia de las cosas reales fué llamada por él voluntad, constituyendo por ende esa filosofía basada en la hipótesis, mantenida por Kant en todos sus escritos.

Sabido es, por último, que todo el que á los comienzos de su carrera se entregue así en brazos de una suposicion, en todo el resto de su vida no mirará ya las cosas sino por uno de sus lados, pareciendo falto de ojos ante los otros aspectos de la existencia que no convengan á la teoría favorita.

La segunda razon por que la posicion conquistada por Kant

fué tan presto abandonada por sus secuaces, creemos hallarla en el hecho de haberse éstos dedicado á estudiar los detalles de sus teorías ántes de entender bien la fuerza de la piedra angular del edificio por aquel levantado y el blanco adonde asestan todos sus tiros. Así que no es raro leer las críticas de la ciencia del maestro, miéntras echamos de ver que no se ha sabido entender ni apreciar su sabiduría. Empero no omitiremos que estos filósofos quizás puedan presentar alguna excusa de su conducta apoyándose en los mismos escritos de Kant y en las tendencias de la época en que han emitido sus juicios.

En efecto, las doctrinas del filósofo que nos ocupa salieron á la escena de una manera bien rara y pedantesca, y al estudiar los tres volúmenes de la *Crítica* era difícil no soltar el hilo del argumento ó perderse en alta mar para ir á encallar en ocultos escollos, si ántes no salía al paso alguna roca formidable amenazando dar al traste con el atrevido viajero. Pocos tendrían probablemente valor para llegar hasta el fin, y si alguno lo consigue, de seguro que no volverá con la calma apetecida sus ojos hácia el sendero que acaba de recorrer.

Además de todo lo hasta aquí dicho, añadiremos que la ciencia de Kant, aunque muy universal, fué por desgracia muy imperfecta en uno de los más importantes ramos de que trataba. Nos referimos á los conocimientos psicológicos, porque si Kant hubiese estudiado algo más á fondo de lo que lo hizo á los filósofos con que Inglaterra y Escocia se glorían, creemos que el bien resultante hubiera ejercido gran influencia sobre sus escritos. Pero para empeorar aún más su situación, justificaba el filósofo la ausencia de conocimientos psicológicos que se nota en sus obras, inventando un nuevo método de investigación y análisis que tenía por fin invalidar el método psicológico. Apellidólo *transcendental*, pero, como demuestra Mr. Caird, no fué llevado adelante con la pureza y simplicidad debida, sino que se contaminó con los elementos del método psicológico. Por esto, sin duda, Mr. Caird se atreve á calificar de error este hecho, culpando en consecuencia á Kant de no haber presentado en toda su integridad el nuevo método. Mas Mr. Caird olvida que al hacerlo así se hubiera Kant manifiestamente apartado de uno de sus principios fundamen-

tales, *no contradecir* á la *experiencia*, y éste es precisamente el punto de que parten todos esos discípulos del filósofo que se creen con fuerzas suficientes para ir más allá de donde llegó el maestro.

No introduciremos al lector por caminos desconocidos ni atormentaremos sus oídos con la tecnología filosófica, puesto que en el libro de Mr. Caird, á quien este servicio debemos, podrán encontrar los que lo desearan expuestos en toda su lucidez los detalles de la investigación y método á que nos referimos. Mas para dar al comun de los lectores una idea de lo que en definitiva allí se trata, diremos que dicha investigación ó método tuvo su origen en el hecho que hace aparecer á nuestra ciencia como constituida por elementos puramente empíricos, y de verdades que se nos presentan como necesarias. De este último género son las verdades matemáticas.

Ahora bien; por lo que esta necesidad afecta, no á los principios, sino á la conexión de los que pertenecen á nuestra ciencia, parece referirse á cierta organización especial de la mente que posee el conocimiento de dichas verdades y hasta hace sospechar que tiene por blanco aquel tan deseado punto de unidad con tanto anhelo en todos tiempos buscado por los filósofos de diferentes matices.

Y en realidad de verdad, siendo nuestra ciencia un todo tan consistente que con esas verdades, por sí mismas evidentes y necesarias, nos es dado aumentar á cada paso nuestra ciencia en el terreno puramente empírico, evidente es que tanto las racionales como las que de la experiencia se derivan deben tener en último término un origen comun, de suerte que, ó lo que aparentemente se nos ofrece como necesario sea en definitiva empírico, ó lo que á primera vista creemos accidental al fin y á la postre sea igualmente necesario.

Pues bien, los filósofos de la escuela transcendental mantienen la segunda de estas suposiciones, mientras que los psicólogos, guiados por la observación, se inclinan más y más á defender la primera. Por consiguiente, aquellos traspasan los límites de la experiencia, en tanto que éstos se contienen en un espacio menor que el que aquella les ofrece, creyendo que muchos de los fenómenos á que llamamos experimentales, des-

pues de todo no son más que ilusión de nuestros sentidos.

Si la experiencia fuese la línea límite de nuestra ciencia, de modo que fuera de ella no hubiese más conocimientos asequibles á nuestra mente, la última de las anteriores escuelas estaría seguramente en camino más seguro que su antagonista. Asimismo, si la muerte no hubiera arrebatado á Kant ántes que pudiera éste leer lo que fisiólogos ingleses tan célebres como Brown y Bain han hecho desde entónces acá y estudiar lo dicho por matemáticos alemanes notables como Riemann y Helmholtz, estamos seguros que hubiera abandonado el punto de vista transcendental, ya que inevitablemente lo hubiera empujado á traspasar el valladar en que se encierra la experiencia.

En desventaja de la filosofía real de Kant militaba también otra razón, originada por su inmediato predecesor en Alemania, Wolff, merced al cual se había introducido en el mundo científico, con respecto á los trabajos filosóficos, un desastroso cambio. En efecto, mientras todos los grandes filósofos que habían precedido á Wolff, y más principalmente los que pertenecían á la edad antigua, y en los modernos tiempos Bacon, Descartes, Locke, Spinoza, Hume y Leibnitz habían sido, según la frase del poeta inglés

«Men of the world who knew the world like men,»

en la época de Wolff hemos visto á éste arrastrar, digámoslo así, á la filosofía á las aulas universitarias. Era, en verdad, necesario enseñarla como ciencia y hacerla, si no inteligible, por lo ménos demostrable á las almas juveniles, de quienes, si con propiedad puede decirse que se esfuerzan por adquirir la ciencia, sabido es que no poseen en manera alguna lo que con toda propiedad lleva el nombre de sabiduría.

El término, en efecto, de la carrera del estudiante universitario suele ser, por lo general, una disertación preparada de antemano y aún aprendida de memoria, y esta misma disertación suele elevar hasta la cátedra á los elegidos para el profesorado de los centros literarios. De esta suerte, si bien se piensa, echa-

ráse desde luego de ver que más que la sabiduría lo que al público se presenta es la ciencia y los conocimientos del filósofo, mientras se ocultan en las torcidas celadas del laberinto de la fraseología las verdades fundamentales más simples.

En ninguna parte del mundo se ha sentido con más rigor que en Alemania el malhadado influjo de la particularidad que acabamos de notar, dando á luz como natural resultado una filosofía que podemos llamar extra-académica, enemiga nata de cuanto tiene relacion con los sistemas y las clasificaciones, así como tambien debe atribuirse á su accion la filosofía académica que, vestida con el disfraz de la ciencia, es enemiga de la anterior, mirándola como compuesta de un puñado de aficionados que ni custodian ni son capaces de custodiar los intereses de la ciencia.

Por fortuna tal distincion nunca tuvo lugar en Inglaterra, y refiriéndonos á las tendencias de Alemania sólo nos toca augurar imperecedero nombre á la filosofía que llegue á hacer correr por idéntico cauce á las dos corrientes de que acabamos de hablar.

Con esta fase peculiar de la historia del pensamiento en Alemania se relaciona una circunstancia que suministra una tercera razon á los secuaces de Kant para abandonar á mansalva el puerto en que se colocara su maestro. Hablamos de la poca correccion que, notada en la exposicion de sus ideas científicas y más en especial en la de los conocimientos psicológicos, dió margen á varias censuras que se hicieron de su doctrina y más particularmente de su filosofía teórica. Hacemos esta última distincion, porque la filosofía práctica de Kant se halla sujeta á otro defecto de no menor monta. En efecto, vemos en ella que para el autor los negocios del mundo, el trabajo propio de la vida, no es más que un espectáculo, una representacion, en la cual él nunca tuvo á su cargo representar papel alguno activo que mereciese en realidad semejante epíteto. Dotado Kant del profundo sentimiento de la responsabilidad moral del hombre, y de incomprendible mesura en todas las acciones de su vida, pasó sus años en tal reclusion y bajo el influjo de una tan no interrumpida meditacion y estudio, que sus facultades racionales debieron adquirir perfecto

dominio sobre los deseos y pasiones que como hombre sentía levantarse en su corazón y batallar contra su espíritu. Semejante actitud conviene sobremanera al que juzga la moralidad y rectitud de las acciones; pero al propio tiempo es por todos reconocida como la más á propósito para perder de vista los impulsos activos que impelen nuestras acciones.

Para Kant, pues, la más alta forma de la ley moral es la que expresan estas palabras: «Obra de manera que la máxima de tu voluntad pueda convertirse en ley universal,» lo cual quiere decir: «Obra de manera que tus prójimos puedan obrar como tú lo haces.»

Objetan algunos que el principio enunciado en el párrafo anterior no suministra incentivo alguno para obrar, sino que sólo puede servir como regulador de las acciones; que no mira al origen y valor de la obra sino únicamente á su forma moral; que no nos prohíbe, en fin, reducir hasta un mínimun nuestras acciones, sino que pone la bondad del hombre en la prohibición más que en la ejecución de los actos. A esto responderemos que el principio anterior, como todos los de igual naturaleza, es máxima capital en manos de un juez competente, mientras es singularmente vacío y frío para todo aquel que siente su corazón henchido por el deseo de hacer el bien, oyendo en lo profundo de su alma la voz que repite: «¡Haz algo!» en tanto que ve agitarse en su pecho natural curiosidad por adivinar en qué consiste ese algo. A este propósito recordaremos que los sistemas morales de la antigüedad deben ser considerados como pruebas de que la mera reflexión sobre los actos humanos y el ensayo de pensarlos como requieren los principios de prudencia y sabiduría moral conducen más á la inacción que á la actividad moral, puesto que predicán la virtud de la paciencia y sufrimiento con mayor ahinco que el deseo de obrar el bien.

No desconoció Kant en su filosofía práctica este defecto, y en realidad de verdad «cuando, como dice un filósofo, creía haber descubierto en oposición á los intereses del amor propio, una ley general que regulase nuestra conducta moral, fué bastante hombre de bien para no dejar de confesar no haber descubierto al propio tiempo la esfera propia de su imponente

dignidad» (1). «Porque, según el mismo Kant, el saber cómo una ley puede convertirse directamente y por sí propia en causa determinante de nuestra voluntad, es para la razón humana un problema insoluble.»

Esta confesión de Kant pareció á todos sus discípulos exagerada. Sin embargo, así como el gran maestro había terminado su filosofía teórica afirmando que la esencia real de las cosas externas, á pesar de existir en ellas algo, era enteramente desconocida para nosotros, del mismo modo al fin de sus especulaciones morales se leen estas palabras: «Hay una ley absoluta que podemos conocer en sus aplicaciones á nuestros actos, pero cuyo profundo significado y dignidad no conocemos.»

El tercero entre los preceptos de la filosofía de Kant, y de que ántes hicimos mención, le prohibía traspasar los límites de la experiencia, y por esto, sin duda, al llegar á las palabras anteriores, no se atrevió á aventurar nuevas proposiciones, debiendo nosotros tener como prueba de su sabiduría esa medida que en todas sus acciones y palabras distinguió siempre al filósofo.

Empero, nada impidió esto á sus discípulos para que por sí y ante sí intentasen hacer lo que no se atrevió á ejecutar el que tomaban por modelo. Y así, no extrañemos oírles defender que el conocimiento de la última esencia de las cosas existentes debe también revelarnos el significado de la más absoluta de las leyes, la ley moral. Por esto, pues, creció de día en día el interés de los sabios que intentaban traspasar los límites de la experiencia y de la sabiduría.

El mismo Kant había recibido su educación en las clases de matemáticas, y mediante el estudio de los escritores ingleses del siglo XVIII. Las matemáticas le infundieron amor á la corrección y exactitud más estricta, y al estudio de los escritores ingleses debió el espíritu de observación y experiencia que le fué peculiar. Por el contrario, sus discípulos se educaron en escuela diferente que le suministró raudales de ciencia proce-

(1) Véase la obra de Lotze intitulada: *Microcosmus*, vol. II, pág. 304, primera edición.

dentes de otros veneros. Así, pues, local é intelectualmente vivió Kant fuera del gran movimiento ideal de la literatura alemana, que á su vez tenía dos orígenes, á saber, el amor á la poesía en la Alemania Meridional y Central, y los elementos antisistemizadores de la filosofía de Leibnitz en otras partes, no debiendo pasar por alto tampoco el espíritu que animó á Lessing, Winkelman y Herder, y que dejó de ejercer su influencia cuando Wolff intentó sistematizar aquella filosofía.

Caracterizó á este movimiento ideal de Alemania la ausencia completa de intereses, puesto que si alguna parte se tomó en él fué tan sólo con el deseo de hallar un refugio contra la miseria y desesperacion de la obra política y social de la patria. Por lo tanto, así la poesía como el arte, los esfuerzos humanitarios como los celos religiosos, no hacían en aquella época más que edificar para sí un mundo que defendiese á los víctimas, un mundo no ordenado y armonioso sino lleno de intereses, y que pudiese ocupar la atencion y vida de muchos hombres de talento.

Este mundo, pues, del que en época más reciente debía emanar una grande, aunque temporal reaccion en la vida política, existió entónces teniendo realidad tan propia, que, á pesar de no haber pasado los límites de lo indefinido, áun hoy dia da evidentes señales de vida.

Ahora bien; tanto para los que viven en esa realidad como para los que están sobre ella, cuando se estudia la filosofía de Kant debe necesariamente aparecer como muy evidente que el ilustre filósofo deja sin tomar en cuenta una gran parte de las consideraciones que ellos creen las más sublimes, las mejores, las más santas, juzgando poder así merecer la indulgencia pública cuando tratan de llenar los vacíos dejados por las teorías de Kant con las realidades de este nuevo mundo por ellos descubierto.

Tal es el origen y profundo sentido de las filosofías de Fichte, Schelling y Hegel por una parte, y de Jacobi, Schleiermacher y los Románticos por otra, puesto que todas estas escuelas estaban en la íntima persuasion de que poseían algo no definido por Kant en sus trabajos, y que por lo tanto á ellos tocaba el hacerlo dándole el nombre de lo absoluto, etc.

Por lo demas, á otros y no á nosotros toca examinar al presente hasta dónde hayan llevado á cabo la tarea que voluntariamente se impusieran.

El puesto en que respecto á la filosofía que nos ocupa se colocaron los que la siguieron, no podía ser sostenido sin la influencia del mismo Kant, y mientras aquellos naturalmente veían que dicha filosofía era incompleta en alguna cosa, que por los que así pensaban constituía, por decirlo así; una nueva realidad, Kant por otra parte veía tambien que sus doctrinas eran malísimamente entendidas y áun peor interpretadas. Empero el patriarca se hallaba por un lado en edad ya muy avanzada y por otra carecía de verdadera idea sobre la revolucion que entónces tenía lugar fuera de su propia esfera en los estudios alemanes, para explicar de un modo decisivo la diferencia existente entre su posicion y la ocupada por los que se llamaban discípulos suyos.

Ni es probable que sola la experiencia convenza á los filósofos de que impunemente puedan seguirse las huellas abiertas en las regiones imposibles del pensamiento por las enseñanzas de Kant. El ejemplo de la filosofía alemana no ha bastado para probar á las demas naciones la vanidad é inutilidad del idealismo transcendental, y á nuestra vista vemos realizarse el notable fenómeno de la resurreccion del hegelianismo en Inglaterra al par que se recomiendan, como introduccion á su estudio, las obras de Hume y de Kant. Sea en hora buena, puesto que nada puede decirse en contra ni por vía de crítica capaz de impedir ese movimiento que ya ha adquirido entre nosotros considerable empuje. Por otra parte, sabemos que ni Hegel ni Kant han sido hasta ahora completamente entendidos, y no ignoramos que el primero aún no ha encontrado intérprete que no haya tenido la habilidad de hacerle decir lo contrario de lo que sus obras contienen. Este movimiento tendrá, á no dudar, su desarrollo completo, y acabará como lo han hecho otros muchos de igual naturaleza; pero téngase entendido que cuanto de verdadero mérito se había hecho en Alemania hasta Hegel y Schopenhauer escasamente podía ser valuado, puesto que se creía que todos los sistemas existentes encerraban misterios no revelados hasta entónces.

No obstante cuanto hasta aquí llevamos expuesto, sabido es que cuando á obras grandes, como la que tenemos delante al escribir este artículo salen á la luz con el deseo de introducir en Inglaterra las ideas alemanas, son bien recibidas, y por eso nuestro intento no ha sido otro que encarecer el cuidadoso estudio de la filosofía de Kant, valiéndonos para ello de la obra de Mr. Caird. Pero hemos creído conveniente también dar al lector la voz de alerta para que no pierda de vista las tres ideas fundamentales de su filosofía, á fin de no verse arrastrado más allá de los límites en que se contiene, ántes de haber aprendido á apreciar la sabiduría que en ella se encierra.

A pesar de que la base en que descansaba esa sabiduría era tan segura como aquella, notamos que presenta en Kant progresivo, aunque pausado, crecimiento. Así que partiendo del estudio de las matemáticas, física y, más que del mismo Leibnitz, de la doctrina propia de la escuela de este filósofo, fué insensiblemente atraído por los problemas del conocimiento y la esencia, áun ántes de que se reflejase en la mente de Kant la importancia que aquellos tenían bajo el punto de vista de la filosofía moral. La insistencia con que desde luégo se dedicó á destruir todos los conocimientos que la ciencia poseía del mundo externo, no fué ménos digna de notarse que la tenacidad con que poco á poco fué inclinándose á la doctrina que enseña haber fuera de nosotros una realidad, á pesar de que nos sea imposible definirla. Asimismo vemos que sólo el conocimiento instintivo de creer que la destrucción del último resto de esta noción sería colocarse fuera de la esfera de la experiencia, le prohibió dar el último paso en la carrera emprendida, y cuando todo empezó á desfilarse ante su vista reducido á la mera noción de la relatividad y amenazando traer en pos de sí la regla arbitraria de la humana fantasía, la clara percepción de la ley absoluta existente dentro de nosotros mismos fué la que de nuevo se presentó como punto de partida para su filosofía práctica.

En lo que la filosofía de Kant deja un vacío es en la falta de investigación profunda acerca de la naturaleza de esa experiencia mental que nos impele una y otra vez á creer en una realidad externa y en una facultad absoluta y reguladora, por

más que podamos vernos forzados á descartarnos, considerándolas como ilusorias, de las formas en que nuestros sentidos ó nuestro entendimiento nos las pinta. Por consiguiente, en esta nuestra edad, cuando se tienen más amplios y profundos conocimientos, obra muy digna de elogio ciertamente sería revisar los juicios críticos que sobre las obras de Kant se han emitido, teniendo siempre, y en todo caso, á la vista los tres puntos capitales en que descansa su trabajo. Esto, sin duda alguna, sería retroceder hácia él con no aventurada esperanza de volver á modelar las formas sin perder el espíritu que en ellas se encierra. A esto nos invita el carácter dualístico y aparentemente no terminado de las doctrinas del filósofo; mas ántes de que pueda ponerse en ejecución lo que indicamos, hay que adquirir mayor y más profundo conocimiento de todos los detalles de sus obras, y á pesar de que fundamentalmente disentimos del camino por él seguido, debemos confesar que para conseguirlo no encontramos hoy por hoy guía más experimentado que Mr. Caird.

Una filosofía que tiene la admirable sabiduría de dejar escombrados al desarrollo del entendimiento diferentes caminos; que no lleva los principios hasta sus últimas consecuencias ni agota los argumentos que presenta; que cuidadosamente pondera las opiniones contrarias para hacer alto despues ante el dintel de lo hipotético, no sólo debe considerarse como fecunda en nuevos sistemas, sino que forma en la historia del pensamiento una especie de punto de descanso desde el cual se lanza el genio en busca de nuevas consecuencias para volver despues á la elevada cima de donde pudo columbrarlas.

Los hechos que acabamos de enunciar explican probablemente mejor que otra cosa alguna la reforma que iba operando Kant en el mundo de la inteligencia. Porque no sólo Fichte y Schelling, Schopenhauer y Herbart, Jacobi y Schiller partieron en sus estudios de las teorías de Kant, sino que toda la filosofía de nuestros tiempos gira en torno de aquel astro luminoso, como si quisiera unificarse con él.

En oposicion á la filosofía de Kant que bajo este respecto puede colocarse al nivel de la de Aristóteles, Bacon y Leibnitz, nos encontramos con los sistemas monísticos del pensamiento

que pretenden hallar una idea central, un principio que todo lo invada, del cual se valen para explicarlo todo, arrojando por esta vía mucha luz sobre algunas de las esferas de la inteligencia, así como sombras proporcionalmente oscuras y aún profundas tinieblas sobre otras.

Tales son los sistemas de Platon, Spinoza, Hegel y Schopenhauer. Algunos han defendido que la última entre las anteriores manifestaciones del pensamiento, requiere más profundidad que la primera, así como ésta más extensión que aquélla. Por nuestra parte, nos hallamos inclinados á creer, que miéntras en ambas se encuentre la misma profundidad, la primera forma requiere más resignacion y seriedad moral que la segunda, puesto que ésta depende más principalmente de la facultad de abstraccion y de la imaginacion. Por lo tanto, si los hombres pensadores pudiesen detenerse á distinguir lo que merece el dictado de poético y lo que no es más que cuestion de práctica, la segunda forma seguiría habitualmente á la primera, siendo ésta el segundo tipo de la filosofía, puesto que la primera no mira más que á los hechos, miéntras que la segunda busca en todo y por todo la armonía.

Existe además otra distincion muy característica entre ambas, y es que los sistemas monísticos constituyen, más frecuentemente que los otros, escuelas especiales del pensamiento, puesto que más fácil es para el entendimiento apoderarse de un principio, que poner cuidadosamente á muchos en la balanza, con el fin de conocer su valor respectivo. Mas á pesar de todo vemos que la historia del mundo nos presenta á la última entre las formas de que hablamos, legando á la posteridad obras más imperecederas que las legadas por su antagonista, refiriéndose á ellas todas las inteligencias y fijando sus ojos en los rayos que despide aún los sabios que más disienten de la doctrina que propugna, miéntras que la segunda ó es entusiastamente adoptada, ó desechada con befa y menosprecio.

Sería aventurar mucho el predecir que los sistemas monísticos no han de volver á tener aceptacion en el mundo de la filosofía. Creemos, empero, firmemente que, desde Kant, va ese mundo embebiéndose más y más en el saludable principio que enseña á no traspasar en lo más mínimo los límites de la

experiencia, y como quiera que ésta nos presenta al mundo, no como una unidad, sino con abundancia de para nosotros irreconciliables diferencias, nos sentimos inclinados á pensar que esos sistemas ganarán gradualmente aceptación. Y, así como Kant permitió la existencia del dualismo considerándolo sólo como un hecho, así también esos sistemas no pasarán de meras creencias y más ó ménos fundadas esperanzas de que en cierto modo, para nosotros ininteligible, debe desaparecer el dualismo, porque la voz de la conciencia nos manda obrar según una ley suprema y universal.

En definitiva, la más alta sabiduría práctica, que tanto nos ha sido predicada, no podrá nunca resolver estas diferencias, sino que, como siempre, nos señalará la fe y el amor como fin de nuestras dudas y principio de nuestra obra y, por decirlo todo de una vez, en ninguna filosofía humana hemos visto más en actividad á estas verdades que en la de Kant.

Debemos, por lo tanto, mirar á sus obras como los faros del mundo que iluminan las tinieblas que nos circundan, á pesar de que con frecuencia no sean tan profundamente intensos los rayos que extienden sobre los secretos del entendimiento humano, aunque sea imperfecta su ciencia y aunque como mero contemplador del género humano nos haya legado un código de moral semejante al de un juez que siente arder en su corazón la llama de los sentimientos del deber y la justicia, más que los propios del profeta arrebatado por las ardientes llamas de la actividad, del amor y de la devoción.

JOHN THEODORE MERZ.





CERVANTES

Y LA EMBAJADA FRANCESA EN MADRID



I.

LA afición y curiosidad con que se buscan anécdotas referentes á los grandes hombres, tuvieron hasta hace poco bien escasos motivos de satisfacción por lo que toca á Cervantes. Corre en esto parejas con su contemporáneo Shakespeare, si bien con una notable diferencia. La única anécdota que se conserva relativa al gran dramático inglés, se rechaza como apócrifa, mientras que dos que conocemos en que juega el nombre de Cervantes, llevan, por decirlo así, impreso el timbre de autenticidad. En ambas sirve como de fondo la Iglesia, y las palabras atribuidas á nuestro genio respiran, cual se dice vulgarmente, por la herida. Cuéntase que hallándose en el locutorio del convento de las Trinitarias en compañía de Lope de Vega y del que luégo fué canonizado con el nombre de Fray Miguel de los Santos, que entónces estaba en vísperas de profesar, dijo Cervantes «que evitase el seguir las huellas de su homónimo, que había sido ahorcado en la plaza pública», aludiendo al Fray Miguel de los Santos complicado en la farsa política de Gabriel de Espi-

nosa ó el pastelero de Madrigal. Lope de Vega apuntó incontinenti mirando á la hija natural de Cervántes, allí presente, «que evitase tambien el seguir las huellas de su tocayo.» Si es ó no invencion, no es este el lugar de apurar la materia; pero á bulto se conoce que tan fina y epigramática observacion es muy propia de nuestro desenfadado ingenio. No creo que los españoles vayamos á imitar á los ingleses, quienes de plano rechazan la anécdota relativa á Shakespeare por versar sobre una conquista amorosa. Dada la situacion, ya que no las palabras con que se amonesta á nuestro novicio, la intencion no desdice del autor del *Quijote*.

Ménos conocida en España, aunque más importante, es la otra anécdota que corre en el libro intitulado *Curiosidades de la literatura*, escrito por el padre del actual primer ministro de Inglaterra, Mr. Disraeli. Refiere que celebrando el embajador frances en conversacion con Cervántes el arrojito que había tenido en hablar de ciertas materias espinosas y comprometidas en el *Quijote*, respondió nuestro autor «que más habría dicho si no fuese por temor á la Inquisicion.»

Basta el mero relato para comprender la importancia suma de esta anécdota en las cuestiones que casi desde la aparicion del *Quijote* se han suscitado sobre las miras ó propósitos envueltos en el complicado plan de esta ingeniosísima fábula. A ser apócrifa y hecha para sostener la opinion de un partido bastante autorizado y antiguo en el campo de la crítica de nuestro incomparable libro, fuerza es confesar que está hábilmente trazada y con una sagacidad poco comun en la eleccion de los detalles. Tal confesion auténtica sólo podía imaginarse hecha á un personaje como el ministro frances, lo cual supone cierta confianza y familiaridad entre los interlocutores. No sé que se haya puesto en duda en el extranjero la legitimidad de origen de esta anécdota; pero es fácil convenirse de que pasando por genuina, poco ó nada han aprovechado de ella los críticos, aunque tan fuerte argumento presta á los defensores de ciertas teorías críticas sobre el intento de Cervántes al escribir el *Quijote*. La verdad es que si en fuerza de estudio concienzudo de esta obra de arte se viene en conocimiento de su alcance transcendental en política y en religion,

el hecho de conservarse por tradicion una prueba externa auténtica tan convincente de esas conclusiones críticas, debiera haber sido aclamado con júbilo y servido de comprobante irrecusable de la verdad y acierto de tales comentarios. El no haber sido empleada con este objeto muestra la excelencia é infalibilidad de la ciencia crítica aplicada discretamente á la interpretacion de los grandes monumentos literarios. Poco importa que un autor de gran talla hable ó guarde silencio acerca de sus pensamientos y propósitos. El espíritu humano basado en principios indiscutibles y guiado por un seguro método de investigacion, se basta para descubrir la idea por entre todos los velos sutiles ó espesos que la conveniencia, el interés, el temor ó circunstancias especiales hayan podido extender sobre ella. Se trata del espíritu, y el espíritu puede enterrarse, pero no muere.

Lo importante hoy dia es averiguar si la referida anécdota es fidedigna, y á este fin se encaminan las reflexiones y argumentos que paso á exponer sobre el asunto.

II.

No es extraño que hechos interesantes de la vida de autores célebres pasen desconocidos para el público, y muchos de ellos desaparezcan de la memoria de los que pudieran juzgarlos y sacar partido para la crítica, cuando se observa la falta de discrecion con que muchos editores proceden en materia de reimpression de obras antiguas. Olvidan éstos ó nunca llegaron á entender, que un libro no está completo si no se le presenta con todos los accesorios de licencias, tasas, aprobaciones, versos encomiásticos, prólogos y demas aditamentos con que salió á plaza del mundo en vida de su autor, y que si esto es deseable en todo tiempo y circunstancias, eslo aún más en épocas en que el pensamiento estuvo cohibido y la intencion, los propósitos ó siquiera los desahogos de los autores, así encadenados por la censura, han podido asomar por tales resquicios y respiraderos.

Acaso no haya libro en el mundo que justifique más plenamente la verdad de las antecedentes reflexiones, que el tantas veces maltratado *Don Quijote* por manos de editores ineptos, y aunque podía argüirse que los literatos y críticos tienen ó pueden procurarse ediciones clásicas y reputadas, en las que no faltan ninguno de estos perfiles, responderíamos que la facultad crítica no es exclusivo patrimonio de los que siguen la profesion de las letras; que más ven cien ojos que dos; que al mejor cazador suele escaparse una liebre, y por último, que el lector de quien ménos se piense, podría tal vez hallar lo que otros buscaron en balde tras muchas vigiliass y trabajos.

Sugiéreme estas consideraciones el ver que, no ya ediciones de las llamadas de pacotilla, sino de gran ostentacion como la del *Quijote* de la *Biblioteca de Autores Españoles*, se ven huérfanas de los documentos, por decirlo así, oficiales, que acompañaban al estampado de nuestras obras clásicas de los siglos xvi y xvii; que no sólo carecen muchas de los versos compuestos por Cervántes, que anteceden y siguen á las dos partes ó volúmenes que publicó Juan de la Cuesta, sino hasta del inimitable y único entre los prólogos, la prefacion significativa é intencionada con que salieron al orbe de las letras las primeras aventuras del manchego hidalgo. ¿Habrá sido esto parte para que se retarde el conocimiento y explanacion de hechos, datos y cuestiones importantes, ya relativas á la interpretacion del texto, ya á la confeccion de la biografía del autor? La respuesta no es dudosa. Debemos pronunciar una afirmativa terminante, toda vez que en los manuscritos que Cervántes diera á su impresor no debió haber una palabra ociosa, ni podemos calificar de tal ninguna en los accesorios, aunque así nos lo parezca, pues por algo ó para algo los hizo un escritor tan discreto. Tan cierto es esto, que en esos perfiles y aditamentos es donde hemos encontrado la segura guía que nos ha conducido por totalmente nuevos senderos y nuevo método de interpretacion fecunda, y acaso la frecuencia con que se eliminaron de las ediciones, hizo que, ó no se leyeran, ó que fuese disminuyendo la importancia de ellos hasta el punto de que hombres graves y sesudos creyesen que el leerlos ó pasarlos en claro era cuestion de poca monta.

Evidente es que tal indiferencia se extendió con mayor razón á las aprobaciones de la obra, tocando la injusta pena del destierro al notable escrito del licenciado Márquez que acompañó á la segunda parte del *Quijote*, y de la cual voy á ocuparme por contener datos interesantísimos, que unidos á otras noticias y tradiciones, forman lo que puede llamarse un grupo digno de atención para los comentadores.

III.

A la aparición de la segunda parte del *Quijote* ya estaban bien deslindados y excitados los dos campos de cervantistas y anti-cervantistas. Los corrillos, calbidos ó conciliábulos de los enemigos del autor habían tenido asaz de espacio para murmurar de él é hincarle el diente con poesías anónimas, y hasta de darle el golpe que creían mortal con la publicación del *Quijote* espúreo; mas la verdad es que, á pesar de todo, la fama de Cervantes crecía en la prensa y su estimación en la conciencia de los pocos buenos que supieron apreciar sus méritos como escritor y ciudadano. Sólo el Estado permanecía sordo y ciego. El gobierno del rey, que adivinó el libro que leía un estudiante por las manifestaciones de regocijo del lector, dejaba batallar en la estrechez á un escritor anciano, que sólo dependía de su pluma, cuyos frutos esquilaban editores sin conciencia, y Cervantes creyó á propósito valerse de su ingenio para recordar su valor y suficiencia. Así vemos que en su dedicatoria al conde de Lemos, si no frío, algo atacado de tibieza, por las equívocas ausencias que de Cervantes tuvieron los Argensolas, finge que nada menos que el gran emperador de la China le había convidado á que fuese al Celeste Imperio á ser *rector* de un colegio donde se aprendiese por el *Quijote* la lengua castellana. Este ingenioso pasaje es altamente significativo, y claramente alude á la parcialidad con que uno de los Argensolas fué agraciado con la rectoría de Villahermosa, postergándose al gran maestro del habla castellana. Pero volvamos á la aprobación famosa, donde Cervantes aprovechó

tambien la coyuntura que se le ofrecía para tocar puntos que redundasen en su honra, ya que tan injustamente se le negaba el provecho.

Es, en efecto, dicha aprobacion un digno memorial, una especie de honrosa protesta al par que una sátira crudísima contra la corte española, en el hecho de recordar allí que unos caballeros franceses, agregados á la embajada del vecino reino, habían preguntado al aprobante por el autor del *Quijote* con el más solícito interes, asombrándose de que el Estado no hubiese premiado á tan grande ingenio; pero nada como la lectura de este pasaje puede ponernos en autos para formar exacto juicio.

Despues de manifestar el aprobante Márquez Torres que ejerce tal encargo por comision del Dr. Gutierre de Cetina, y de emplear las frases que pueden llamarse «generales de la costumbre,» intercala este peregrino episodio, sobre el cual no es necesario suplicar al lector la atencion más exquisita:

«Bien diferente han sentido de los escritos de Miguel de Cervántes así nuestra nacion como las extrañas, pues como á milagro desean ver el autor de libros, que con general aplauso, así por su decoro y decencia como por la suavidad y blandura de sus discursos, han recibido España, Francia, Italia, Alemania y Flándes (y aún pudiera haber añadido Inglaterra, que ya en esa época conocía la primera parte del *Quijote*).

»Certifico con verdad, prosigue el aprobante, que en veinte y cinco de Febrero de este año de seiscientos y quince, habiendo ido el Ilustrísimo Señor Don Bernardo de Sandoval y Rojas, Cardenal Arzobispo de Toledo, mi Señor, á pagar la visita que á su Ilustrísima hizo el Embajador de Francia, que vino á tratar cosas tocantes á los casamientos de sus príncipes y los de España, muchos caballeros franceses, de los que vinieron acompañando al Embajador, tan corteses como entendidos, y amigos de buenas letras, se llegaron á mí y á otros capellanes del Cardenal, mi Señor, deseosos de saber qué libros de ingenio andaban más validos, y tocando acaso en este que yo estaba censurando, apénas oyeron el nombre de Miguel de Cervántes, cuando se comenzaron á hacer lenguas, encareciendo la estimacion en que, así en Francia como en

los reinos sus confinantes, se tenían sus obras, la *Galatea* que alguno de ellos tiene casi de memoria, la primera parte de ésta y las novelas. Fueron tantos sus encarecimientos, que me ofrecí llevarles que viesen el autor de ellas, que estimaron con mil demostraciones de vivos deseos. Preguntáronme muy por menor su edad, su profesion, calidad y cantidad. Halléme obligado á decir que era viejo, soldado, hidalgo y pobre, á que uno respondió estas formales palabras: *¿pues á tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del Erario público?* Acudió otro de aquellos caballeros con este pensamiento, y con mucha agudeza y dijo: *Si necesidad le ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.* Bien creo que está para censura un poco larga; alguno dirá que toca los límites del lisonjero elogio; mas la verdad de lo que cortamente digo, deshace en el crítico la sospecha y en mí el cuidado: además que en el dia de hoy no se lisonjea á quien no tiene con qué cebar el pico del adulator, que aunque afectuosa y falsamente dice de burlas, pretende ser remunerado de véras.»

Cualquiera diría que toda esta relacion es fábula y de no mayor autoridad que lo referente al colegio de lengua castellana en la China, á juzgar por el escaso ó ningun aprecio que de ella ha hecho la crítica. Y no obstante, cuando se fija la atencion en la otra anécdota, y se advierte la relacion que existe entre los personajes, no puede ménos de notarse el grado de importancia que ambas adquieren en el cotejo. Establecida la autenticidad y legitimidad de una, *ipso facto* tenemos la confirmacion de la autenticidad de la otra, y como más rica en detalles y más susceptibles éstos de ser comprobados, nuestra atencion debe fijarse en la que debemos á un origen conocido, por más que en el fondo y en la forma parezca un hecho extraordinario, un documento exótico, una especie de verjel en el desierto de la vida de Cervantes. El licenciado que censura la segunda parte del Quijote, fué capellan y maestro de pajes del cardenal arzobispo de Toledo, uno de los patronos reconocidos de nuestro autor, y es de presumir que este patronazgo naciese por intervencion y recomen-

dacion del mismo Márquez, verdadero amigo y admirador del mérito de Cervántes. La ocasion que se menciona es el retorno de la visita de este príncipe de la Iglesia al embajador extraordinario de Francia, Enrique de Lorena, Par y Camare-ro mayor en la córte de la nacion vecina, y duque de Mayena, ó de Umena, como se le llamó en España, el cual pisó por vez primera nuestro territorio hácia principios de Julio de 1612, trayendo la mision de concluir y ratificar las capitulaciones matrimoniales de los príncipes y princesas de ambas córtes. Por último, escribía Márquez Torres la referida aprobacion en Febrero de 1615, y pocos dias ántes había tenido lugar la dicha visita al magnate frances, que efectivamente residía aún en Madrid, puesto que el doble viaje de los príncipes se verificó por Noviembre del mismo año.

Un embajador extraordinario para tan fausto suceso como el doble enlace de príncipes de dos naciones tan ricas y poderosas como España y Francia, no es generalmente personaje del tipo de los embajadores ordinarios de aquel tiempo, hombres sólo prácticos en los casos y cosas de gobierno, que des-collaban más por la astucia y carácter intrigante y representa-ban más bien el papel de agentes de policía que no cualidades elevadas y caballerescas. El estado de las córtes francesa y española, donde ardían las pasiones, los odios de religion, el favoritismo y las ambiciones de mando, pedía en los minis-tros residentes más bien capitanes, letrados y maquiavelos, que no caballeros en la verdadera acepcion de la palabra. El duque de Umena fué, pues, con grande acierto elegido para la mision especial que se requería. De nobilísima familia, apa-cible y cortesano trato, jóven, apuesto y galanteador, era el duque de Umena el más genuino y perfecto representante que la Francia podía envíar en tal ocasion y con tal motivo á una corte como la española, entónces en el colmo de su gran-deza, ostentacion y aficion á esas prendas y calidades hi-dalgas.

En casos semejantes solían ir estos embajadores acompaña-dos de numeroso séquito de caballeros, nobles, señores prin-cipales y distinguidos en las ciencias y en las letras, en suma, lo más escogido de las córtes que mandan tales embajadas,

como que su principal objeto es asistir y dar brillo á las solemnidades, reuniones, fiestas y regocijos de los príncipes.

El cronista Vibanco nos dice que vino el embajador acompañado de muchos *Monsieures* franceses. Cabrera de Córdoba, Pineco y otros nos refieren ser muy numeroso el séquito que traía de personas muy principales, y aunque ninguno fija el número de ellos, á juzgar por las provisiones con que la corte regalaba diariamente la mesa de los extranjeros, y teniendo en cuenta que el almirante inglés había venido á Valladolid con nada ménos que quinientos caballeros de la Gran Bretaña, bien podemos calcular que no andaría muy léjos de esta cifra la comitiva del embajador frances, comprendiendo en ella los pajes, sirvientes, familiares, amigos, secretarios y agregados, tanto por ostentar el fausto de su nacion, como para justificar su fama de opulento. Y en estas ocasiones los hombres de mundo y verdaderos cortesanos, no sólo se esfuerzan en aparentar boato, sino que procuran que su nacion esté representada por las eminencias del talento y del ingenio, y forman parte de estas ilustres comitivas personas notables en la literatura, las artes y las ciencias.

Natural es que viniendo á la corte de una monarquía donde tantos ilustres poetas, novelistas y escritores de todo género habían brillado, llegando á iluminar su nacion misma con sus resplandores, preguntasen algunos de ellos al capellan de su eminencia en la ocasion de su visita lo que éste nos transcribe en su censura, á saber: *qué libros de ingenio andaban más validos*. El interrogado, sin ser amigo de Cervantes, sino de la verdad, debía responder que el *Quijote*, pues no hubo desde principios del siglo xvii libro que con razon pudiese llamarse valido, no sólo en España, sino en otras naciones, y así se explica el por qué al mencionar nuestro licenciado á los franceses el nombre de su autor, dice que «*apénas oyeron el nombre de Miguel de Cervantes, cuando se comenzaron á hacer cruces, encareciendo la estimacion en que así en Francia como en los reinos sus confinantes se tenían sus obras.*»

Y no es este relato exagerado por cierto, como no lo es que algunos de los franceses de la embajada se supiesen casi de memoria la Galatea. Paris había sido y aún era entónces un centro

donde las historias caballerescas y de amores habían estado muy en boga y solicitadas por los cortesanos, y especialmente por las damas de la nobleza y de palacio. España había contribuido más que otra nación alguna á alimentar estas aficiones de los franceses. Las obras que salían de nuestras prensas eran luégo vertidas al frances ó leídas en el mismo original español, idioma que, á consecuencia de la grandeza de nuestra patria y las maravillosas creaciones de nuestra literatura, había sido familiar á todas las personas que blasonaban de elegantes y refinadas en sociedad. En los tiempos entónces recientes de Cárlos V y Felipe II, todo lo español gozaba en la corte de Francia de la misma fama y predicamento de excelencia y buen gusto que hoy por desgracia atribuimos á todo lo de origen frances.

Catalina de Médicis encargaba á Felipe II artículos para su *toilette*. Francisco de Moraes, autor del *Palmerin de Inglaterra*, enamorado de una dama de la reina doña Leonor, é ignorando el frances, la hablaba en español, como lengua para ella más conocida, y el mismo Cervántes nos dice que ni varon ni mujer dejaba en Francia de aprender la lengua castellana. Finalmente, la comunicacion literaria y artística no podía ménos de seguir los pasos de la diplomática, política y comercial, en la que éramos sin rivales en el mundo. Esto explica el cómo César Oudin tuvo tan presto noticia y dió á conocer á Francia las obras de Cervántes, que establecieron su mérito en la vecina corte, y fuéron saboreadas por la aristocracia y todas las personas de buen gusto. El eco del aplauso con que en España fué recibida la primera parte del *Quijote* fué tal, que no sólo resonó en la Francia, y en los reinos confinantes por tierra, sino que como ya he dicho, atravesando el Canal de la Mancha encontró oídos entusiastas en Lóndres, y se imprimió acaso la mejor de las traducciones que en inglés existen, de lo que estaban muy ajenos Cervántes al escribir el diálogo entre Quijano el Bueno y Sanson Carrasco, y Márquez Torres la aprobacion que estamos examinando.

La época, pues, en que llegó esta comision de la corte, las personas que la componían, la naturaleza de su cometido, el estar ya en boca de todos los nombres del *Quijote* y de Cer-

vantes, los unos para zaherirle y los otros para ensalzarle, la publicación reciente de sus *Novelas ejemplares*, la más reciente aún del *Quijote* espúreo, la circunstancia de existir tradición de que á raíz de la salida del primer libro hubo de escribirse un *Buscapié*, señalando ciertas sátiras y alusiones á importantes personajes de la corte española; el tener que entrar el duque de Mayena por las leyes de la etiqueta en relacion con uno de los patronos y favorecedores de nuestro afamado escritor, como lo fué el prelado Sandoval y Rojas, y el hallarse encargado de la censura el eclesiástico que le acompañó al devolver la visita al embajador frances, son hechos que conspiran á hacernos parecer verosímil, probable y natural una conversacion que girase sobre lo más notable, actual y palpitante en nuestra literatura, sobre el libro más en boga y aplauso de las gentes, y que recayendo este aura popular en el autor á quien ya de fama conocían y de corazon admiraban, y sabedores de que su interlocutor era particular amigo de tan esclarecido ingenio, le hiciesen al por menor las preguntas que acota acerca de su edad, estado, calidad y cantidad.

Ni es frase puramente retórica en el relato el decir que le compendia y huye de todo lisonjero elogio, pues á más debió extenderse el diálogo, y hubiera sido de desear que los límites de la censura de un libro no hubiesen impedido al discreto capellan á reproducir punto por punto una plática tan interesante y tan honrosa para nuestro escritor, como proveniente de labios de extranjeros que no usaran de tamañas hipérboles, si el nombre de Cervantes no ejerciese en su nacion un mágico influjo en la esfera de las personas entendidas, y si realmente no tuviesen curiosidad de verle y conocerle *como á milagro*. Es de suponer, por lo tanto, que el licenciado no tardase un momento en participar á Cervantes lo que con los caballeros franceses había tenido lugar en dicha visita, y que ambos discutiesen sobre la conveniencia de ingerir dicho diálogo en la aprobacion que en aquellos dias estaba escribiendo para la segunda parte del *Quijote*, con lo cual, honrando públicamente á los autores, servía como de aviso, tambien público aunque bochornoso, al gobierno de España.

IV.

Oportuna fué por demas la idea de insertar ese coloquio-panegírico en la aprobacion de la obra que dilataba la fama de los méritos del autor, y áun hay motivo para creer que toda esa parte que á él se consagra está escrita por Cervántes mismo. Por lo ménos se nota una gran diferencia en el estilo, la propiedad, claridad y giro del pensamiento entre la introduccion trabajosa, confusa y algo pedante de la censura y el relato claro, limpio, y por decirlo así, cervántico, que la termina. Vése que desde la publicacion de la primera parte del *Quijote* no había desperdiciado Cervántes ocasion alguna en que se dirigía al público sin quejarse del abandono en que se veía.

En el prólogo de sus novelas, en el de las comedias y entremeses, el *Viaje del parnaso*, segunda parte del *Quijote*, y en el *Persiles* y *Segismunda* van mezcladas las expresiones de gratitud hácia sus favorecedores con las suaves cuanto ingeniosas quejas de olvido y desamparo, y ofreciéndosele ocasion tan favorable y honrosa para él como aquella espontánea manifestacion de aprecio de parte de unos extranjeros de cierta autoridad y valía, no había de detenerle la consideracion de que puesta y autorizada con la firma de un amigo, pudiera tenerse por adulacion lisonjera ó parcial. A esto ya respondía el mismo aprobante, diciendo que no es costumbre adular al pobre que no puede cebar el pico; y por otra parte, viviendo en Madrid las personas á que se aludía, y pudiendo sacarse en claro la verdad en caso de duda ó de sospecha, no había razon para dejar de hacer notorio tan alto encomio y tan amargo reproche á la corte española.

No pretendo hacer hincapié sobre si la redaccion del tal relato de la visita pertenece á la pluma de Cervántes. Veo en él su estilo y giro de pensamientos, frases y palabras que le están pregonando á voces, y sobre todo una diferencia muy notable entre la primera y la segunda parte de la censura que contiene la relacion de tal coloquio. Si Márquez Torres no fué amigo

particular y verdadero de nuestro autor; si no tuvo tiempo de comunicar con él en tan breves días como los que transcurrieron del hecho á su publicidad; si fué sólo un censor de turno, bien podemos colocar al licenciado Márquez Torres en el número de los pocos y genuinos favorecedores de Cervantes al acordarse de semejante elogio y querer transmitirlo á la posteridad en su aprobacion. Pero nada se opone á que admitamos que dicha insercion fué hecha de acuerdo con Cervántes, y que en ella puso éste las manos y el entendimiento.

Ocasion es esta de intentar explicarnos la razon que hubo para que la más alta dignidad del clero español fuese un protector decidido de Cervantes, cuando tanto despego, indiferencia y aún hostilidad encontró siempre en los eclesiásticos de su tiempo. Llama la atencion que por primera vez hable Cervantes de su ilustrísima el de Toledo, cabalmente en el prólogo de esta segunda parte del Quijote, que debió escribirlo en los días, ó muy poco despues, que se escribía la aprobacion que hemos comentado. Ocúrrese, pues, la pregunta de si esa proteccion del cardenal era un hecho anterior, ó pudo nacer á consecuencia de su visita al conde de Lorena.

Siendo amigo de Cervantes el eclesiástico Márquez, no es extraño hubiese tenido éste ocasion de hablar en su favor y logrado interesar á su eminencia en la suerte de nuestro escritor; pero ¿no es probable tambien que al ver cómo los extranjeros apreciaban á Cervantes naciese en él un noble estímulo y quisiese reparar él solo esa falta ó pecado del Estado en no sustentar á tan grande hombre del Erario público? Bien claro confiesa nuestro autor que sin solicitarlo adulacion suya ni otro género de aplauso, por sola su bondad había tomado este príncipe á su cargo el hacerle merced y favorecerle. Luego bien podemos afirmar que Cervantes fué enteramente ajeno á las causas que motivaron esa proteccion de un origen tan ajeno, como que provino por mediacion de personas extrañas á nuestro país.

Prosiguiendo en el análisis de esa importante narrativa, vemos que no sólo expresaron los caballeros franceses su admiracion en esas palabras sentenciosas que hoy nos llenan de orgullo, sino vivos deseos de saber de su condicion, y sobre

todo, de conocer personalmente á quien sólo conocían por el trato del espíritu. No es, pues, creíble que esto quedase así, cuando el mismo interlocutor dice que prometió satisfacer sus deseos. Es de presumir que sin pérdida de tiempo fuese el licenciado Márquez á comunicar tan agradable y, para Cervántes, lisonjera noticia. Si no por amor propio, por gratitud; si no por gratitud por mero deber de cortesía, debe presumirse que Cervántes fué presentado por Márquez á esos caballeros de la embajada francesa, que tales muestras desinteresadas habían dado de admiracion y casi veneracion á sus calidades y talento. Como quiera que este suceso, una vez ocurrido, debió ser objeto de satisfaccion, conversacion y comentarios entre los personajes que componían la comitiva del duque de Umena, nada más natural que llegase á oídos del embajador, y que á la larga fuese presentado al mismo jefe, toda vez que entre la fecha probable en que la etiqueta y cortesía obligaran á Márquez á cumplir su promesa y la en que partió de España el embajador frances trascurrieron algunos meses.

En todo este tiempo ¿no habría comodidad y espacio para que nuestro escritor hubiese estrechado amistades con sus admiradores, para que éstos, caballeros de refinada educacion y cultura, se hubiesen prendado más y más de su carácter y condicion, y lo que es natural, le hubiesen presentado á su superior?

Todo esto es tan lógico y natural, que lo contrario es lo increíble. Por eso la referencia que hace la anécdota extranjera á un embajador frances, debe entenderse que es al embajador extraordinario y no al ordinario, que lo era entónces *Monsieur de Barrault*. La entrevista y coloquio que dicha tradicion rezan entre Cervántes y el enviado frances, tiene su explicacion en el relato del capellan Márquez Torres, y á no ser por esto se preguntarían los críticos, que ¿dónde ni en qué tiempo ni con qué motivo pudo existir esa relacion de amistad ni de confianza sobre el designio del Quijote, que supone esa especie de memoria como sacada de la cartera ó apuntes secretos de un viajero curioso? Cabalmente Márquez precisa la época y el objeto al escribir la causa y el motivo que fué exclusivamente la conversacion sobre el Quijote. Dadas estas

premisas, se adivina cuál debió ser el tópico de la conversacion entre los caballeros de la embajada, y cuál había de ser tambien el asunto, caso de tener lugar, como es probable, su visita de introduccion al duque de Mayena.

V.

Conocida esta historia y dados estos antecedentes irrecusables, puesto que se fundan en un documento público y auténtico, resta examinar si la observacion del embajador frances y la respuesta que se dice dada por Cervántes, son probables ó improbables, intempestivas ó impertinentes, ó en otros términos: si dicha anécdota es una invencion discreta, basada sobre el cimientto que se ve en la aprobacion de la segunda parte del *Quijote*, ó es la recordacion de un hecho real y verdadero. Para esto hemos de examinar el carácter y posicion de los interlocutores, y la naturaleza misma de la observacion del uno y de la satisfaccion dada por el otro.

Es un hecho innegable que á la aparicion del *Quijote* surgió en el ánimo de muchos la sospecha de que Cervántes hacía intencionadas alusiones á sucesos y personajes de nuestra nacion, ya de resultas de ese buscapié anónimo que se dice escrito en el año 1605, ya porque tal nos muestra la experiencia haber sido el hado de todas las obras de arte simbólico y satíricas.

Semejante juicio fué enunciado y sostenido mucho despues que los personajes figurados en esa escena literaria desaparecieron de la escena política. ¿Con cuánta más razon no debió existir en época en que ellos y los sucesos estaban más recientes ó á la vista? De tal modo de pensar fueron con especialidad, entónces como ahora, los críticos extranjeros pertenecientes á la clase cortesana, palaciega ó diplomática; pues los críticos puramente literatos lo más que alcanzaron fué las semejanzas ó plagios que en el *Quijote* podía haber de obras y caracteres ficticios en las literaturas clásica y romántica. Estas gentes, por desgracia, siempre han alcanzado poco en el terreno de la crítica elevada, como lo prueba la polvareda que levantaron sobre

las censuras que creyeron hallar contra Lope de Vega. La idea, pues, de que el *Quijote* satirizaba hechos y personajes políticos, pertenecía á un orden de críticos que nada tenía que ver con el literario, y no podía ser otro que el orden oficial. Si los autores de libros y comedias eran suspicaces para creerse aludidos en pasajes á la literatura referentes, calcúlese hasta dónde podría llegar la imaginacion en las personas investidas de autoridad, gobierno ó jerarquía oficial ó política, respecto á un libro en que el héroe se transforma en general, hombre de Estado, legislador, magistrado, vengador y guerrero, y en que hasta el mismo escudero obtiene y ensaya el gobierno de una ínsula. El ser Don Quijote y Sancho de fisonomía impersonal, verdaderos caracteres universales, hacía que cada cual, investido con mando y categoría, se creyese que en tal pasaje ó situacion se ridiculizaba á uno ú á otro de los personajes de la corte española, y muy dichoso y satisfecho cada uno en poder quitarse de sí la carga y echar el peso del ridículo sobre sus émulos y rivales. Acaso la abundancia de originales y modelos fué causa de que todo este castillo levantado por la suspicacia ó la malicia viniese al suelo, porque se hallarían por millares los parecidos á Don Quijote, y por millones los espejos de Sancho.

Pero esto que debió suceder con los personajes no ocurría con los sucesos, ni los extranjeros pudieron hallarse en paridad de circunstancias con los españoles en punto á este juicio del *Quijote*. Para aquellos la órbita extensa de los retratados ó aludidos disminuiría notablemente. No poseían tantos detalles como nosotros, y sólo podían conocer los de más bulto. En Francia, por ejemplo, se pudo tener idea de aquel reducido número de personajes y de hechos más culminantes en la nacion española, y como en nada sufrían ni en nada se resentía su orgullo y amor propio de que cayese el rebenque de la sátira sobre un pueblo rival, la sospecha no tuvo por qué desvanecerse ni acallarse por motivos de patriotismo ó de interes personal.

Debe tenerse muy en cuenta que Francia era la nacion donde se preparaban *in mente* obras tales como *Las mujeres eruditas*, *Las preciosas ridículas*, *El Tartufe* y la *Escuela de los*

maridos, con otras varias del gran vapulador de los quijotismos del lado allá de los Pirineos, y nadie mejor que los franceses acogería con cierto interior regocijo una obra que pintaba en España con inimitable relieve locuras y ridiculeces mayores, en su sentir, que las propias de su carácter y sociedad, y oponía un *Quijote* contra sus *Sganarelles*. Triste pero inevitable es que los vecinos se huelguen de lo que creen que hiera ó punza á un pueblo, y sabido es que los extranjeros miraron el *Quijote* como despues el *Gil Blas de Santillana* y *El diablo cojuelo*, y fué persuasion general de que Cervántes atacaba la tiesura é hidalguía españolas, y tras de los libros de caballerías, el honor de caballeros, como haciéndose eco un siglo despues escribía Carrillo en su satírico romance:

«El fuerte fué de Cervántes
Aquel andante designio
En que dió golpes tan fuertes
Que á todos nos dejó heridos.»

Y más adelante:

«Aplaudió España la obra
No advirtiéndola, inadvertidos,
Que era del honor de España
Su autor, verdugo y cuchillo.»

VI.

Sucedía, acaso, en la nacion vecina que en muy reciente época se había escrito y cobrado gran boga la famosa *Sátira Menippea*, simbolismo que comprendía cabalmente á los personajes más importantes de la Liga y en que se ridiculizaban los sucesos y las ideas fanáticas que los promovieron, y nada tiene de extraño que con este recuerdo en la memoria vieses los cortesanos en el *Quijote* algo parecido al objeto que los autores de aquella se propusieron. Mas aún descartando toda consideracion de hechos y de influjos colaterales, el texto mismo del *Quijote* daba motivos para suponer que Cervántes

había escrito de ciertas materias delicadas con un desenfado que no tenía precedente en aquella época de intolerancia en España. Los frailes y los eclesiásticos tienen la desgracia de no salir muy bien parados de las manos y la lengua del caballero loco, y la verdad es que el clero miró siempre con prevención y grandes sospechas esas aventuras, sin saber á qué atenerse los más, y concibiendo no pocos un profundo disgusto hácia el poema y un intenso y mal disimulado desprecio hácia Cervántes, á quien sólo pudo valer en tal trance el haberse acogido á sagrado, como dice el encubierto autor del *Quijote* tarraconense. Sabido es el menosprecio con que miró esta obra Lope de Vega, y cuando estas manifestaciones públicas no fueran bastantes, ahí está el clérigo Valdelomar, que califica las delicadas sátiras cervantinas de *ridículas y disparatadas fisgas*.

Cervántes, que bien sabía adónde iba y lo que decía y lo que había de suceder, con gran donaire procura apartar de ese camino á las gentes vulgares, curándose en salud, esto es, advirtiéndole que tiene su tejado de vidrio y que es peligroso tocar á lo entónces sagrado, el rey y la Inquisición, á causa de

«Que suelen en caperu—
Darles á los que grace—»

Esto supuesto y que se hallan claras estas advertencias en los valiosos versos de Urganda que encabezan el libro, no hay que darse á rodar por el mundo de las conjeturas y las cavilaciones para afirmar que la conversacion ú observacion á que hace mérito la anécdota conservada en las *Curiosidades literarias*, era la más probable, posible, la natural, la lógica, la que se estaba desprendiendo de los antecedentes y naturaleza de las cosas, la que, como de rúbrica, podía esperarse de un extranjero de la clase y calidad del duque de Umena.

El único reparo que podría hacerse versaría sobre la respuesta de Cervántes, que parecerá á algunos demasiado arriesgada ó indiscreta; pero háse de advertir, que lo que la tradicion nos dice, es como el extracto, la médula, el compendio de lo que tal vez fué objeto y materia de varias conversaciones: que Cervántes sabría bien el temperamento y opiniones del duque,

muy diverso de aquellos embajadores de quienes se había valido Catalina de Médicis, cuando Felipe II preparaba la matanza de los hugonotes con el nombre de «negocio de Dios.» De suponer es que Cervantes conociese, no sólo por opinion general sino por propia noticia, que pudo tener por conducto de los servidores del cardenal, qué clase de hombre era y qué ideas profesaba el embajador frances en ciertas materias; y que, sobre todo, contaría con la reserva y discrecion de él y de los notables de su comitiva. Y efectivamente, tal reserva existió en el hecho de no haber transpirado este coloquio, y de haberse sabido esta anécdota, no por conducto español sino frances, llevando como el sello y carácter de esas memorias á que tan inclinados fueron siempre en el vecino reino; y aún allí mismo no se divulgó probablemente hasta que el fallecimiento de Cervantes relevó á los sabidores de ella de todo lazo y reserva sobre ese punto.

En resúmen, la anécdota descarnada y seca de detalles como ha corrido en el extranjero, no cautivó la atencion como era de creer, vista la importancia de su contenido, efecto sin duda de la falta de antecedentes y de suponerla, por tanto, invencion de gente ociosa. Faltaba el conocimiento del hecho referido en la aprobacion, que nunca ó muy rara vez llegó á ser leida por los críticos fuera de España, y que le sirve de eslabon y comprobante. En España sucedió á la inversa, que conociéndose la importante narracion del censor eclesiástico, fué de todo punto ignorada esa tradicion que viene á formar su consecuencia y complemento. Túvose el relato de Márquez Torres por uno de esos obsequios de la amistad entre lós que cultivan las letras, sin pararse tampoco la atencion en que el estilo acusa la pluma del autor del Quijote, y en que era una queja más entre las exhaladas por Cervantes en medio de su desamparo de la corte. Hoy que, merced á estas observaciones críticas, me lisonjeo con la idea de haber establecido la relacion y encaje que tiene un hecho con el otro, y de haber mostrado que recíprocamente se robustecen y comprueban, no parecerá un trabajo puramente ingenioso el que hemos hecho en parte del comentario filosófico, sobre ciertas miras é intentos que hallamos en el *Quijote*, sino que, además del funda-

mento que tales interpretaciones tienen en el mismo texto y cuerpo de la fábula y en los versos accesorios, las escasísimas noticias que nos han quedado de hechos ó palabras de Cervantes, en la esfera de anécdotas ó memorias, vienen á confirmar el acierto de esos juicios.

NICOLÁS DÍAZ DE BENJUMEA.





CRÓNICA DE LA QUINCENA

12 de Julio.

No en balde se llama justicia de Enero al rigor en cumplir un propósito que suele ser característico casi siempre de su iniciación. La justicia de Enero no llega al mes siguiente. Así ha pasado con el silencio impuesto á los diplomáticos del Congreso de Berlin. En un principio, despues de las reiteradas excitaciones del príncipe de Bismark, ese silencio, la reserva aconsejada, se guardó escrupulosamente. Daban muchos periódicos noticia de las deliberaciones de los representantes de las potencias y de alguno de sus acuerdos; pero impresionado el público con la creencia de que ninguno de esos rumores podía proceder de buen origen, ni les daba fe, ni los juzgaba dignos de crédito alguno.

A los pocos dias, sin embargo, ya no era lícito dudar. De Berlin comunicaban á las demas capitales de Europa extensas reseñas telegráficas y postales, capaces de ilustrar á todo el mundo sobre los más insignificantes pormenores de lo ocurrido en el seno de la ilustre Asamblea. No era necesario esperar la publicacion de los protocolos, ni del tratado. Antes, mucho ántes, iba á saberse la verdad. Sobre poco más ó ménos, salvas las diferencias que impliquen los últimos acuerdos y la votacion definitiva de los ya adoptados, puede decirse que nos es perfectamente conocida la obra del Congreso, y que podemos seguirla en cada una de las varias cuestiones que han sido objeto de su atencion. La expondremos, pues, más satisfechos porque se han cumplido los anuncios que nos inspiraba nuestra prevision y nuestra crítica, que por juzgar base firme y segura de una paz estable las soluciones transitorias de la diplomacia al proble-

ma de Oriente. Su postrera palabra, el pacto anglo-turco, especie de sorpresa para el mundo entero y especie de desquite que toma la Gran Bretaña contra Rusia, es una amenaza de nuevos trastornos y guerras para un período próximo. En último término, el Congreso de Berlín y sus decisiones no habrán sido más que una transacción y un aplazamiento.

El Congreso, como decíamos en nuestra anterior Crónica, inauguró sus sesiones el día 13 del mes pasado. La sesión del 13 se consagró á la organización interior del Congreso. Los días siguientes fueron empleados por los diplomáticos en visitas y conferencias particulares. Había el propósito de facilitar por medio de estas conferencias la resolución de todos los problemas graves, de todos los puntos difíciles; se quería que al llegar éstos á la mesa de la augusta Asamblea, vinieran ya casi por completo resueltos y discutidos. De aquí nació la división de las sesiones del Congreso en dos períodos, que explican la falta de noticias de los primeros días y la abundancia de versiones y pormenores á partir de los últimos del mes anterior. En el período primero se discutió y conferenció mucho, se prepararon las soluciones sobre qué había de deliberarse de una manera solemne posteriormente. No hubo hasta este último acuerdos, y mientras que el Congreso nada acordó, los plenipotenciarios atendieron la advertencia de su presidente, reservando á la opinión el curso de los debates.

A éstos se dió comienzo por el exámen de los artículos 6.º, 7.º, 8.º, 9.º, 10 y 11 del tratado de San Estéfano relativos á la futura organización de Bulgaria. Desde la publicación de ese convenio, durante el largo período preparatorio del Congreso de Berlín, se ha venido repitiendo hasta la saciedad que las cuestiones en que más insistía Inglaterra y que iban, por lo tanto, á ser objeto de una deliberación más amplia, eran las de Bulgaria y Batum. Con efecto; hasta el 29 ó 30 de Junio no ha quedado resuelta la de Bulgaria, y si bien parece que lo está en principio la de Batum, todavía á la fecha en que escribimos estas líneas no nos es posible consignar los últimos y definitivos pormenores del arreglo de que ha sido objeto ese punto importantísimo.

Segun el tratado de San Estéfano (art. 6.º), la Bulgaria debía constituirse en principado autónomo, tributario, con un gobierno cristiano y una milicia nacional. Las fronteras definitivas del principado búlgaro serían trazadas por una comisión ruso-turca ántes de que el ejército imperial evacuase la Rumelia. Esta comisión tendría en cuenta en sus trabajos para las modificaciones que sobre el terreno hubiera de sufrir el trazado general, la nacionalidad de la mayoría de los habitantes conforme á las necesidades de la paz, así como las

necesidades topográficas y los intereses prácticos de circulación para las poblaciones locales.

La extensión del principado búlgaro se fijaba, no obstante, en rasgos generales. Dejando la nueva frontera del principado servio, el trazado seguiría el límite occidental del distrito de Vrania hasta la cadena del Tchardagh. Volviendo hacia el O., seguiría los límites occidentales de los distritos de Kumanovo, Katchianik y Kalkandera hasta el monte Korab; desde allí por el río Valestchitza, alcanzaría la confluencia de este río con el Drina negro. Dirigiéndose hacia el S. por el Drina, y luego por el límite occidental del distrito de Ocrida hacia el monte Linas, la frontera seguiría los límites occidentales de los distritos de Gortcha y Starovo hasta el monte Grammos. En seguida por el lago de Kastoria, la línea fronteriza alcanzaría el río Moglenitza, y después de haber seguido su curso y pasado al Sur de Yanitza (Wardar-Yenidjé), se dirigiría por la embocadura del Wardar y por el Galliko hacia las aldeas de Parga y de Sarai-Keni; desde allí por medio del lago Bechikguel á la embocadura de los ríos Stumza y Karassu, y por la costa marítima hasta el Buruguel; más lejos, partiendo en dirección NO. hacia el monte Tchaltepé, por la cadena del monte Rodopo hasta el monte Kruschovo, por los Balkanes negros, por los montes Eschekkulatchi, Tchepelion, Karakolas é Ischiklar hasta el río Arda. Desde allí se trazaría la línea fronteriza en dirección de la ciudad de Tchirmen, y dejando la de Andrinópolis en medio, iría por las de Sugutlin, Kara-hamza, Arnautkeni, Akardji y Enidjé hasta el río Tekederessi. Siguiendo el curso de este río y del Tchorlderessi hasta Lulé-Burgas, y desde allí el río Sudjakderé hasta la aldea de Serguen, la línea fronteriza iría directamente por las alturas hacia Hakin Tabiassi, donde alcanzaría el Mar Negro; dejaría la costa marítima cerca de Mangalia, siguiendo los límites meridionales del Sandjak ó provincia de Tultcha, y tocaría en el Danubio por bajo de Rasova.

El príncipe de Bulgaria (art. 7.º) sería elegido por los habitantes y confirmado por la Sublime Puerta con el asentimiento de las potencias. Ningun miembro de las dinastías reinantes de las grandes potencias europeas podría ser elegido príncipe de Bulgaria. En el caso de que vacase la dignidad de príncipe de Bulgaria, la elección de nuevo príncipe se haría en las mismas condiciones y con iguales formas. Una Asamblea de notables de Bulgaria, convocada en Filipópolis ó Tirnova formularía ántes de la elección del príncipe y bajo la vigilancia de un comisario imperial ruso y en presencia de un comisario otomano, el organismo de la futura administración. En las localidades en que los búlgaros viven mezclados con los turcos, griegos, válacos ú otros pueblos debían tenerse en cuenta los derechos é intereses de estos habitantes, tanto respecto de las elecciones como en lo relativo á la constitución orgánica del país. Este mismo artículo del tratado de San Estéfano reservaba el establecimiento del

nuevo régimen en Bulgaria y la vigilancia sobre su manera de funcionar durante dos años á un comisario imperial ruso.

El octavo preceptuaba que el ejército turco no residiese desde entonces en Bulgaria, y que todas las antiguas fortalezas fueran arrasadas por cuenta del gobierno local. Hasta la formación completa de una milicia indígena suficiente para mantener el orden, la seguridad y la tranquilidad pública, ocuparían el país tropas rusas y auxiliarían al comisario en caso de necesidad. El tributo que quedaba obligado á pagar el gobierno de Bulgaria á la Sublime Puerta sería determinado por un arreglo entre Rusia, Turquía y las potencias, terminado el primer año de la nueva organización (art. 9.º).

La Sublime Puerta tendría derecho á servirse de la Bulgaria por caminos determinados, según el art. 10, para transportar tropas, municiones y vituallas á las provincias del litoral del Adriático y del Norte y de la península griega, á Bosnia y á Herzegovina, con las cuales la Constitución del Estado búlgaro le impedía toda comunicación terrestre. Un reglamento especial determinaría las condiciones en que pudiera el gobierno turco hacer uso de este derecho, limitado á las tropas regulares otomanas y extensivo á mantener un servicio de correos y otro telegráfico que uniese á Constantinopla con los puntos más distantes del antiguo imperio.

Después de esto, ¿por qué no anexionar á Grecia las provincias inmediatas al reino helénico, y por qué no emancipar como la Bulgaria, la Sérvia y la Herzegovina? Tenían razón los diplomáticos europeos en calificar de extraña la geografía del general Ignatieff, autor de este proyecto. Las modificaciones introducidas en él no se han inspirado, sin embargo, en el criterio que nosotros insinuamos. Han sido hechas más bien en favor de la Sublime Puerta, á quien no se ha querido dejar condenada á la dependencia de Rusia, en que la ponía el tratado de San Estéfano. Por las condiciones de su Constitución, el principado búlgaro era,—lo será todavía,—una provincia del imperio moscovita. La retrocesión de la Besarabia permitirá á éste llegar hasta el Danubio; esa organización de la Bulgaria hubiese puesto en sus manos la abrupta cadena de los Balkanes y el camino de Constantinopla hasta Andrinópolis. No hay que olvidar nunca que Constantinopla es la presa que se disputan el oso y el leopardo. Sancionados los preliminares de la paz en los términos en que los convinieron los plenipotenciarios rusos y otomanos, Constantinopla sería del Czar en el momento en que cualquier circunstancia le diera pretexto para invadir el extremo SE. de la Rumelia.

Esa idea ha suscitado en la mayor parte de las naciones de Europa viva protesta. ¿Hay algo de legítimo y de fundado en ella? No es ahora momento de esclarecerlo; pero sí de advertir que mientras los gobiernos occidentales contemplan con recelo la posibilidad de que algún día ocupe Rusia la ribera europea de los Estrechos, la mayor parte de nuestros diplomáticos no creen deber reclamar contra In-

glaterra porque Inglaterra haya convertido el Mediterráneo en un lago británico haciéndose dueña de las dos grandes vías de comunicación de ese mar interior por medio de Gibraltar, de Suez y de Aden, y poniendo sus estaciones en Malta y Chipre de tal manera escalonadas, que no hay punto al cual no llegue su influencia, no alcance su incontrastado poder.

El *Memorandum* Salisbury-Schuvaloff había ya consignado que la Bulgaria se dividiría en dos provincias, autónoma la del Norte y dependiente la del Sur. El Congreso ha sancionado este acuerdo, decidiendo que la frontera que separará á una de otra, parta al E. de un punto de la costa del Mar Negro, situado debajo de Varna, que puede estar comprendido entre dicha plaza y la desembocadura del Kamtschik ó entre ésta y el cabo Emineh, al extremo oriental del Eminech-Dagh. Desde dicho punto seguirá la cadena de los Balkanes hasta el desfiladero de Chipka, debajo de Tirnova, pasado el cual se desviará hácia el S. para dejar al N. Sofía y su provincia, que formarán parte de la Bulgaria septentrional.

La Bulgaria meridional recibirá el nombre de Rumelia oriental para distinguirse de una manera completa del principado á que había de pertenecer segun la paz de San Estéfano. Trazados los límites que la separarán de ese principado, discutió el Congreso á quién habían de pertenecer esos límites. La cuestion era de mucha importancia, pues que los límites los constituye la cordillera de los Balkanes. Rusia no quería reservar á la Puerta ningun género de accion sobre ellos. Inglaterra, considerando que el gobierno turco ha perdido con el Danubio su primera línea de defensa y que para conservar á Constantinopla necesita de esta segunda, tanto ó más difícil de romper que aquella, planteó formalmente la cuestion anunciando que se retiraría del Congreso si no se acordaba que el Sultán tiene derecho á guarnecer los pasos de los Balkanes. Los plenipotenciarios rusos se negaron á acceder á esta peticion. Hubo un momento en que pudo creerse que era imposible toda inteligencia. Los plenipotenciarios rusos enviaron á San Petersburgo un mensajero, el coronel Bogolintboff, en demanda de instrucciones. Estas fueron satisfactorias para la Gran Bretaña. Se convino en crear una milicia nacional para el servicio interior de Rumelía y en autorizar á la Puerta para que tenga una guarnicion en los Balkanes; los plenipotenciarios rusos exigieron que esta facultad fuese condicional y limitada bajo el punto de vista de los lugares que debieran guarnecerse y del número de fuerzas con que podría presidarlos el Sultán. Inglaterra se opuso á esto con tanta tenacidad como éxito. En cambio Rusia exigió que definitivamente se adjudicaran las plazas de Varna y Sofía al principado búlgaro. Los Balkanes pertenecían al imperio otomano; pero la po-

sesion de aquellas dos plazas neutraliza en gran parte esa ventaja militar y abre caminos de la Bulgaria á la Rumelia, que llevarían un ejército invasor fácilmente á Constantinopla.

El Sultan tendrá derecho á fortificar los Balkanes y guarnecerlos como convenga á sus intereses y á sus propósitos; pero para ello no podrá servirse sino de tropas regulares. El ejército ruso no continuará ocupando la Rumelia, y en cuanto á la Bulgaria la evacuará en el plazo de seis meses despues de suscrito el tratado definitivo de paz. A propuesta de los plenipotenciarios franceses, el Congreso acordó garantizar la libertad religiosa y la igualdad civil á todos los habitantes de la Bulgaria y la Rumelia Oriental. Cualesquiera que sean su origen ó creencias, podrán aspirar á todos los cargos públicos, formar parte de la milicia, reunirse sin temor alguno en sus iglesias, templos, mezquitas y sinagogas. Ciertas manifestaciones exteriores del culto, prohibidas en los países que gozan de mayor libertad, podrán practicarse en Bulgaria. El voto unánime de los artículos que conceden á los búlgaros y rumeliotas esos beneficios, es un hecho que honra á Europa. Las ideas de libertad y de tolerancia han logrado imponerse definitivamente á la política de todos los pueblos. El progreso realizado desde 1815 es incalculable. Francia, ahora como siempre, ha iniciado esa conquista. Europa ha seguido su inspiracion sin vacilaciones, demostrando que no debe considerarse muy lejano el dia en que hayan de convertirse esos principios del gobierno interior de todo pueblo en bases del derecho internacional, y en que la conducta ahora seguida con dos provincias de la península greco-eslava, sea la que se adopte en estados más poderosos é independientes, si por desdicha suya esos estados no garantizan bastante aquellas libertades. Un publicista notable, Arhens, autor del *Curso de Filosofía del Derecho* más popular entre nosotros, mostrábase hace años partidario de que la esfera del derecho de gentes extienda hasta esas cuestiones su accion y su influencia. Ese criterio puede ser algun dia peligroso; mas sin duda alguna debemos tenerlo por superior al de la no intervencion, que hubiera hecho á Europa todavía durante muchos años presenciar impasibles todos los desafueros, todos los atropellos, todas las violencias, todos los crímenes de que ha sido teatro la península de los Balkanes.

Resuelta, cuando ménos en sus principios generales, la cuestion de la Bulgaria, era indispensable ultimar las demas. En el período preparatorio del Congreso no se dedicaron los representantes de las potencias exclusivamente á aquella. Plantearon las del Montenegro, Sérbia, Rumanía, Grecia y Armenia, que han ido resolviéndose posteriormente conforme lo permitía el resultado de las conferencias y negociaciones particulares. La de Grecia, exceptuando la de Armenia

por Batum, es la que más ha preocupado la atención de los plenipotenciarios, y sin duda la que mayor interés inspira á todos.

Grecia, como Italia, han despertado en el siglo actual hácia sus ideales gran simpatía en las naciones de Occidente. La constitucion del reino griego, como la unificación del pueblo italiano, son obra en que tomaron parte nuestros padres, que se realizó por sus esfuerzos y que la Europa contemporánea tiene el sagrado compromiso de mantener y afianzar. Se dice que la edad presente vive más atenta á los intereses que á las ideas, y Grecia é Italia son una prueba elocuentísima de lo contrario. El recuerdo de su antigua historia, de los elementos con que contribuyera al desarrollo de la civilización y del puesto importantísimo que desempeñaron en el mundo, el amor á la independencia nacional y á la libertad política y civil en todas sus manifestaciones, son los móviles que han armado en Europa brazos contra Turquía por Grecia y contra Austria por Italia.

A Grecia en 1829 no nos llevaba ningun interés. Íbamos, inspirados en un sentimiento de gratitud, á decir á los griegos sucesores de Sócrates, de Platon, de Aristóteles, de Homero, de Hesiodo, de Herodoto y de Demóstenes: «Vuestros filósofos nos dieron la base de toda cultura y el criterio de toda verdad; vuestros poetas nos revelaron los divinos misterios del arte; vuestros historiadores fundaron esa ciencia que es maestra de la vida política y civil; vuestros tribunales conmovieron á la humanidad con sus arengas... Nosotros, griegos, venimos á devolveros la independencia y la libertad.» Fuimos tambien á Italia treinta años despues, y tampoco nos conducía ningun propósito interesado. Íbamos á rendir un homenaje de gratitud y de admiración. El mundo debe á Roma la noción de Estado y de ley, el principio de unidad indispensable para la existencia de un país y la organización de las más altas instituciones sociales. Europa ha satisfecho esa deuda contraída hace veinte siglos, devolviendo á Italia su independencia y su libertad. La obra de la unidad italiana puede considerarse terminada. El día en que se disuelva el imperio austro-húngaro, condenado á desaparecer, Italia completará su obra llevando á cabo las reivindicaciones nacionales de que hablaba hace muy poco tiempo el antiguo tribuno Saffi á sus correligionarios reunidos en el Congreso republicano de Roma.

Pero Grecia dista mucho de haber llegado á ese punto en la realización de sus ideales. Europa no ha hecho más que libertarla de la servidumbre y opresión en que yacía bajo la autoridad de la Sublime Puerta; la ha auxiliado para que dé el primer paso, negándole despues los medios de que asegure su libertad, afirme su independencia y recobre el puesto que de derecho le corresponde por su historia, por su genio nacional y porque es el pueblo más culto, civilizado y apto para la vida moderna de cuantos habitan la península greco-eslava. Este abandono no tiene explicación suficiente en el erróneo juicio que inspira el pueblo helénico á cuantos tratan de él; porque

allí como en Francia, como en España y como en Italia, la opinion está dividida en gran número de parcialidades, porque sus gobiernos son débiles y su administracion desordenada é inmoral, sus hombres públicos ambiciosos y sus luchas políticas luchas de personas más que de principios y de doctrinas, se pregona ya por todo el mundo que Grecia no llegará á regenerarse, que Grecia no merece su gobierno independiente, ni su régimen constitucional, ni sus instituciones parlamentarias. Sin embargo, nada de lo que á Grecia le acontece es sorprendente ni extraño; todos los pueblos que han vivido sujetos á una larga y opresora servidumbre han necesitado mucho tiempo para adquirir las cualidades que há menester un pueblo libre. «No basta, dice un publicista distinguido, el espacio de una generacion para que un pueblo pueda salir por completo de la barbarie, emanciparse de las supersticiones de toda especie que perturban su espíritu, cambiar las costumbres de violencia, de astucia y de pereza que ha fomentado en su seno la servidumbre, y asimilarse las conquistas y los adelantos de veinte siglos para ocupar un puesto entre los pueblos que marchan á la cabeza de la civilizacion.» El pueblo griego ha hecho, sin embargo, grandes progresos desde que sacudió el yugo de los turcos, y muestra cualidades que contribuirán á mejorar su situacion y á auxiliarse para que realice verdaderos adelantos. Una de esas cualidades es el celo por el desarrollo de la enseñanza. La iniciativa privada ha hecho en este punto mucho más que la misma accion de los gobiernos. La mayor parte de los establecimientos é instituciones que hacen de Aténas—advíértase esta circunstancia—el primer centro intelectual de la península greco-eslava, como la Academia, la Escuela politécnica, la Universidad, el Arsa-keion, son obra de la iniciativa particular. El pueblo las ha establecido, dotándolas de los museos que las enriquecen y pagando sus maestros. El resultado de la enseñanza muestra en la masa escolar condiciones que favorecerán de esa manera el rápido desarrollo de la cultura; diríase que el pueblo griego trata de elevarse por la ciencia al estado que le señalan sus antecedentes y sus aspiraciones, su antigua historia y la realizacion del ideal helénico.

Estas circunstancias le hacen digno del apoyo de Europa. Cualquiera que sea el criterio con que se examine y resuelva la cuestion de Oriente, hay que conceder en ella una gran parte al helenismo. Desde el punto de vista latino y occidental, no debe olvidarse que Grecia tiene el mismo origen que nosotros, que su engrandecimiento contribuirá á extender nuestra influencia, y que no son los momentos actuales tan favorables á los intereses de los pueblos herederos del nombre romano, que no deba apreciarse mucho esa conquista. Aceptando el criterio que podemos llamar anti-ruso, contrario al predominio de los eslavos en la península ilírica, el engrandecimiento del pueblo griego es un verdadero contrapeso opuesto por la naturaleza y por la historia al engrandecimiento de las naciones eslavas.

Los partidarios de éstas tampoco pueden oponerse razonablemente á que Grecia consiga sus deseos, en primer lugar porque los deseos de Grecia no van más allá que á unir bajo un solo gobierno y en un solo cuerpo político toda la parte de la península ilírica en que predomina la raza helénica.

¿En nombre de qué principio el panslavismo combatiría al panhelénismo? El pueblo helénico es, por otra parte, entre todos los que ocupan aquellas regiones teatro de la contienda, el más culto é ilustrado y el que sin género alguno de duda se halla más dispuesto á asimilarse los progresos y adelantos que ha realizado el mundo entero durante el largo y triste período de su ominosa servidumbre. Los intereses de la civilización, más altos y respetables que ningun otro interes, abonaban de igual manera las pretensiones de los griegos.

¿Por qué no se han logrado éstas? Los hechos recientes lo explican con harta claridad. Rusia mira con recelo,—esto es innegable,—al pequeño reino extendido sobre la antigua Morea y el legendario Peloponeso. Hay algo que pueden disputarse algun dia los eslavos y los griegos, y ese objeto de su futura contienda justifica su presente hostilidad. Pero á despecho de tales sentimientos, si Grecia hubiera intervenido en la guerra contra la Sublime Puerta, si hubiera llevado sus fuerzas adonde las llevaron Rumanía, Sérbia y el Montenegro, los tratados habrían sido más favorables á la aspiración helénica. Grecia, por su desdicha, atendió demasiado á Inglaterra; cuando los partidos políticos se reconciliaban en Atenas y constituía un ministerio nacional el almirante Canaris, todo el mundo creyó que Grecia iba á tomar las armas contra Turquía; el pueblo lo anhelaba; la opinión de Europa lo hubiera justificado. Sólo Inglaterra, poniendo en juego los recursos de su política egoísta y vacilante, lo impidió. ¿Para qué? Ya se ha visto; para abandonar á Grecia en el Congreso y curarse ménos de su suerte que de llevar la bandera británica á la isla de Chipre. La conducta de Inglaterra con Grecia y con Rumanía es verdaderamente incalificable, como es incalificable la torpeza de cuantos una y otra vez repiten que Inglaterra ha sido, que Inglaterra es el más alto y más digno y más enérgico procurador de los intereses europeos. No puede llevarse más allá una política de absorción y de egoísmo, ni un desconocimiento más completo de la realidad de las cosas. Por fortuna, sin embargo, para Grecia el testamento de los Sultanes de Bizancio no se ha cumplido aún; sigue abierta la herencia del hombre enfermo y la obra del Congreso de Berlin no puede ser una obra duradera ni definitiva.

Confianza quizá en el apoyo de lord Beaconsfield, cuando se abrió el Congreso de Berlin Grecia pretendía tener en él una representa-

ción análoga á la de las grandes naciones de Europa. Pero, como ha dicho un ingenioso periodista parisien, despues de haber pedido un *bœuf* tuvo que contentarse con un *œuf*. El *œuf* dado á Grecia ha sido el derecho de comparecer ante el Congreso, exponer sus quejas, discutir la cuestion que le concernía y ensanchar su territorio con una estrecha franja de terreno, tan extensa como la frontera septentrional del reino. Para el efecto de oír sus alegaciones fueron citados sus representantes los Sres. Delyanis y Rhangabé á la sesion del 28. El Sr. Delyanis hizo uso de la palabra en primer lugar, leyendo una especie de Memoria que trata la cuestion griega bajo diversos puntos de vista y en la que á nombre de su gobierno reclamaba la anexion á Grecia del Epiro, Tesalia y la isla de Creta. La Memoria expone el estado de la opinion en el reino, insinuando que si no se emancipan las provincias griegas del yugo de la Puerta apelarán á la rebeldía. Estas amenazas no producen ya efecto alguno y no tienen fuerza bastante para decidir al Congreso. Los plenipotenciarios han podido decir á los griegos que como en el tratado de San Estéfano nada se ha establecido respecto de ellos, y como no presentan el título de vencedores, ni aún el de adversarios tenaces y valerosos de la Puerta, ésta tiene argumentos incontrastables que oponer á sus deseos. Inglaterra, próxima á garantizar la integridad de una parte del imperio otomano, ligada con él por vínculos estrechos, ¿había de sacrificar sus interes á la causa helénica? Francia, representando en esto de una manera honrosa el espíritu de las naciones latinas, ha apoyado esta causa; pero Francia no ha pesado mucho, aunque se quiera que comprendamos otra cosa, en las decisiones del Congreso de Berlin.

El 3o asistieron los representantes griegos á la sesion y se discutieron sus reclamaciones; pero aún debían transcurrir algunos dias ántes de que se decidiera acerca de ellas. Turquía manifestaba grande resistencia á concederles nada; Rusia no era más favorable á sus opiniones; Inglaterra cuidaba poco ó nada de esta cuestion; Alemania la veía con indiferencia. Sólo Francia é Italia parecían fieles á su mision y á su carácter en ese difícil y delicado problema. Por último, Francia recibió el encargo de preparar el acuerdo que había de convenirse respecto á él. Los plenipotenciarios le votaron unánimes el 5. El acuerdo, á lo que parece, se limita á invitar á los Gobiernos de Turquía y Grecia á que se entiendan para rectificar sus fronteras, consignando que en el caso de que ambos estados no lleguen á una inteligencia, las naciones representadas en el Congreso intervendrán para conseguirla. La línea de demarcacion indicada como base de las negociaciones entre la Puerta y Grecia, parte en la costa del Adriático de la cuenca del Kalamas y termina en la ribera del mar Egeo en la cuenca del Salambria. Para representarse sobre un mapa cualquiera la importancia de la concesion, basta dibujar una línea que partiéndo, en la costa occidental; de un punto situado un poco

al S. del puerto de Corfú termine en la costa oriental en otro punto situado al N. de dicha isla. Según las inflexiones de esta línea y según que remonte más ó ménos al N., entrarán ó no á formar parte del reino de Grecia Janina y Metrovo; pero de todas suertes es probable que el pequeño reino se anexiona la mitad próximamente del Epiro y Tesalia, las ciudades de Larisa y Tricala y las golfos de Arta sobre el Adriático y Volo sobre el mar Egeo, que señalaban ántes los límites de su territorio. La resistencia que han opuesto los plenipotenciarios del Sultan á esas concesiones, hacen temer dificultades en el arreglo definitivo de esta cuestión.

No han sido muy afortunados los griegos si se tienen en cuenta sus pretensiones y la justicia que les asistía en su empresa; pero aún lo han sido ménos los rumanos. En el occidente de Europa, los rumanos y los helenos han inspirado siempre simpatías más profundas que el resto de los pueblos que habitan la península de los Balkanes. Los rumanos y los helenos son grupos de nuestra raza, hijos como nosotros de la gran familia greco-latina. Su destino y su suerte parecerán siempre un reflejo de nuestra suerte y de nuestro destino. En último término representan allí este espíritu poderoso y este genio civilizador del mundo antiguo, que aún despues de amenguado por los desastres y las desventuras, todavía ha de influir decisivamente en los sucesos y en la historia del mundo.

El art. 19 del tratado de San Estéfano, despues de establecer las indemnizaciones de guerra reclamadas por el emperador de Rusia, que ascendían á 1.410.000.000 de rublos (22.560.000.000 de reales), declaraba que habida consideracion á los apuros financieros de la Puerta consentía el Czar en que se sustituyera el pago de la mayor parte de dicha cantidad por cesiones de territorio en Europa y Asia. Las de Europa comprendían el sandjak ó provincia de Tultcha, es decir, los distritos de Kilia, Sulina, Mahmudie, Isaktcha, Tultcha, Matchin, Babadagh, Hirsova, Kustendjé y Medjidié, así como las islas del Delta y la isla de las Serpientes. No deseando anexionarse Rusia estos territorios, se reservaba la facultad de cambiarlos por la parte de la Besarabia que, para asegurar más la libertad de la navegacion del Danubio separó del resto el tratado de 1856 (art. 20). Aquel territorio fué unido por el art. 21 del mismo convenio al principado de Moldavia, bajo la soberanía de la Sublime Puerta. No son, como se ve, más respetables que los derechos creados por la paz de San Estéfano los que alega Rumanía á la posesion del territorio que ahora pierde. Al cabo la necesidad llegará á convencer al Gobierno del principado que son inútiles y estériles las protestas. Desde que se firmó aquella paz, Rumanía las ha formulado en todos los tonos y bajo todas las formas. El príncipe Cárlos ha hecho anunciar su ab-

dicacion. Las Cámaras rumanas han consignado elocuentes manifestaciones contra Rusia. Las tropas se han retirado de los puntos que guarnecían al interior del país, apercebidas para próximos acontecimientos. Nada de esto ha sido eficaz. Rusia tenía razón para insistir y ha insistido en que se cumpliera lo que indica el tratado de San Estéfano. Se habla de despojo de Rumanía y nada hay ménos exacto, pues que la verdadera nacion despojada fué Rusia en 1856 y lo que ahora sucede es que el imperio moscovita utiliza la victoria para reivindicar aquello que era un pedazo de su suelo perdido por la derrota. Por circunstancias y consideraciones que no afectan al fondo de la cuestion, las quejas de los rumanos han despertado en Europa, como las de Grecia, un movimiento de señalada simpatía. En el Congreso no han faltado á la Moldo-Valaquia valedores. Alemania, unida por vínculos de familia á Rumanía, ha defendido con calor sus intereses, procurándola compensaciones en que acaso no pensaban los plenipotenciarios del principado, Bratiano y Cogolniceano, al llegar á Berlin.

El Congreso los recibió y escuchó el dia 1.º de Julio. El Sr. Cogolniceano expuso la situacion y los deseos de Rumanía, hartos conocidos para que tratemos de repetirlos aquí. El Sr. Bratiano justificó brevemente las manifestaciones de su colega. El Congreso las tomó en cuenta para ratificar el art. 19 del tratado de San Estéfano, dando á Rumanía la Dobrutcha y á Rusia la Besarabia que pertenece al principado desde 1856. A propuesta de Francia, celosa por los intereses latinos, propuso añadir á la parte de la Dobrutcha ofrecida á los rumanos una banda de tierra bastante extensa que parte sobre la orilla meridional del Danubio, de un punto inmediato al E. de Silistria y termina en la ribera del Mar Negro al S. del puerto de Mangolia. Además de esto, Rumanía ha sido declarada independiente, bajo la expresa condicion de que garantice á todos sus súbditos la libertad religiosa y la igualdad civil.

Resueltas de este modo las cuestiones más importantes de cuantas había de tratar el Congreso, pendiente la redaccion de los artículos consagrados á Sérbia del resultado de los trabajos de la comision de límites, decidido en principio que Montenegro posea á Antivari aunque con restricciones que no hagan peligrosa para Austria esta concesion, acordado mantener la libre navegacion del Danubio, prohibiendo en tiempo de paz que utilicen el curso de sus aguas buques de guerra de ninguna potencia, y que se conserve ó construya en sus riberas fortificacion alguna permanente; faltaba tratar y resolver dos puntos de extraordinario interes: las compensaciones reclamadas por Austria y la revision de los artículos del tratado de San Estéfano relativos á la Turquía de Asia.

Austria pedía que se le autorizase á ocupar la Bosnia y la Herzegovina, encomendándole la obra de reorganizar y mejorar su administración. Todas las potencias estaban de acuerdo en este punto, y su acuerdo era favorable á los deseos del imperio austro-húngaro, Turquía lo rechazaba, sin embargo; estrechada y reducida por la insistencia de los plenipotenciarios, declaró que se adheriría á la ocupacion siempre que se precisara el tiempo por que había de verificarse y la forma y condiciones de este hecho. Los plenipotenciarios sostenían una ocupacion incondicional é indeterminada, y al cabo así se acordó. Más que ocupacion merece el nombre de anexion lo que realiza este acuerdo, llamado á producir consecuencias sensibles en el régimen económico y comercial de Europa y en la suerte de aquellos lugares, porque abrigando Austria el propósito de que termine ó se lleve á cabo la construccion de grandes líneas férreas que unan á Agram con Salónica y á Belgrado con Constantinopla, y debiendo facilitar considerablemente estas líneas los viajes y expediciones que en la actualidad se hacen por Brindis á Egipto y á la India, dentro de poco tiempo las grandes vías comerciales hoy más concurridas se verán desiertas. Dueña la civilizacion de la península de los Balcanes, hará de ella lo que por sus condiciones geográficas merece y está llamada á ser en la historia del mundo.

Por lo que se refiere á la cuestion de Armenia, habían los plenipotenciarios comenzado á resolverla en principio, cuando una novedad inesperada vino á distraer la atencion pública de las deliberaciones del Congreso. Un telegrama de Lóndres, fechado el 8, participó á las demas capitales de Europa que, segun declaraciones de los ministros británicos ante el Parlamento inglés, la Gran Bretaña había concluido con la Puerta Otomana un tratado de alianza defensiva, por el cual se compromete el Gobierno de la Reina á defender el territorio que resta al Sultan en Asia despues de firmada la paz de Berlin, á cambio de la autorizacion que le otorga la Sublime Puerta de ocupar la isla de Chipre. A la fecha en que escribimos estas líneas no son completamente conocidas en sus más íntimos pormenores las condiciones de ese pacto hecho á espaldas de Europa, en daño de las naciones que tienen costas bañadas por las aguas del Mediterráneo y para asegurar la supremacía de Inglaterra en este mar, que es todavía el centro del mundo culto, y una de las vías más importantes, la más importante acaso bajo el punto de vista comercial y político del mundo entero. En Inglaterra han producido estas noticias una explosion de entusiasmo y testimonios de la más profunda admiracion en favor de lord Beaconsfield, cuya estrella declinaba visiblemente despues de las concesiones hechas á Rusia en el Congreso de Berlin. Francia ha sabido la ocupacion de Chipre, donde ondea ya la bandera inglesa, con vivísima inquietud; Italia con sorpresa y disgusto; Rusia con circunspeccion y reserva. Aún no firmada la paz definitiva, surgen causas nuevas de division y de

guerra. Podemos repetir cuanto decíamos en nuestra CRÓNICA anterior. El tratado de Berlin no es más que un aplazamiento. Hay quien duda lleguen á cumplirse sus disposiciones. No hay quien crea que éstas pueden ser muy duraderas ni fundar una situación estable.

Verificáronse el día 7 en Francia las elecciones parciales anunciadas. De veintidos distritos el partido republicano ha obtenido la victoria en catorce y hay empate en dos. La mayoría de la Cámara popular cuenta con 378 votos. Este resultado altamente satisfactorio no sólo es una garantía de la estabilidad para las instituciones de la república vecina, sino una promesa de paz y de tranquilidad. No es posible que ante manifestaciones tan unánimes y elocuentes de la voluntad y de los deseos del país ningun poder trate de oponerles el más pequeño obstáculo. El Mariscal presidente se resignará al cabo de una manera definitiva y la renovación próxima de la alta Cámara convertirá en un auxiliar sincero y poderoso de la política democrática á ese cuerpo, que era y es todavía un peligro para el afianzamiento de la república.

F.





REVISTA CRÍTICA

PASARSE de listo es á veces pasarse de tonto, ó lo que es igual, escudriñar con demasiada agudeza lo que puede haber en el fondo de las cosas induce con frecuencia á lamentables equivocaciones en la práctica. Al desconocimiento de ésta lleva fácilmente el exceso de la especulacion, y no siempre los hombres listos y de talento son los más prácticos y que mejor saben vivir, pues nada hay más fácil que engañar á un sabio y nadie suele cometer más desatinos que los hombres de gran entendimiento. Tal es la tésis que en su reciente novela *Pasarse de listo* se propone desarrollar el Sr. D. Juan Valera.

Si por listo se entiende el hombre que posee aquella penetracion y perspicacia que nos permite conducirnos con habilidad y prudencia en todos los negocios de la vida, la tésis del Sr. Valera ni puede sostenerse, ni en su novela se desenvuelve, pues casi ninguno de los personajes de ésta posee semejante cualidad; ántes son en su mayor parte locos ó tontos rematados y más inexpertos que un niño de quince años.

Pero si el Sr. Valera entiende por listos á los hombres teóricos, de espíritu demasiado crítico, cavilosos por naturaleza y dados con extremo á buscar el doble fondo y la intencion segunda de las cosas y los hechos, la tésis es exacta, á condicion de circunscribirla á dos personalidades, una ficticia y otra real: al personaje de la novela, D. Braulio, y al autor de la misma, D. Juan Valera, que á fuerza de talento ha concluido por no conocer al hombre ni á la sociedad.

D. Braulio (que es el carácter mejor pintado, por no decir el único de la obra) labra su propia desgracia, efectivamente, por pasarse de listo, ó mejor, de caviloso, esto es, por darse á buscar en todas las cosas un sentido oculto que no tienen. Fiel imágen del *Heantontimorumenos*, de Terencio, D. Braulio es una de esas personas que parecen haberse impuesto la obligacion de atormentarse diariamente sin razon alguna; y disfrutando de todos los elementos para ser feliz, á fuerza de insensatas cavilaciones se hace desgraciado. Siendo lo bastante discreto para superar al vulgo y careciendo, por otra parte, de las dotes necesarias para brillar en sociedad, hállase en la falsa y tristísima posicion de la medianía aventajada, por igual distante de la calma y ventura de que el vulgo goza y de la gloria que al genio satisface. Agriado su carácter y extraviado su entendimiento por esta posicion equívoca, dáse á cavilar sin tasa ni medida, y el fruto de sus cavilaciones es el convencimiento de que su mujer no puede quererle porque es feo, pobre, viejo y oscuro. Convertida en aparente evidencia esta sospecha por un conjunto de fatales circunstancias, acaba por determinar la muerte del personaje y el desenlace de la novela.

A esta manera de ser de D. Braulio llama el Sr. Valera *pasarse de listo*. Nosotros la apellidaríamos *pasarse de tonto*, porque tonto es el que no sabe conducirse en la vida, ni apreciar las cosas en sus verdaderos términos, ni conocer las personas con que trata, que es precisamente lo que hace D. Braulio. D. Braulio, en todo el curso de la novela, ni ve, ni oye, ni entiende. No ve que las apariencias deshonran á su mujer y á él le ponen en ridículo; no ve que el conde del Alhedin no entra en su casa con buenas intenciones; no ve que su cuñada Inesita no quiere á su novio Paco Ramirez, y en cambio engaña de lo lindo á cuantos viven con ella; no oye lo que de él y de su mujer murmuran las gentes; no entiende el carácter de los que le rodean; y á cambio de no ver, oír ni entender

nada de lo que pasa, ve, oye y entiende lo que no pasa, como que su mujer no le quiere, que su cuñada ama á Paco Ramirez, que el conde es un prodigio de perfecciones, etc. Si esto es pasarse de listo, díganos el Sr. Valera qué entiende por pasarse de tonto.

Doña Beatriz, esposa de D. Braulio, es tan tonta ó más que él, y no tan buena. El Sr. Valera ha querido hacer de ella su dechado de talentos y perfecciones, y para ello ha apelado á su procedimiento habitual, que es infundir su propio espíritu en los personajes de sus obras y hacerles hablar y pensar como filósofos alejandrinos ó eruditos del Renacimiento; y vea el Sr. Valera cómo sostenemos otra vez el cargo que en ocasiones pasadas le hemos dirigido y á que él se refiere en su obra, aludiéndonos con inmerecida galantería que jamás le agradeceremos bastante. Pero á doña Beatriz le pasa lo que á muchas mujeres que pasan por listas á causa de tener ciertas aspiraciones románticas y cierta agradable facundia, unidas á una completa carencia de sentido práctico y comun. Podrá ser lista, pero no hace más que necedades y torpezas que á todos, incluso á ella misma, comprometen. Vulgar en el fondo y de sentido moral no muy despierto, aconseja á su hermana como la cosa más natural del mundo el ejercicio de esa industria femenina que se llama *la caza del marido*, excitándola á que emplee con tal objeto las armas poco lícitas de la coquetería (*flirtation*, como dice el Sr. Valera, usando el caló de la *High-Life*). Ciega hasta un extremo inconcebible, se deja engañar como un chino por su hermana, dando pruebas con ello de carecer de un talento que apénas hay mujer que no posea. Fatua y vanidosa, se juzga amada por un hombre que la emplea como pantalla para ocultar ilícitos amores. Poco cuidadosa del honor de su marido y no muy versada en cosas de mundo, cree lícito, inocente é inofensivo entregarse *coram populo* al platonismo con el conde del Alhedín, sin sospechar que en esto haya peligro, ni pecado, ni inconveniencia siquiera. Amando al parecer á su esposo (y mucho debía amarle, pues siendo hermosa y jóven, y él feo, pobre y viejo, no pasa por su mente la idea de faltarle á la fe prometida), se deja gustosa enamorar por otro, y despues de quedar viuda á causa de una catástrofe sangrienta, se consuela prontamente en brazos del desdeñado amante de su hermana. Parécenos que tampoco se pasa de lista la esposa de D. Braulio.

Inesita es la única que se pasa de lista, ¡y tanto como se pasa! Ver-

dad es que de otra cosa se pasa tambien. Miétras D. Braulio cavila y doña Beatriz se deja fascinar por el amor platónico y petrarquista del conde, ella aprovecha deliciosamente el tiempo con este personaje. Es Inesita un carácter singular en extremo. Repúgnala mucho cazar marido, como su hermana la aconseja, y eso de coquetear con un hombre rico y noble, siendo ella pobre y humilde, para conquistar mediante el matrimonio una posicion elevada, le parece, y con razon, una cosa indigna. Pero entregar su honra á ese mismo hombre, sacrificar á su reposo la reputacion de su hermana, la paz de su casa, y la honra y la vida de su cuñado, ya no le parece de tanta monta. Engañar á todos los que viven con ella, profanar el hogar en que la dieron asilo, utilizar á su hermana como pantalla para encubrir amores culpables, son hazañas que Inesita lleva á cabo con olímpica serenidad. Un desmayo al conocer los resultados de su conducta, tal es la única muestra de sensibilidad que da en su vida (prescindiendo de las muy expresivas que al conde concede). Despues ciñe á su frente la corona de condesa, por tan honrosos medios conquistada, y obsequia á los manes de su cuñado con una oracion fúnebre que no hay más que pedir. ¡Vaya si se pasa de lista la tal Inesita!

El conde del Alhedin es un tipo delicioso. El Sr. Valera nos dice bajo su palabra que el conde es un hombre de la mejor sociedad, muy corrido y experimentado, con ciertos asomos de calavera; y puesto que el autor lo dice hay que creerlo, aunque tal afirmacion no se compruebe en todo el curso de su obra. El conde, en realidad, es un carácter inexplicable. Más tiene de colegial que de hombre de mundo, pues de otra suerte no se haría la vana ilusion de que la sociedad pueda admitir la existencia de un amor platónico, digno del Dante, entre un soltero tachado de libertino y una mujer casada. En tiempo del Dante podrían pasar esas cosas; pero en el nuestro no comulgamos con ruedas de molino, y el conde, en su calidad de hombre de mundo, debiera saber que con su imprudente conducta pone en grave compromiso la honra de Beatriz y de su esposo. Pero el conde no sabe esto, y cuando las hablillas de los maldicientes llegan á su oido, todo lo compone con hartar de sablazos á uno de los murmuradores, que es lo mismo que entregar la deshonra de doña Beatriz á las cien trompas de la fama.

Por consiguiente, el conde no se pasa de listo, sino de tonto, ó

mejor aún (como el Sr. Valera no se toma el trabajo de explicar los móviles de la conducta de este personaje), se pasa de otra cosa peor, puesto que, haciéndose cómplice de Inesita, lleva el deshonor y la desdicha á una casa honrada y juega indignamente con los sentimientos y la confianza de los que llama amigos, ó lo que es lo mismo, ó el conde de Alhedin es tonto de remate, ó es pillo solemnísimo y mal caballero de la peor especie, en cuyo caso se pasa de listo, pero en el mal sentido de la palabra.

Todos estos personajes, con otros secundarios y no mejores que ellos, aparecen ligados en ominoso bando, formado sin la voluntad de ellos, sin duda por el mismo demonio, para hacer la desgracia del infeliz D. Braulio, única víctima de esta tragedia, en la cual quedan felices y contentos todos los que se portan mal; de donde se infiere que pasarse de listo es cosa muy mala, cuando el que se pasa es honrado y bueno; pero en el caso contrario no acarrea tantos inconvenientes. Esto quizá es verdad en la mayoría de los casos, pero creemos que no se debe decir tan á las claras.

Fuera de los graves defectos que de este análisis de los caracteres deducirá el lector, *Pasarse de listo* es una novela en extremo amena y entretenida, y escrita con aquel gracejo y aquel sabroso y elegante estilo que siempre caracterizan al discreto autor de *Pepita Jimenez*. No carece esta obra de interes y movimiento, y hay en ella rasgos muy delicados de sentimiento verdadero, como cuanto se refiere á la conducta de D. Braulio despues de tener la falsa noticia de su deshonra, en cuyos momentos aquel personaje, que siempre tuvo algo de cómico, se eleva á las alturas de lo trágico é inspira al lector profunda emocion. Pero el tono ligero y maleante, los toques escépticos y las paradógicas ingeniosidades de que tanto gusta el Sr. Valera, perjudican no pocas veces al elemento patético y serio de la obra, no ménos que el profundo desconocimiento de la sociedad y del corazon humano que en ella, como en todas las suyas, manifiesta su autor, sin duda alguna por pasarse de listo.

*
*

Fuera de la obra del Sr. Valera, sólo podemos citar en esta revista una coleccion de artículos de crítica musical, que con el título *Impresiones musicales* acaba de publicar el reputado escritor D. Antonio,

Peña y Goñi. En todos ellos se advierten el buen gusto, la ilustración no comun y el ameno estilo que caracterizan á todos los trabajos críticos de este autor, uno de los más decididos campeones que entre nosotros cuenta la escuela de Wagner. Ajenos al arte divino de la música, no nos es posible hacer el juicio detallado de esta obra, cuya lectura recomendamos á todos los amantes del arte de Beethoven.

*
*
*

En el teatro de Apolo se ha representado un arreglo del célebre drama de Emilio Augier *Les Fourchambault*, debido á los señores D. Cárlos Coello y D. Leandro Angel Herrera, y titulado: *La tabla de salvacion*. Esta obra, que en Paris ha obtenido un éxito extraordinario, ha sido tambien perfectamente acogida entre nosotros, á pesar del excesivo color local que aún en la traducción conserva. *Les Fourchambault* es una obra maestra, prodigiosamente escrita, en que el realismo más crudo no perjudica á la belleza poética de la concepción, inspirada en los más puros y nobles sentimientos. Pensamiento moral, elevadísimo, caracteres admirablemente trazados, situaciones naturales y de grande efecto, plan diestramente conducido, acción movida é interesante, diálogo lleno de verdad, de sentimiento y de ingenio; todas estas cualidades se reúnen en esta obra, una de las mejores del repertorio frances contemporáneo.

Hay en ella, sin embargo, tipos y escenas que no caben en nuestras costumbres y que debieron desaparecer en el arreglo. En España, si la moralidad no es muy superior á la de Francia, al ménos el pudor ó siquiera la hipocresía existen, y hay cosas que, si se piensan, no se dicen tan á las claras como allende los Pirineos. Así es que algunos detalles de la obra francesa no han podido ménos de desagradar á los espectadores españoles.

A nuestro juicio, el sistema que se sigue para traer á nuestra escena las obras extranjeras no es de todo punto acertado. Lo que se llama arreglo no es una traducción, sino una refundición, y siendo así, creemos que los arregladores debieran tomarse más libertades con los originales. Si se quiere hacer español el drama extranjero, no es suficiente españolizar los nombres de personajes y lugares é introducir algunas reformas ligeras en el plan; es fuerza, además, despojar á las ideas, sentimientos, usos, costumbres y dichos de los

personajes de todo sabor extranjero. De otra suerte, el contraste entre el nombre español y el carácter extranjero del personaje, será de todo punto insoportable. Una traducción fiel sería, en realidad, preferible á estos arreglos; porque viendo el espectador que la acción del drama no pasaba en su patria, no le chocarían muchas cosas que en el caso contrario han de disgustarle necesariamente. O traducción, ó refundición, no hay otros términos posibles.

Los autores de este arreglo han seguido la costumbre establecida y no se han cuidado mucho de españolizar la obra; pero fuera de esto, el arreglo no merece grave censura. En cambio es digna de ser aplaudida, y presentada como ejemplo que debe imitarse, la conducta de los arregladores en la noche de la primera representación. Negándose á recibir aplausos, que en justicia correspondían al escritor francés, abdicando modestamente de la parte de gloria que pudiera caberles, y dando por ende provechosísima lección á los que salen á ser aplaudidos por cualquiera traduccióncilla de tres al cuarto ó por una pieza original que sólo gusta á los alabarderos, los Sres. Coello y Herrera se han hecho dignos, no sólo del aplauso, sino de la estimación del público y de la crítica, y al ser tan modestos han dado pruebas clarísimas de la superioridad de su talento.

En la ejecución de esta obra se distinguieron la señora Tubau y los Sres. Jimenez y Guerra. Los demás actores hicieron laudables esfuerzos por mantenerse á la altura de su papel.

En el mismo teatro se ha representado con buen éxito *El yerno del Sr. Manzano*, arreglo de la obra de Augier y Sardou, *Le gendre de Mr. Poisier*, hecho por los Sres. Santiago y Carbon.

*
*
*

Los trabajos de la sección de Ciencias morales y políticas del Ateneo quedaron definitivamente terminados con el resumen de su presidente, Sr. Azcárate. Menos brillante que en otras ocasiones, el señor Azcárate hizo en su discurso un detenido estudio del problema social y de las soluciones propuestas por los oradores que han tomado parte en la discusión, sin determinarse claramente en pró de ninguna, ántes adoptando una posición intermedia ó ecléctica. Rechazó el exclusivismo individualista, combatió enérgicamente el colectivismo, mostróse poco afecto al socialismo autoritario, pero sin excluirlo por completo, y optó por un régimen de libertad y de aso-

ciacion, fundado principalmente en la iniciativa individual y ayudado en ciertas cuestiones por la accion del Estado. Poderoso en la crítica, vago y deficiente en las afirmaciones, el Sr. Azcárate ni satisfizo ni desagradó por completo á nadie; pero no trajo al problema la solucion apetecida, que nadie ha dado por la sencilla razon de que no es posible darla.

M. DE LA REVILLA.



Madrid 15 de Julio de 1878.

Propietarios gerentes: PEROJO HERMANOS.

TIPOGRAFÍA ESTEREOTIPIA PEROJO

Mendizabal, 64.